

minotauro

fantasía y ciencia - ficción



The Magazine of Fantasy and Science Fiction

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

3

minotauro

fantasía y ciencia - ficción

Cordwainer Smith	ALPHA RALPHA BOULEVARD	3
Avram Davidson	EL GOLEM	29
Theodore Sturgeon	EL HOMBRE QUE PERDIÓ EL MAR	34
Ray Bradbury	TODO UN VERANO EN UN DÍA	45
Arthur Porges	EL RUUM	50
Richard McKenna	MI PROPIO CAMINO	63
Alan Nelson	NARAPOIA	79
Isaac Asimov	LA OSCURIDAD DE LA NOCHE (<i>Ciencia</i>)	84
F. A. Javor	EL TRIUNFO DE PEGASO	93
Anthony Boucher	LA ORUGA ROSADA	117
Archibald MacLeish	EPÍSTOLA PARA SER DEJADA EN LA TIERRA	127
<i>Cubierta de Juan Esteban</i>		
<i>Editorial</i>		2
<i>En el próximo número</i>		62

3

Minotauro. Fantasía y Ciencia-Ficción. N° 3. Enero-Febrero 1965. Publicación bimestral. Editor responsable: Ediciones Minotauro S. R. L. Administración: Humberto I, 545, Buenos Aires. Redacción: Alsina 509, Buenos Aires. Director: Ricardo Gossyn. Edición en castellano de The Magazine of Fantasy and Science Fiction, por acuerdo especial con Mercury Press, Inc. New York, U. S. A. Queda hecho el depósito que previene la ley. © 1964 Ediciones Minotauro. Registro de la Propiedad Intelectual N° 824.509. Se terminó de imprimir el día treinta de noviembre del año mil novecientos sesenta y cuatro en los talleres gráficos de la Compañía Impresora Argentina, S. A., calle Alsina 2049, Buenos Aires.

Editorial

La ciencia-ficción, obviamente, ha de ser siempre correcta desde el punto de vista técnico; cuando la información exacta está al alcance de la mano, los errores son inexcusables. Sin embargo, no hay por qué hacer de la precisión un fetiche, pues muy a menudo el espíritu importa más que la letra. Las novelas de Verne, De la Tierra a la Luna y Viaje al centro de la Tierra, por ejemplo, se leen aún con placer no sólo porque Verne era un narrador de primer orden, sino también porque sentía en sí mismo la excitación de la ciencia y sabía comunicársela a sus lectores. Aunque el tiempo haya mostrado la falsedad de muchos de sus "hechos", y de la mayor parte de sus teorías, esto no es una falla fatal, pues sus libros despiertan aún en nosotros la sensación de lo maravilloso. . .

El impacto cultural de la ciencia-ficción no ha sido reconocido nunca apropiadamente, y se advierte desde hace tiempo la necesidad de un estudio autorizado de su desarrollo y de su historia. Quizá éste sea un proyecto que debiera auspiciar la Unesco, pues es evidente que la tarea no podría ser llevada a cabo por un solo especialista. En un terreno en particular —el de la astronáutica— la influencia de la ciencia-ficción ha sido enorme. Los cuatro grandes pioneros de los vuelos por el espacio —Tsiolkovsky, Oberth, Goddard y von Braun— escribieron relatos de ciencia-ficción para difundir sus ideas (aunque no siempre lograran verlos publicados). . .

Sir Charles Snow concluye su famoso ensayo Ciencia y gobierno subrayando la importancia vital del "don de la visión prospectiva", apuntando que los hombres tienen a menudo sabiduría sin visión prospectiva. Quizá nosotros, los escritores de ciencia-ficción, demos tener a veces visión prospectiva sin sabiduría; pero por lo menos —y esto es indiscutible— tenemos esa visión, y podemos comunicarla a nuestros lectores.

ARTHUR C. CLARKE

© 1962, by Arthur C. Clarke

"Alpha Ralpa Boulevard —comentó el crítico P. Schuyler Miller—, la historia de unos hombres que juegan a ser hombres en un lejano futuro de homúnculos y olvidados recuerdos, es un relato tan extraño que se descubre siempre algo nuevo en cada relectura." Cordwainer Smith es el seudónimo de un profesor de sociología neoyorquino. Ha publicado un volumen de cuentos que describe el desarrollo de la relación (simbiótica) entre el hombre y la máquina.

ALPHA RALPHA BOULEVARD

Cordwainer Smith

ESTÁBAMOS EBRIOS DE FELICIDAD en aquellos primeros años. Todos, y especialmente los jóvenes. Eran los años iniciales del Redescubrimiento del Hombre, cuando los Instrumentos cavaban profundamente en el tesoro, reconstruyendo las culturas antiguas, las lenguas antiguas, y aun los males antiguos. La pesadilla de la perfección había llevado a nuestros antepasados al borde del suicidio. Ahora, bajo el liderazgo del Señor Jestocost y de la Dama Alice More, las antiguas civilizaciones se alzaban como grandes masas continentales del océano del pasado.

Yo mismo fui el primero que le puso una estampilla a una carta, luego de dieciséis mil años. Yo llevé a Virginia a escuchar el primer recital de un pianista. Los

dos miramos en la máquina óptica cómo el cólera asolaba la Tasmania, y cómo los tasmanienes bailaban en las calles, pues ya no necesitaban que los protegieran. En todas partes las cosas eran más excitantes ahora. En todas partes hombres y mujeres trabajaban afanosamente decididos a construir un mundo más imperfecto.

Yo mismo fui a un hospital y salí transformado en francés. Por supuesto, yo recordaba los primeros años de mi vida, pero esos recuerdos no importaban mucho. Virginia era francesa también, y los años del futuro se extendían ante nosotros como frutas maduras en una huerta de perpetuos veranos. No sabíamos cuándo íbamos a morir. Antes yo podía meterme en cama pensando: "El gobierno me ha dado cuatrocientos

© 1962, by Mercury Press, Inc.

años de vida. Dentro de trescientos setenta y cuatro años interrumpirán las inyecciones y entonces moriré". Ahora en cambio podía pasar cualquier cosa. Los dispositivos de seguridad habían sido cerrados. Las enfermedades habían sido liberadas. Con suerte, y esperanza, y amor, yo podía vivir mil años. O podía morir mañana mismo. Yo era libre.

Disfrutábamos de todos los momentos del día.

Virginia y yo compramos el primer periódico francés aparecido luego de la caída del Más Antiguo de los Mundos. Todo nos encantaba: las noticias, y aun los anuncios. Algunas partes de aquella cultura eran difíciles de reconstruir. Costaba hablar de comidas de las que sólo habían sobrevivido los nombres, pero los homúnculos y las máquinas, trabajando incansablemente en los abismos, alimentaban la superficie de la tierra con rarezas suficientes como para animarnos con nuevas esperanzas. Sabíamos que todo esto era fingido, y sin embargo en algún sentido no lo era. Sabíamos que cuando las enfermedades hubiesen matado a un número estadísticamente correcto de personas, no habría más enfermedades; y que cuando el porcentaje de accidentes fuese demasiado alto, no habría más accidentes sin que nosotros supiésemos por qué. Sabíamos que los Instrumentos velaban por nuestra suerte. Confiables en que el Señor Jestocost y la Dama Ali-

ce More jugarían con nosotros como amigos y no como víctimas.

Virginia, por ejemplo. Se había llamado antes Menerima, nombre que reproducía el número codificado de su nacimiento. Era una muchacha menuda, casi regordeta; tenía un cuerpo compacto, y una cabeza cubierta de rizos castaños y apretados, y unos ojos de un color castaño tan profundo que sólo se revelaba a plena luz del sol. Yo la había conocido bien, pero nunca la había conocido. Yo la había visto a menudo, pero nunca con mi corazón hasta el día en que nos encontramos a las puertas del hospital, luego de habernos transformado en franceses.

Me agradó encontrarme con una vieja amiga y empecé a hablarle en el Viejo Idioma Común, pero las palabras se me enredaban, y mientras yo trataba de hablarle ella no era Menerima, sino una mujer de antigua belleza, rara y extraña. . . un ser perdido en este tiempo y que venía del tesoro de mundos del pasado. Sólo alcancé a tartamudear:

—¿Cómo te llamas ahora?

Y lo dije en francés antiguo.

Ella me respondió en el mismo idioma.

—Je m'appelle Virginie.

Me bastó mirarla para enamorarme de ella. Había algo de fuerte, algo de salvaje en Virginia, envuelto y oculto en la ternura y la juventud de su cuerpo de muchacha. Era como si el destino me hablara con aquellos ojos

castaños y firmes, ojos que me preguntaban con confianza y curiosidad, así como los dos interrogábamos al nuevo mundo de alrededor.

—¿Me permites? —le dije ofreciéndole el brazo, como yo había aprendido en las horas de hipnopedia.

Virginia me tomó el brazo y nos alejamos del hospital.

Yo entoné a media voz una canción que habían puesto en mí junto con la antigua lengua francesa.

Virginia me apretó dulcemente el brazo y me sonrió mirándome.

—¿Qué es eso? —preguntó—. ¿O no lo sabes?

Las palabras me vinieron dulcemente a los labios y yo canté en voz baja, ahogando mi voz en el pelo rizado de ella, mitad cantando, mitad murmurando la canción popular que había entrado en mí junto con todas las cosas que me había dado el Redescubrimiento del hombre:

*No era la mujer que yo buscaba.
La encontré tan casualmente.
No hablaba el francés de Francia
sino el dulce canto de la Marti-
nica.*

*No era rica. No era elegante.
Tenía una mirada fascinante,
y nada más. . .*

De pronto me faltaron las palabras.

—Parece que me olvidé del res-

to. Se llama *macuba* y habla de una isla maravillosa de los antiguos franceses: la Martinica.

—¿Sé dónde está —exclamó Virginia. Le habían dado los mismos recuerdos que a mí—. ¡Se la ve desde Terrapuerto!

Esto era volver de pronto al mundo que habíamos conocido. Terrapuerto se alzaba sobre un pedestal a veinte kilómetros de altura en el borde oriental del pequeño continente. En la cima, los Señores trabajaban entre máquinas que ya no tenían sentido. Allí murmuraban las naves que venían de los astros. Yo había visto imágenes de ese sitio, pero nunca había estado allí. En verdad, yo no conocía a nadie que hubiese estado en Terrapuerto. ¿Para qué íbamos a subir? Quizá no fuésemos bien recibidos, y podíamos verlo lo mismo en las pantallas de la máquina óptica. Que Menerima —la familiar, la pesadamente agradable, la menuda y querida Menerima— hubiese estado allí era inconcebible. Se me ocurría ahora que en el Viejo Mundo Perfecto todo no había sido tan directo y simple como parecía.

Virginia, la Menerima nueva, trató de hablar el Viejo Idioma Común, pero renunció en seguida y me dijo en francés:

—Mi tía —y se refería a una señora amiga pues nadie había tenido tías desde hacía miles de años— era una Creyente. Me llevó al Abba-dingo. Para que me concediera santidad y suerte.

Mi viejo yo se sintió un poco ofuscado; y el hecho de que esta muchacha hubiera hecho algo insólito antes que la humanidad misma se hubiese vuelto hacia lo insólito perturbó a mi yo francés. El Abba-dingo era una computadora envejecida desde hacía mucho tiempo y que estaba a medio camino en la columna de Terra-puerto. Los homúnculos la reverenciaban como si fuese un dios, y las gentes la visitaban a veces. Pero esta costumbre era aburrida y vulgar.

O lo había sido. Hasta el día en que todas las cosas se hicieron nuevas otra vez.

Tratando de ocultar mi contradicción, pregunté:

—¿Cómo era?

Virginia se rió ligeramente, pero advertí un temblor en su risa y sentí un escalofrío. Si la vieja Menerima había tenido secretos ¿qué no podía esperarse de la nueva Virginia? Casi odié el destino que me había llevado a quererla, a sentir que la mano de ella en mi brazo era un eslabón que me unía para siempre al tiempo infinito.

Virginia me sonrió en vez de responder a mi pregunta. Estaban reparando el camino de superficie. Seguimos una rampa que conducía al primer nivel subterráneo, por donde las personas verdaderas, los homínidos y los homúnculos podían caminar legalmente.

Yo no me sentía tranquilo. Nunca me había alejado a más

de veinte minutos de marcha de mi lugar de nacimiento. Sin embargo, esta rampa parecía segura. En aquellos días uno tropezaba con pocos homínidos, esos hombres de las estrellas que aunque de verdadera ascendencia humana habían sido transformados y adaptados a las condiciones de mil mundos. Los homúnculos eran moralmente repulsivos, aunque muchos de ellos tenían un aspecto muy agradable; animales cambiados en hombres tenían a su cargo la tediosa obligación de trabajar con máquinas en lugares a donde ningún hombre verdadero querría ir. Se decía que algunos de ellos habían sido cruzados con gente verdadera, y yo no deseaba que mi Virginia se expusiera al peligro de encontrarse con semejantes criaturas.

Virginia no me había soltado el brazo. Cuando bajamos por la rampa hacia el transitado pasaje, le saqué la mano y le pasé el brazo por los hombros acercándola a mí. Había bastante luz, más intensa que la luz natural que habíamos dejado atrás, pero el sitio era extraño y estaba poblado de peligros. En los viejos días yo hubiese dado media vuelta y me hubiera ido a mi casa antes que exponerme a la presencia de esas terribles criaturas. Esta vez, en este momento, yo no podía soportar la idea de mi amor recién descubierto, y temía que si regresaba a mis habitaciones en la torre ella regresase también a las suyas. De cualquier modo, el he-

cho de ser francés daba cierto sabor al peligro.

En realidad, las gentes que andaban por allí parecían bastante comunes. Había muchas máquinas ocupadas, algunas de forma humana y otras no. No vi a ningún homínido. Otras gentes, que eran sin duda homúnculos pues nos cedían el paso, no se diferenciaban mucho de los seres humanos de la superficie. Una muchacha muy hermosa me echó una mirada que no me gustó: impúdica, inteligente, provocativa más allá de todos los límites del flirt. Sospeché que debía de ser de origen canino. Entre los homínidos las gentes caninas son las que se permiten más libertades. Hasta hay entre ellos un perro filósofo que una vez registró una cinta donde argumentaba que como los perros son los más antiguos aliados del hombre, tenían derecho a estar más cerca de él que ninguna otra forma de vida. Cuando vi el registro me pareció divertido que un perro pareciese un Sócrates; aquí, en el primer nivel subterráneo, ya no me sentía tan seguro. ¿Qué haría yo si uno de ellos se mostraba insolente? ¿Matarlo? Eso sería infringir la ley, y los subcomisionados de los Instrumentos me pedirían explicaciones.

Virginia no advirtió nada.

No me había respondido, y en cambio me hacía ahora preguntas acerca del primer subsuelo. Yo había estado allí sólo una vez, en mi infancia, pero era halagador

oír aquella voz ronca, que me murmuraba en el oído.

Entonces ocurrió.

Al principio pensé que era un hombre, empujuecillo por algún efecto de la luz del subsuelo. Cuando se acercó vi que no medía más de un metro y medio. Llevaba aún en la frente las huellas de los cuernos, como dos feas y rojas cicatrices. Era un homúnculo sin ninguna duda, el derivado de un bóvido. Yo no entendía cómo dejaban en libertad a seres tan deformes.

Y la criatura estaba borracha.

Cuando se acercó un poco más alcancé a oír el zumbido de sus pensamientos:

—... no son hombres, no son homínidos, y no son Nosotros... ¿Qué hacen aquí? Las palabras que ellos piensan me confunden.

La criatura nunca había leído pensamientos en francés.

Esto me alarmó. El lenguaje hablado era bastante común entre los homúnculos, pero sólo unos pocos tenían poderes telepáticos, aquellos que hacían trabajos especiales en las profundidades últimas, donde las instrucciones sólo podían transmitirse telepáticamente.

Virginia se apretó contra mí.

—Somos hombres verdaderos —pensé claramente, en el Idioma Común—. Tienes que dejarnos pasar.

La respuesta fue un rugido. No sé dónde había podido emborracharse, ni con qué, pero la criatura no recibió mi mensaje.

Pude ver que sus pensamientos se transformaban en pánico, en desesperanza, en odio. En seguida embistió. Se precipitó hacia nosotros con pasos de baile, como si fuera a aplastarnos.

Me concentré y le ordené que se detuviese.

No hubo ningún cambio.

Horrorizado, advertí que yo había pensado en francés.

Virginia gritó.

El hombre-toro estaba ya sobre nosotros.

En el último instante desvió la marcha, pasó ciegamente junto a nosotros, y emití un rugido que resonó en el inmenso pasaje. Me volví sin soltar a Virginia, y vi algo muy raro.

Nuestras siluetas corrían por el corredor alejándose de nosotros... mi capa negra y purpúrea flotaba en el aire en calma mientras yo corría, y el vestido dorado de Virginia ondulaba a mi lado. Las imágenes eran perfectas, y el hombre-toro corría detrás.

Estupefacto, miré a mi alrededor. Nos habían dicho que las guardias de seguridad ya no nos protegían.

Había una muchacha de pie, inmóvil, junto al muro. Yo casi la había confundido con una estatua. Ahora ella habló:

—No se acerquen. Soy una gata. Fue fácil engañarlo. Será mejor que vuelvan a la superficie.

—Gracias —dije—, gracias. ¿Cómo te llamas?

—¿Qué importa? —dijo la muchacha—. No soy una persona.

Insistí, un poco ofendido.

—Sólo quería darte las gracias.

Mientras le hablaba vi que era brillante y hermosa como un fuego. Tenía una piel clara, y el caballo —más fino que cualquier cabello humano— era de color anaranjado y oro, como la piel de un gato persa.

—Me llamo C'mell —dijo la muchacha—, y trabajo en Terrapuerto.

Esa declaración nos dejó perplejos, a Virginia y a mí. La gente-gato estaba debajo de nosotros, y había que evitarla, pero la gente de Terrapuerto estaba encima de nosotros, y había que respetarla. ¿De dónde era C'mell?

C'mell sonrió, me sonrió a mí más que a Virginia. Era una sonrisa que hablaba de todo un mundo de voluptuoso conocimiento. Yo sabía sin embargo que no era una sonrisa intencionada; toda su actitud lo mostraba claramente. Quizá no conocía otra sonrisa.

—Dejemos las formalidades —dijo C'mell—. Será mejor que suban por estos escalones. Oigo que vuelve.

Miré rápidamente hacia atrás, buscando al hombre-toro borracho. No vi nada.

—Suban —insistió C'mell—. Es una escalera de emergencia que los devolverá a la superficie. Yo impediré que los siga. ¿Es francés lo que hablan?

—Sí —dije—, ¿cómo lo sabes?

—Vayan —dijo la muchacha—. Perdón por la pregunta. ¡Rápido!

Crucé la puertita. Una escalera de caracol subía a la superficie. No era digno de nosotros, verdaderas personas, servirnos de escalones, pero no había otra alternativa. Me despedí de C'mell con un movimiento de cabeza y arrastré a Virginia escaleras arriba.

Cuando llegamos a la superficie, hicimos una pausa.

—¿No era horrible? —jadeó Virginia.

—Estamos a salvo ahora —dije.

—No es eso —dijo Virginia—. La promiscuidad. ¡Haber tenido que hablar con ella!

Virginia quería decirme que C'mell era aún peor que el hombre-toro borracho. Advertió sin duda mi reticencia, pues añadió: —Lo más triste es que la verás otra vez...

—¡Qué! ¿Cómo lo sabes?

—No lo sé —dijo Virginia—. Lo adivino. Pero adivino bien, muy bien. Al fin y al cabo fui al Abba-dingo.

—Te pregunté, querida, qué ocurrió allí.

Virginia meneó la cabeza en silencio, y echó a caminar por la acera. Yo no podía hacer otra cosa que seguirla. Me sentí irritado.

—¿Cómo era? —pregunté otra vez, de mal humor.

—Nada. Nada —respondió Virginia, como una niña ofendida—. Había que subir mucho tiempo. La vieja me obligó a ir con ella. Pero descubrimos que la máquina no hablaba ese día así que pedimos permiso y bajamos por el

camino rodante. Todo un día perdido.

Virginia había hablado mirando fijamente ante ella, como si aquel recuerdo fuese un poco desagradable.

Luego se volvió hacia mí, y me miró a los ojos como si me buscara el alma. (Alma es una palabra francesa, y no hay nada parecido en el Viejo Idioma Común.) El rostro se le aclaró, y me dijo, rogándome casi:

—No seamos tontos en este nuevo día. Seamos buenos con lo que somos ahora. Hagamos algo realmente francés.

—Un café —exclamé—. Necesitamos un café. Y sé dónde hay uno.

—¿Dónde?

—Dos subsuelos más arriba. Donde asoman las máquinas, y donde los homúnculos espían por encima del borde.

La imagen de unos homúnculos que espían le pareció divertida a mi nuevo yo, aunque para mi viejo yo no habían sido más que parte del decorado: como nubes, o ventanas, o mesas. Por supuesto, los homúnculos tenían sentimientos. No eran gente exactamente, sino animales transformados, pero parecían gente, y sabían hablar. Había que ser francés, como mi nuevo yo, para advertir que aquellas criaturas eran pintorescas. Más que pintorescas: románticas.

Virginia pensó lo mismo, evidentemente, pues dijo:

—Pero son encantadores, abso-

lutamente adorables. ¿Y cómo se llama el café?

—El Gato Grasiento —dije.

El Gato Grasiento. ¿Cómo podía saber yo que íbamos a entrar en una pesadilla entre mareas altas, y donde el viento gemía tristemente? ¿Por qué iba a pensar yo entonces en Alpha Ralpa Boulevard?

Si yo lo hubiera sabido, ninguna fuerza en el mundo hubiese podido llevarme allí.

Otros nuevos franceses habían llegado al café antes que nosotros.

Un mozo de poblado bigote castaño tomó nuestro pedido. Lo miré atentamente pensando que podía ser un homúnculo, y que le permitían trabajar entre gente porque sus servicios eran indispensables. Pero no era más que una máquina, aunque hablaba con un énfasis muy parisense y los diseñadores habían introducido en él la nerviosa costumbre de pasarse el dorso de la mano por el bigote, y lo habían arreglado de modo tal que unas gotas de sudor le perlaban la frente, en la línea del nacimiento del cabello.

—¿Mamselle? ¿M'sieu? ¿Cerveza? ¿Café? Vino tinto el mes próximo. El sol brillará al cuarto y a la media después de la hora. A las menos veinte lloverá durante cinco minutos de modo que podrán disfrutar ustedes de estos paraguas. Soy de Alsacia. Pueden hablarme en francés o en alemán.

—Cualquier cosa —dijo Virginia—. Decide tú, Paul.

—Cerveza, por favor —dije—. Cerveza blanca para los dos.

—Bien, m'sieu —dijo el mozo.

Se alejó moviendo la servilleta que llevaba al brazo.

Virginia miró el sol entornando los ojos y dijo:

—Me gustaría que lloviese ahora. Nunca vi una lluvia verdadera.

—Ten paciencia, querida.

Virginia se volvió vivamente hacia mí.

—¿Qué quiere decir "alemán", Paul?

—Otro lenguaje, otra cultura.

Leí que lo resucitarían el año próximo. ¿Pero no te gusta ser francesa?

—Me gusta mucho. Más que ser un número. Pero Paul...

Virginia calló, con los ojos velados por la perplejidad.

—¿Sí, querida?

—Paul —dijo Virginia, y este solo enunciado de mi nombre fue un grito de esperanza que venía de lo más profundo de su ser, más allá de mi nuevo yo, más allá de mi viejo yo, más allá de las maquinaciones de los Señores que nos habían modelado. Le tomé la mano a Virginia.

—Puedes decírmelo todo, querida —dije.

—Paul —dijo Virginia, y el nombre fue ahora casi un sollozo—. Paul, ¿por qué todo ocurre tan rápidamente? Este es nuestro primer día, y ya sentimos que podemos pasar el resto de la vida juntos. Hay algo que se llama matrimonio, sea lo que sea, y se su-

pone que tenemos que encontrar un sacerdote, y esto tampoco lo entiendo. Paul, Paul, Paul, ¿por qué todo es tan rápido? Quiero amarte. Te amo. Pero no quiero estar hecha para amarte. Quiero que decida mi verdadero yo.

Virginia había hablado con una voz muy firme, pero ahora tenía lágrimas en los ojos.

Fue entonces cuando dije lo que no debía decir.

—No tienes por qué preocuparte, querida. Estoy seguro de que los Señores de los Instrumentos lo han programado todo muy bien.

Al oírme, Virginia se echó a llorar, ruidosamente, de un modo incontinente. Yo nunca había visto llorar a un adulto. Era raro y terrible a la vez.

Un hombre de una mesa próxima se acercó y se quedó de pie a mi lado. Yo apenas lo miré.

—Querida —dije, razonablemente—. Querida, todo se arreglará...

—Paul, deja que me vaya, y así podré ser tuya. Deja que me vaya unos pocos días o unas pocas semanas o unos pocos años. Luego, si... si... si vuelvo, sabrás que yo lo he querido así, y que no me lo ha ordenado ninguna máquina. Por Dios, Paul, ¡por Dios! —Y en seguida Virginia dijo con otra voz:— ¿Qué es Dios, Paul? Nos dieron palabras para hablar, pero no sé qué significan.

—Yo puedo llevarla a Dios —dijo el hombre que estaba a mi lado.

—¿Quién es usted? —le dije—.

¿Quién le pidió que interviniera?

Cuando hablábamos el Viejo Idioma Común no hablábamos así. Nos habían dado un nuevo lenguaje y al mismo tiempo un nuevo temperamento.

El extraño no perdió la calma. Era francés como nosotros, pero no perdió la calma.

—Me llamo Maximilien Macht —dijo— y en otro tiempo fui un Creyente.

Los ojos se le iluminaron a Virginia. Se pasó distraídamente la mano por la cara y miró al extraño. Era un hombre alto, delgado, bronceado por el sol. ¿Cómo había podido broncearse tan pronto? Tenía pelo rojizo y un bigote muy parecido al del camarero robot.

—Usted preguntó qué era Dios, mademoiselle —dijo—. Dios está donde estuvo siempre. Alrededor de nosotros, cerca de nosotros, en nosotros.

Palabras extrañas en alguien que parecía un hombre de mundo. Me puse de pie para despedirme. Virginia se dio cuenta y dijo:

—Eres muy amable, Paul. Ofréceme una silla.

Había entusiasmo en su voz.

El mozo mecánico trajo un líquido dorado, con sombreros de espuma arriba, en dos recipientes cónicos de vidrio. Yo nunca había visto cerveza, ni había oído hablar de ella, pero sabía perfectamente qué gusto tendría. Puse dinero imaginario en la bandeja, recibí un cambio imaginario, le

di al mozo una propina imaginaria. Los Señores de los Instrumentos no habían encontrado aún el modo de proporcionar monedas diferentes para todas las nuevas culturas, y por supuesto, no era posible usar dinero verdadero para pagar la comida y la bebida. La comida y la bebida no cuestan nada.

La máquina se enjugó el mostacho, se secó la frente con la servilleta (de cuadrados rojos y blancos) y luego miró inquisitivamente a monsieur Macht.

—¿Usted se sienta aquí, M'sieu?

—Así es —dijo Macht.

—¿Le sirvo a usted en esta mesa?

—¿Por qué no? —dijo Macht—. Si esta buena gente no se opone.

—Muy bien —dijo la máquina pasándose el dorso de la mano por el mostacho. Y desapareció en los fondos sombríos del bar.

Durante todo este tiempo Virginia no había quitado los ojos de Macht.

—¿Usted es Creyente? —preguntó—. ¿Es todavía Creyente luego de haber sido transformado en francés como nosotros? ¿Cómo sabe usted que es usted mismo? ¿Por qué estoy enamorada de Paul? ¿Los Señores y sus máquinas gobiernan todo lo que hay en nosotros? Quiero ser yo. ¿Sabe usted cómo puedo ser yo?

—No lo sé, mademoiselle —dijo Macht—. Eso sería demasiado honor para mí. Pero estoy aprendiendo a ser yo mismo. Verá usted —añadió, volviéndose hacia

mí—, soy francés desde hace dos semanas, y sé qué parte de mí es yo mismo, y qué parte me ha sido añadida por medio de este nuevo proceso que nos dio un lenguaje y la posibilidad del peligro.

El camarero volvió con una copa, de pie largo, que parecía una fea miniatura de Terrapuerto. El fluido que había en la copa era de un blanco lechoso.

Macht alzó la copa.

—¡A la salud de ustedes!

Virginia lo miró como si fuese a llorar de nuevo, y cuando Macht y yo bebimos, se sonó la nariz y guardó el pañuelo. Yo nunca había visto a nadie sonarse la nariz, pero parecía estar de acuerdo con nuestra nueva cultura.

Macht nos sonrió a los dos, como si fuese a pronunciar un discurso. Salió el sol, justo a tiempo. Alrededor de la cabeza de Macht apareció un halo que le dio un aspecto de santo o demonio.

Pero fue Virginia quien habló primero.

—¿Ha estado usted allí?

Macht alzó un poco las cejas, frunció el ceño, y dijo:

—Sí —muy serenamente.

—¿Recibió una respuesta? —inquirió Virginia.

Macht parecía malhumorado, y un poco perturbado también.

—¿Qué decía?

Macht meneó la cabeza, como diciendo que de ciertas cosas no se podía hablar en público.

Yo quise intervenir, descubrir de qué se trataba.

Virginia continuó, sin prestarle la menor atención:

—¡Pero le dije algo!

—Sí —admitió Macht.

—¿Era importante?

—Mademoiselle, no hablemos de eso.

—Tenemos que hablar —exclamó Virginia—, es una cuestión de vida o muerte.

Apretaba las manos con tanta fuerza que se le habían puesto blancos los nudillos. El vaso de cerveza seguía intacto ante ella, calentándose al sol.

—Bueno —dijo Macht—, pregúntele usted si quiere... pero no le garantizo que le responda.

No pude aguantarme más.

—¿Pero qué es esto?

Virginia me miró desdeñosamente, pero aun este desdén era el de una enamorada, y no la frialdad remota del pasado.

—Por favor, Paul, no entientes. Espera un momento. ¿Qué le dijo, m'sieu Macht?

—Que yo, Maximilien Macht, viviré o moriré con una muchacha de pelo castaño que ya estaba comprometida. —El hombre sonrió cansadamente.— Y ni siquiera sé qué quiere decir "comprometida".

—Lo averiguaremos —dijo Virginia—. ¿Cuándo lo dijo?

—¿De quién hablan? —grité—. En nombre de Dios, ¿qué significa todo esto?

Macht me miró y bajó la voz:

—El Abba-dingo. —Luego, volviéndose hacia Virginia añadió:— La semana pasada.

Virginia empalideció.

—De modo que funciona, funciona. Paul querido, no me dijo nada a mí, pero a mi tía le dijo algo que no olvidaré nunca.

Yo tomé por el brazo a Virginia, con ternura, pero firmemente, y traté de mirarla a los ojos, Virginia apartó la cabeza.

—¿Qué le dijo? —pregunté.

—Paul y Virginia.

—¿Y eso?

Yo apenas reconocía a Virginia ahora. Tenía la boca apretada y tensa. No estaba enojada. Era algo diferente, peor. Había una tensión interior en ella. Creo que no habíamos visto nada parecido durante miles de años.

—Paul, trata de entender, si puedes. La máquina le dio nuestros nombres a la mujer. Pero se los dio hace doce años.

Macht se incorporó tan bruscamente que su silla cayó hacia atrás. El mozo se acercó a la mesa, corriendo.

—Esto resuelve todas las dudas —dijo Macht—. Iremos ahora, juntos.

—¿Iremos a dónde? —pregunté.

—Al Abba-dingo.

—¿Pero por qué ahora? —dije, y Virginia preguntó al mismo tiempo:

—¿Funcionará?

—Siempre funciona —respondió Macht— si uno va por el lado norte.

—¿Cómo se llega? —dijo Virginia.

Macht frunció tristemente el ceño.

—Sólo hay un camino. El Alpha Ralpa Boulevard.

Virginia se puso de pie. Y yo también.

De pronto recordé. Alpha Ralpa Boulevard. Era una calle arruinada que subía hacia el cielo, tenue como una estela de vapor. Había sido una carretera triunfal en un tiempo, por donde descendían los conquistadores, y por donde subían las ofrendas. Pero ahora estaba en ruinas, y se perdía en las nubes, y estaba cerrada a los hombres desde hacía cien siglos.

—Conozco esa calle —dije—. Está en ruinas.

Macht no dijo nada, pero me miró fijamente como si fuera un intruso...

Virginia, muy pálida, y muy tranquila, dijo entonces:

—Vamos.

—¿Pero por qué? —pregunté—. ¿Por qué?

—Tonto —dijo Virginia—, no tenemos un Dios, pero sí por lo menos una máquina. Sólo hay una cosa en el mundo que los Instrumentos no entienden. Quizá predice el futuro. Quizá es una anti-máquina. De cualquier modo es indudable que viene de otro tiempo. ¿No entiendes, querido? Si nos dice que somos nosotros, somos nosotros.

—¿Y si no?

—Entonces no somos nosotros.

El rostro de Virginia parecía como consumido de pena.

—¿Qué quieres decir?

—Si no somos nosotros mismos —dijo Virginia—, somos sólo juguetes, muñecos, marionetas, manejados por los Señores. Tú no eres tú, y yo no soy yo. Pero si el Abba-dingo que conocía los nombres Paul y Virginia doce años antes que nos encontráramos... si el Abba-dingo dice que somos nosotros, no me importa que sea una máquina que predice el futuro, o un dios, o un demonio, o cualquier otra cosa. No me importa, porque sabré la verdad.

¿Qué podía haberle contestado? Macht inició la marcha, Virginia lo siguió, y yo fui detrás. Dejamos la luz del sol de El Gato Grasiento, y en ese mismo instante empezó a llover. El mozo, pareciéndose momentáneamente a la máquina que en verdad era, miró fijamente ante él. Cruzamos el límite del subsuelo y descendimos al camino rodante expreso.

Salimos a la superficie en una zona de hermosas casas. Todas estaban en ruinas. Los árboles crecían dentro de los mismos edificios. Las flores se marchitaban en los jardines de la calle, entraban por las puertas abiertas, y resplandecían en los cuartos sin techos. ¿Quién necesitaba casas en el campo? La población del mundo había decrecido de tal modo que la vida era cómoda ahora en las ciudades casi desiertas.

Ibamos por el camino de grava y en un momento me pareció que una familia de homúnculos nos espiaba desde detrás de un

muro. Quizá las caras que yo había visto no eran más que imaginaciones mías.

Macht no dijo nada.

Virginia y yo caminábamos tomados de la mano. Yo hubiese podido disfrutar acaso de esta rara excursión, pero Virginia me apretaba con demasiada fuerza la mano, y de cuando en cuando se mordía el labio inferior. La expedición, indudablemente, era muy importante para ella, era en verdad una peregrinación. (Una peregrinación en otro tiempo era una suerte de paseo a lugares dotados de poderes, y saludable para el cuerpo y el alma.) No me molestaba ir con ellos. En verdad, no podían haber impedido que yo decidiera dejar el café. Pero yo no tenía por qué tomarme el paseo en serio. ¿O sí?

¿Y qué pretendía Macht?

¿Quién era Macht? ¿Qué pensamientos habían aparecido en esa mente en dos breves semanas? ¿Cómo nos había precedido en un nuevo mundo de peligros y aventuras? Yo no tenía confianza. Por primera vez en mi vida yo me sentía solo. Siempre, siempre, hasta ahora, me había bastado con pensar en los Instrumentos para que un protector entrara en seguida en mi mente, armado de pies a cabeza. La telepatía protegía contra todos los peligros, curaba todas las heridas, nos llevaba pacíficamente hacia el fin de aquellos ciento cuarenta y seis mil noventa y siete días que nos ha-

bían otorgado. Ahora todo era distinto. Yo no conocía a este hombre, y me había puesto en sus manos, fuera de la influencia de los poderes que nos habían cuidado y protegido.

Dejamos la calle en ruinas y entramos en un inmenso boulevard. En el pavimento intacto no crecía nada, excepto en los sitios donde el viento había depositado pequeños montículos de tierra.

Macht se detuvo.

—Este es —dijo—. El Alpha Ralpa Boulevard.

Contemplamos en silencio la calzada de olvidados imperios.

El boulevard desaparecía a la izquierda en una suave curva, hacia el norte de la ciudad, muy lejos del sitio donde yo había nacido. Yo sabía que había otra ciudad en el norte, pero no recordaba cómo se llamaba. ¿Por qué iba a recordarlo? Tenía que ser una ciudad igual a la mía.

Pero a la derecha...

A la derecha el boulevard ascendía abruptamente, como una rampa. Desaparecía en las nubes. Justo en el borde de nubes había algo... como si se hubiese producido un desastre. Yo no veía bien, pero parecía como si una fuerza inimaginable hubiese cortado todo el boulevard. En alguna parte más allá de esas nubes estaba el Abba-dingo, el lugar donde todas las preguntas recibían su respuesta.

Esto era al menos lo que Virginia y Macht pensaban.

Virginia se apretó contra mí.

—Regresemos —dije—. Somos gente de ciudad. No sabemos nada de ruinas.

—Pueden regresar si quieren —dijo Macht—. Yo sólo quería hacerles un favor.

Los dos nos volvimos hacia Virginia.

Virginia me miró con aquellos ojos castaños. Y en aquellos ojos había una súplica más vieja que la mujer o el hombre, más vieja que la raza humana. Antes que Virginia lo dijera yo sabía lo que iba a decir, iba a decir que ella tenía que saber.

Macht aplastaba maquinalmente unos terrones con el pie.

—Paul —dijo Virginia al fin—, no quiero ir arriba por amor al peligro. Pero repito lo que dije antes. ¿No es posible acaso que nos hayan dado la orden de querernos? ¿Qué vida tendríamos si nuestra felicidad, nuestro mismo ser dependiesen de una cinta que da vueltas en una máquina o de una voz mecánica que nos habló mientras dormíamos y aprendíamos francés? Puede ser divertido volver al mundo pasado. Imagino que sí. Sé que me das una felicidad que yo había ignorado hasta hoy. Si somos realmente nosotros, hay algo de maravilloso en todo esto, y tenemos que conocerlo. Pero si no somos...

Virginia se echó a llorar otra vez.

Yo quería decirle: "Si no somos realmente nosotros, todo parecerá exactamente igual", pero la cara ominosa y malhumorada

de Macht me miró por encima del hombro de Virginia mientras yo la acercaba hacia mí. No había nada que decir.

Abracé a Virginia.

Bajo el pie de Macht corría un hilo de sangre, que el polvo absorbió.

—Macht —dije—, ¿está usted herido?

Virginia lo miró también.

Macht alzó las cejas y dijo con indiferencia.

—No, ¿por qué?

—Esa sangre. Bajo su pie.

Macht bajó los ojos.

—Oh, ¿eso? —dijo—. No es nada. Sólo unos huecos de algún anti-pájaro que ni siquiera vuela.

—¡Basta! —grité telepáticamente, usando el Viejo Idioma Común. Ni siquiera traté de pensar en nuestro nuevo francés.

Macht dio un paso atrás, sorprendido.

De la nada me llegó un mensaje: *gracias gracias regreseporfavor gracias apártese hambremalo hambremalo hambremalo...*

En alguna parte un animal o pájaro me advertía que desconfiara de Macht. Pensé un *gracias* casual y volví mi atención a Macht.

Nos miramos en silencio un rato. ¿Era esto la cultura? ¿La libertad incluía siempre la libertad de desconfiar, de temer, de odiar?

Macht no me gustaba. Me vinieron a la mente los nombres de crímenes olvidados: asesinato, homicidio, secuestro, locura, violación, robo...

No habíamos conocido ninguna de esas cosas y sin embargo yo las sentía todas.

Macht me habló sin alzar la voz. Habíamos tenido cuidado y habíamos cerrado nuestras mentes a una posible lectura telepática, de modo que no podíamos comunicarnos sino en francés.

—Fue idea suya —dijo impudicamente—, o por lo menos de su compañera...

—La mentira ya ha aparecido en el mundo —dije—. ¿De modo que subiremos a las nubes sin ningún motivo?

—Hay un motivo —dijo Macht.

Aparté dulcemente a Virginia, y cerré tanto mi mente que sentí la anti-telepatía como un dolor de cabeza.

—Macht —dije, y yo mismo pude oír el gruñido de un animal en mi voz—, díganos por qué nos trajo aquí o si no lo mataré.

El hombre no retrocedió. Me miró de frente, dispuesto a luchar.

—¿Me matará? —preguntó—. ¿Quiere decir que me quitará la vida?

Pero en las palabras de Macht no había ninguna convicción. Ninguno de los dos sabía pelear tampoco, pero él se preparaba para la defensa y yo para el ataque.

Bajo el escudo de mi propio pensamiento se deslizó un pensamiento animal: *hombrebueno hombrebueno tómallo por el cuello sinaire sinaire ahaaa como huevo roto...*

Seguí el consejo sin preguntarme de dónde venía. Era sim-

ple. Me acerqué a Macht, le puse las manos alrededor del cuello y apreté. Macht trató de apartarme las manos. Luego quiso darme un puntapié. Yo me contenté con no soltarle el cuello. Si yo hubiese sido un señor o un aventurero yo hubiera sabido pelear. Pero yo no sabía, y él tampoco. La lucha terminó cuando sentí un peso en las manos.

Lo solté, sorprendido.

Macht estaba inconsciente. ¿Era esto la muerte?

Parecía que no, pues se sentó en seguida. Virginia corrió hacia él. Macht se frotó el cuello y dijo con una voz ronca:

—No debía haber hecho eso.

Las palabras de Macht me animaron.

—Dígame —le dije bruscamente—, dígame por qué quiso usted que viniésemos o lo haré otra vez. Macht sonrió débilmente, torciendo la boca. Apoyó la cabeza en el brazo de Virginia.

—El miedo —dijo—, el miedo.

—¿El miedo?

Yo conocía la palabra, pero no su significado. ¿Una suerte de inquietud, acaso, una alarma animal?

Yo había estado pensando con la mente abierta. La respuesta mental fue sí.

—¿Pero por qué le gusta el miedo? —pregunté.

Es delicioso, pensé Macht, me pone enfermo, y nervioso, y me hace vivir. Es como una medicina fuerte, casi tan buena como el stroom. Fui allá antes. Arriba, y

tuve mucho miedo. Era maravilloso y malo y bueno, todo a la vez. Vivi mil años en sólo una hora. Quería más, pero se me ocurrió que sería mejor aún con otra gente.

—Ahora lo mataré —dije en francés—. Usted es... es... —yo buscaba la palabra—, usted es un malvado.

—No —dijo Virginia—, deja que hable.

Macht pensó hacia mí, sin preocuparse por las palabras. *Eso es lo que los Señores de los Instrumentos nunca nos dejaron tener. Miedo. Nacemos en una suerte de estupor y morimos en un sueño. Hasta la gente de abajo, los animales, tienen más vida que nosotros. Las máquinas no tienen miedo. Eso es lo que somos. Máquinas que piensan que son hombres. Y ahora somos realmente libres.*

Macht advirtió que asomaba en mi mente un borde rojo de cólera, y cambió de tema. *No les mentí. Este es el camino que lleva al Abba-dingo. He estado allá. Funciona. De este lado siempre funciona.*

—Funciona —exclamó Virginia—. Dijo eso. ¡Funciona! Dice la verdad. Oh, Paul, ¡vamos!

—Está bien —dije—. Ireemos.

Ayudé a Macht a levantarse. Parecía embarazado, como un hombre que ha mostrado algo que lo avergüenza.

Fuimos por la superficie del boulevard indestructible. Era cómodo para los pies.

En el fondo de mi mente el pajarito o el animal invisible balbuceaba sus pensamientos: *hombre bueno hombrebueno mátao toma agua toma agua...*

No le presté atención y seguí adelante. Virginia caminaba entre nosotros. No presté atención. Lo lamento ahora.

Caminamos mucho tiempo.

Todo era nuevo para nosotros. Había algo de vivificante en el pensamiento de que nadie nos protegía, de que el aire era un aire libre que no se movía impulsado por máquinas atmosféricas. Vimos muchos pájaros, y cuando yo pensaba hacia ellos tropezaba con unas mentes sobresaltadas y opacas; eran pájaros naturales, de una especie que yo nunca había visto antes. Virginia me preguntó sus nombres y yo les di desvergonzadamente todos los nombres de pájaros que yo conocía en francés, sin saber si eran los nombres que correspondían o no.

Maximilien Macht había recuperado el buen humor también, y hasta nos cantó una canción, con voz desafinada, y la canción decía que nosotros tomaríamos el camino alto y él el camino bajo, pero que él llegaría a Escocia antes que nosotros. No tenía sentido, pero la melodía era agradable. Cada vez que Macht se adelantaba un poco, yo entonaba unas variaciones de *macuba* y susurraba las frases en la hermosa oreja de Virginia:

No era la mujer que yo buscaba. La encontré tan casualmente. No hablaba el francés de Francia sino el dulce canto de la Marti[nica].

Fuimos felices, en plena libertad, en plena aventura, hasta que sentimos hambre. Entonces comenzaron nuestros problemas.

Virginia se acercó a un lampadario, y lo golpeó ligeramente con el puño.

—Aliméntame —dijo.

El lampadario hubiera tenido que abrirse, sirviéndonos una cena, o decirnos dónde había comido en un radio de cien metros. No hizo ni una cosa ni otra. No hizo nada. Debía de estar descompuesto.

De ahí en adelante nos divertimos golpeando todos los postes.

Alpha Rapha Boulevard se alzaba ahora a unos quinientos metros sobre el paisaje campestre. Los pájaros salvajes giraban bajo nosotros. Había menos polvo en el pavimento, y menos malezas. El camino inmenso —sin pilones— se curvaba como una cinta colgante y se metía en las nubes.

Nos cansamos de golpear los postes. No había allí ni comida ni agua.

Virginia se puso nerviosa.

—No serviría de nada volver —dijo—. Hay comida arriba seguramente. Cómo no se ocurrió traer algo.

¿Por qué tenía que haber pensado yo en llevar comida? ¿Quién llevaba comida consigo? ¿Para

qué, si se la encontraba en cualquier sitio? Mi querida no era razonable, pero era mi querida, y yo la quería todavía más por las dulces imperfecciones de su carácter.

Macht siguió golpeando postes, en parte para mantenerse alejado de nuestra disputa, y de pronto obtuvo un resultado inesperado.

Vi que se inclinaba para golpear otra vez el pilar de una lámpara, y casi en seguida chilló como un perro y se precipitó camino arriba. Oí que gritaba algo, pero no pude distinguir las palabras. Macht desapareció pronto entre las nubes.

Virginia me miró.

—¿Quieres que volvamos? Podemos decir que estamos cansados.

—¿Hablas en serio?

—Por supuesto, querido.

Me reí, un poco irritado. Virginia había insistido tanto para que viniéramos, y ahora estaba dispuesta a dar media vuelta y a renunciar al paseo, sólo para complacerme.

—Continuemos —dije—. No podemos estar muy lejos del fin. Adelante.

—Paul...

Virginia no se separaba de mí. Me miraba con ojos turbados, como si quisiese entrar en mi mente. Yo pensé: *¿quieres hablarme de este modo?*

—No —dijo ella en francés—. Quiero decir las cosas una a una. Paul, quiero ir al Abba-dingo. Necesito ir. No he tenido una nece-

sidam mayor en mi vida. Pero al mismo tiempo no quiero ir. Hay algo oscuro allá arriba. Pero además, prefiero tenerme mal que no tenerme de ningún modo. Algo puede ocurrir.

—¿Sientes ya ese miedo de que hablaba Macht? —dije prudentemente.

—Oh no, Paul, nada de eso. Esto que siento no es excitante. Es como si se hubiese roto algo en una máquina...

—¡Escucha! —interrumpí.

De lejos, del interior de las nubes, llegaba un sonido, como la queja de un animal. Pero se oían vagamente unas palabras. Tenía que ser Macht. Me pareció oír "tengan cuidado". Busqué con la mente a Macht, y la distancia se abrió en círculos que me marearon.

—Vamos, querida —dije.

—Sí, Paul —dijo Virginia, y en su voz había a la vez, insondablemente, felicidad, resignación, y desesperanza...

Antes que nos pusiéramos en camino la miré atentamente. Virginia era mi muchacha. El cielo tenía ahora un color amarillento y las luces no se habían encendido todavía. Bajo el amarillo resplandeciente del cielo los rizados castaños de Virginia parecían teñidos de oro, las pupilas castañas se le confundían con el negro de los iris, y el rostro joven de mujer predestinada parecía más cargado de significado que cualquier otro rostro humano que yo hubiese podido contemplar.

—Tú eres mía —dije.

—Sí, Paul. —Virginia me miró con una sonrisa brillante. — Tú lo dijiste. Es doblemente hermoso.

Un pájaro posado en la barandilla nos miró severamente y desapareció. Quizá no aprobaba las disparatadas costumbres humanas, y por eso se precipitó en el aire oscuro. Vi que se enderezaba allá abajo, muy lejos, y que flotaba perezosamente.

—No somos libres como los pájaros, querida —le dije a Virginia—, pero somos más libres que ningún hombre desde hace cien siglos.

Virginia me respondió apretándole el brazo y sonriéndome.

—Y ahora —añadí— sigamos a Macht. Abrazame y no te sueltes. Golpearé ese poste. No nos darán una cena, pero sí por lo menos un paseo.

Sentí que Virginia se abrazaba a mi cintura y entonces golpeé el poste.

¿Qué poste? Un instante después los lampadarios pasaban a nuestro lado como manchas. El suelo a nuestros pies parecía firme, pero nos desplazábamos velozmente. Ni siquiera en los subsuelos había visto yo un camino tan rápido. El vestido de Virginia restallaba en el viento como el castañeteo de unos dedos. En un instante entramos en la nube y salimos de ella.

A nuestro alrededor se extendía otro mundo. Había nubes abajo y arriba. Aquí y allá brillaba el cielo azul. Los antiguos

ingenieros habían diseñado inteligentemente la carretera. Subíamos y subíamos, sin tambalearnos y sin sentirnos aturdidos.

Otra nube.

Esta vez todo ocurrió tan rápidamente que apenas tuve tiempo de darme cuenta.

Algo oscuro se precipitó sobre mí y me golpeó violentamente el pecho. Sólo mucho más tarde comprendí que era el brazo de Macht que había tratado de retenerme en el momento en que traspasábamos el borde. Luego entramos en otra nube. Antes que yo pudiera hablarle a Virginia sentí otro golpe. El dolor fue terrible. Nunca había sentido nada parecido en mi vida. Por alguna razón Virginia se había caído y había pasado por encima de mí, y ahora me tiraba de las manos.

Yo quería decirle que no tirara así, que me hacía daño, pero me había quedado sin aliento. No me resistí y traté de acercarme a ella. Sólo entonces comprendí que no había nada bajo mis pies... ni puente, ni camino, nada.

Yo estaba en el borde del boulevard, la arista quebrada del lado superior. Debajo de mí no había más que unos cables torcidos, y muy lejos, una cinta que podía ser un río o una carretera.

Habíamos franqueado la vasta brecha, sin darnos cuenta, y yo había caído boca abajo en el borde superior de la calzada, golpeándome el pecho.

El dolor no tenía ninguna importancia.

El médico-robot llegaría en seguida y me curaría.

Una mirada al rostro de Virginia me bastó para recordar que no había allí médicos-robots, ni mundo, ni Instrumentos, nada excepto viento y dolor. Virginia lloraba. Tardé un momento en entender lo que decía.

—Es culpa mía, culpa mía, querido, ¿estás muerto?

Ninguno de los dos conocía el sentido de la palabra "muerto", pues la gente desaparecía siempre en el momento previsto, pero sabíamos que en ese estado no había vida. Traté de decirle que yo estaba vivo, pero a Virginia no le interesaba otra cosa que alejarme de la brecha.

Me apoyé en las manos y conseguí sentarme.

Virginia se arrodilló a mi lado y me cubrió la cara con besos.

—¿Dónde está Macht? —pude balbucear al fin.

Virginia miró hacia atrás.

—No lo veo.

Yo quise mirar también.

—Quédate quieto —me dijo Virginia—. Miraré otra vez.

Se acercó animosamente a la brecha del boulevard, y miró tratando de ver a través de las nubes que pasaban rápidamente a nuestro lado como aspiradas por un ventilador.

—Ya lo veo —exclamó—. Qué aspecto raro tiene. Parece un insecto del museo. Está cruzando por los cables.

Me arrastré sobre manos y rodillas y miré también. Allá esta-

ba Macht: un punto que se movía a lo largo de un hilo, y los pájaros revoloteaban a su alrededor. No parecía nada seguro. Quizá estaba sintiendo todo el "miedo" que necesitaba para ser feliz. Yo no quería ese "miedo", fuese lo que fuese. Yo quería comida, agua, y un médico-robot.

No había nada de eso en aquel sitio.

Me enderecé trabajosamente.

Virginia quiso ayudarme, pero yo estuve de pie antes que ella me tocara la manga.

—Vamos —dije.

—¿A dónde? —preguntó Virginia.

—Al Abba-dingo. Quizá haya máquinas amigas allá arriba. Aquí no hay más que frío y viento, y las luces no se encendieron aún.

Virginia frunció el ceño.

—¿Pero y Macht?

—Tardará horas en cruzar. Podemos volver.

Virginia obedeció.

Una vez más fuimos a la izquierda del boulevard. Le dije a Virginia que me tomara de la cintura mientras yo golpeaba los pilares, uno a uno. En alguno de ellos tenía que haber un dispositivo de reactivación para los pasajeros del camino.

Tuve éxito en mi cuarta tentativa.

Una vez más nuestras ropas resallaron al viento como látigos mientras subíamos velozmente por el Alpha Ralpa Boulevard. Casi nos caímos cuando el ca-

mino dobló a la izquierda. Recuperé el equilibrio y el camino dobló a la derecha. Y luego nos detuvimos.

Allá estaba, el Abba-dingo.

Una plataforma cubierta de objetos blancos: barras con protuberancias y bolas imperfectas del tamaño de mi cabeza.

Virginia miraba, de pie a mi lado, en silencio.

¿Del tamaño de mi cabeza? Moví uno de los objetos con el pie, y supe entonces, ya sin ninguna duda, qué era aquello. Era gente. Las partes interiores. Yo no había visto nunca nada parecido. Eso que estaba ahí en el suelo había sido sin duda una mano. Había cientos de esas cosas a lo largo del muro.

—Vamos, Virginia —dije dominiándome y ocultando mis pensamientos.

Virginia me siguió sin decir una palabra. Miraba con curiosidad las cosas del suelo, pero no parecía reconocerlas.

Yo observaba el muro.

Al fin las descubrí... las puertas del Abba-dingo.

Una decía METEOROLÓGICA. No era una palabra del Viejo Idioma Común, no era tampoco francés, pero se le parecía y entendí que era algo que tenía relación con la atmósfera. Apoyé la mano en el panel de la puerta. El panel se hizo transparente y apareció una vieja escritura. Había números ahí que no significaban nada, palabras que no significaban nada, y luego: *Tifón inminente*.

Yo no sabía lo que quería decir "inminente", pero "tifón" era lo mismo evidentemente que la palabra francesa *typhon*, una perturbación atmosférica considerable. Que las máquinas se ocupen de sus propios asuntos, pensé. Eso no nos concierne.

—No nos sirve de mucho —dije.

—¿Qué significan esas palabras? —preguntó Virginia.

—Una perturbación del aire.

—Oh —dijo Virginia—. Eso no puede inquietarnos, ¿no es cierto? —Claro que no.

Toqué el panel siguiente que decía COMIDA. En el interior del muro hubo un crujido doloroso, como si toda la torre hubiese eructado. La puerta se abrió un poco y se sintió un olor pestilente. En seguida la puerta se cerró otra vez.

La tercera puerta decía SOCORRO y cuando la toqué no ocurrió nada. Quizá era algo así como un dispositivo para recolectar impuestas, en los viejos días. La cuarta puerta era más grande y estaba ya un poco abierta en la parte inferior. Arriba se leía: PREDICCIONES, lo que era bastante claro para quienes conocíamos el francés antiguo. La frase de abajo era más misteriosa: INTRODÚZCASE AQUÍ LA TARJETA, y no pude adivinar qué quería decir.

Probé la telepática. No ocurrió nada. El viento silbó a nuestro alrededor. Algunas de las bolas y barras calcáreas rodaron por el pavimento. Probé otra vez, tratando de alcanzar la huella de

pensamientos desaparecidos hacía mucho tiempo. Un grito entró en mi mente, un grito largo y agudo que no parecía muy humano. Eso fue todo.

Me sentí un poco intranquilo. No tenía "miedo", pero Virginia me preocupaba.

Virginia miraba el suelo.

—Paul —dijo—, eso que hay en el suelo, entre esas cosas raras, ¿no es la manga de una chaqueta de hombre?

Yo había visto una vez una radiografía antigua, en el museo, y yo sabía que la manga recubría aún un material que había sido la estructura interna de un hombre. No había ninguna bola aquí, así que yo no estaba seguro de que el hombre estuviese muerto. ¿Cómo podía haber ocurrido esto en los viejos días? ¿Por qué los Instrumentos habían permitido que ocurriera? Pero los Instrumentos habían prohibido siempre que nos acercáramos a este lado de la torre. Los que habían violado la orden habían sido castigados de un modo que yo no podía imaginar.

—Mira, Paul —dijo Virginia—. Puedo meter la mano.

Antes que yo pudiera detenerla, Virginia había metido la mano en la abertura donde se leía: INTRODÚZCASE AQUÍ LA TARJETA.

Virginia gritó.

No podía sacar la mano.

Le tironeé del brazo, pero no se movía. Virginia jadeaba de dolor. De pronto la mano se le soltó.

Había unas palabras grabadas

en la carne. Desgarré mi capa y vendé la herida. Virginia sollozaba junto a mí y le saqué la venda y ella vio entonces las palabras en la piel.

Las palabras decían, en francés antiguo: *Amarás a Paul toda tu vida.*

Virginia dejó que yo le vendara la mano, y luego adelantó la cara para que yo la besase.

—Valía la pena —dijo—. Valía la pena todo este trabajo, Paul. Veamos si podemos bajar. Ahora ya sé.

Yo la besé una vez más y le dije con un tono tranquilizador:

—¿Sabes, no es cierto?

—Sí, sé. —Virginia me sonrió a través de las lágrimas.— Los Instrumentos no hubiesen podido programar esto. ¡Qué vieja máquina inteligente! ¿Es un dios o un demonio, Paul?

Yo no conocía bien aún el significado de estas palabras, de modo que me contenté con palmearle el brazo.

Nos volvíamos ya para regresar cuando descubrí que yo no había probado las PREDICCIONES.

—Un momento, querida. Deja que saque un pedazo de venda.

Virginia esperó pacientemente. Arranqué un trozo del tamaño de mi mano, y luego recogí del suelo una barra de una ex persona. Parecía haber sido un antebrazo. Regresé para meter la tela en la hendidura, pero cuando llegué a la puerta me encontré con un enorme pájaro que se había posado allí.

Quise apartarlo con un ademán, y el pájaro me contestó con una especie de graznido. Parecía que hasta quisiese amenazarme con sus gritos y con su pico afilado. No se iba.

Entonces probé la telepatía. Soy un hombre verdadero. ¡Vete!

El cerebro oscuro del pájaro sólo me contestó con un *no-no-no-no*.

Le lancé entonces un puñetazo que lo arrojó al suelo. El animal se incorporó entre los restos blanquecinos, y luego, abriendo las alas, se dejó llevar por el viento.

Metí en el panel el trozo de tela, conté veinte mentalmente, y lo retiré.

Las palabras eran claras, pero no tenían ningún significado:

Amarás a Virginia veintidós minutos más.

La voz feliz de Virginia, una voz que la predicción había tranquilizado, pero que temblaba aún un poco a causa del dolor de la herida, me llegó desde lejos:

—¿Qué dice, querido?

Fingí un movimiento torpe y dejé que el viento se llevara la tela. Revoloteó como un pájaro. Virginia miró cómo se iba.

—Oh —exclamó tristemente—.

¡Lo perdimos! ¿Qué decía?

—Lo mismo que para ti.

—Pero las palabras, Paul, ¿qué palabras eran?

Con amor, y el corazón apretado, y quizá un poco de "miedo" le menté a Virginia y murmuré dulcemente:

—Decía: "Paul amará siempre a Virginia."

Virginia me sonrió radiantemente. Su figura firme y plena se alzaba feliz contra el viento. Una vez más era la hermosa, la regordeta Menerima que había vivido en un edificio vecino al mío y que yo había conocido en mi infancia. El mensaje era un disparate. Habíamos visto muy bien, al abrirse el panel que decía COMIDA, que la máquina estaba descompuesta.

—No hay comida ni agua aquí —dije.

En realidad había un charco cerca de la baranda, pero el agua había tocado los elementos estructurales humanos y yo no me atrevía a beberla.

Virginia era tan feliz que a pesar de la mano herida, la falta de alimento y la falta de agua caminaba vigorosa y animadamente.

Yo me dije a mí mismo: "Veintidós minutos. Han pasado cerca de seis horas. Si nos quedamos aquí enfrentaremos nuevos peligros."

Descendimos por el Alpha Ralpa Boulevard con paso firme. Habíamos encontrado el Abbadingo y estábamos todavía "vivos". Yo no creía estar "muerto", pero las palabras habían carecido de significado durante tanto tiempo que era difícil emplearlas correctamente.

La rampa era muy empinada y Virginia y yo bajábamos haciendo cabriolas, como caballos. El viento nos soplaban en la cara

con una fuerza increíble. Eso era, viento, pero yo no encontré la palabra francesa, *vent*, sino cuando todo hubo terminado.

Nunca vimos la torre entera. Sólo la pared a donde nos había llevado la vieja carretera rodante. El resto de la torre se perdía en las nubes, como entre harapos.

El cielo era rojo en un lado, y de un sucio color amarillento del otro.

Unos goterones de lluvia nos golpearon la cara.

—Las máquinas atmosféricas están rotas —le grité a Virginia.

Virginia quiso responderme, pero el viento se llevó las palabras. Le repetí lo que sabía de las máquinas atmosféricas, y Virginia asintió, feliz, animadamente, aunque el viento le desordenaba el pelo ahora y las gotas de agua que venían de arriba le dejaban muchas manchas redondas en el vestido dorado. No importaba. Virginia se apoyó en mi brazo. Sonreía mientras descendíamos la pendiente inclinada sosteniéndonos mutuamente. Había confianza y vida en sus ojos castaños. Notó que yo la miraba y me besó el antebrazo sin perder el paso. Era mi enamorada para siempre, y ella lo sabía.

El agua que venía del cielo, y que según supe más tarde era verdadera "lluvia" caía con más fuerza. De pronto aparecieron pájaros. Un pájaro grande aleteó vigorosamente contra el viento silbante y al fin flotó inmóvil ante mis ojos. Graznó un instante y

luego se fue con el viento. En seguida otro pájaro me golpeó el cuerpo. Bajé los ojos, pero la corriente de aire se lo llevó también. Yo no sentí más que un grito telepático: ¡no-no-no-no!

¿No qué? Un consejo de pájaro no sirve de mucho.

Virginia me apretó el brazo y se detuvo. Yo también me detuve.

El borde roto del Alpha Ralpa Boulevard estaba ante nosotros. Unas feas nubes amarillas se movían en el abismo como peces venenosos, en giros inexplicables.

Virginia gritaba.

Yo no podía oírla, y me incliné de modo que la boca de ella me tocaba casi la oreja.

—¿Dónde está Macht? —decía Virginia.

La llevé cuidadosamente al lado izquierdo del camino, donde la baranda nos protegía un poco contra el viento y la lluvia. Ninguno de nosotros podía ver ahora muy lejos. Hice que Virginia se arrodillara y me agaché junto a ella. El agua nos azotó las espaldas. La luz de alrededor era de un color amarillo sucio y oscuro.

Veíamos aún, pero no mucho.

Yo hubiera deseado que nos quedáramos al abrigo de la baranda, pero Virginia me pidió que hiciésemos algo por Macht. Yo no sabía realmente qué se podía hacer. Si Macht había encontrado un refugio, estaba a salvo. Pero si seguía en uno de aquellos cables, el viento desencadenado acabaría por llevarse, y

entonces ya no habría más Maximilien Macht. Estaría “muerto” y sus partes interiores se blanquearían en alguna parte.

Virginia insistió.

Nos deslizamos hasta el borde. Un pájaro cayó a plomo, como una piedra, apuntándome a la cara. Aparté la cabeza. Un ala me tocó. Yo no sabía que las plumas pudiesen ser tan duras. Estos pájaros tienen que tener los mecanismos mentales desarreglados, pensé, si atacan así a la gente en Alpha Ralpa. No es la manera de comportarse con la gente verdadera.

Al fin llegamos al borde, arrastrándonos sobre el vientre. Traté de clavar las uñas de la mano izquierda en la materia pétrea de la baranda, pero era lisa y no había mucho de qué agarrarse salvo la moldura ornamental. Mi brazo derecho sostenía a Virginia. Me costaba mucho avanzar así, pues yo sentía aún en el cuerpo el dolor del golpe contra el borde del camino. Pero Virginia no se detenía.

No veíamos nada.

La oscuridad nos envolvía.

El viento y el agua nos golpeaban como puñetazos.

El vestido dorado de Virginia tiraba de ella como un perro que juguetea con su amo. Yo quería que volviésemos al refugio de la baranda, donde podíamos esperar a que terminara la perturbación del aire.

De pronto hubo una luz alrededor de nosotros. Era la elec-

tricidad libre que los antiguos llamaban *relámpago*. Supe más tarde que era bastante frecuente en las áreas donde no actuaban las máquinas de los climas.

La luz brillante y breve nos reveló un rostro que nos miraba. Macht estaba suspendido de los cables, debajo de nosotros. Tenía la boca abierta, y gritaba sin duda. Nunca sabré si su expresión era de “miedo” o de felicidad. Macht parecía por lo menos muy excitado. La luz brillante se apagó y creí oír el eco de un llamado. Lo busqué telepáticamente y no encontré nada. Sólo un pájaro oscuro y obstinado que pensaba ¡no-no-no-no-no!

Virginia se endureció en mis brazos, y se estremeció. Le grité en francés. No podía oírme.

Entonces la llamé con la mente. Había algún otro allí.

La mente de Virginia me alcanzó con un grito de repulsión:

—La mujer gata. ¡Va a tocarme!

Virginia se retorció, y de pronto mi brazo derecho no sostuvo nada. Vi la llama de un vestido de oro que caía del otro lado del borde, en la penumbra. Busqué con la mente y me llegó su grito: —Paul, Paul, te quiero. Paul... ¡ayúdame!

Los pensamientos se desvanecieron a medida que el cuerpo de Virginia se hundía en el vacío.

El algún otro era C'mell, la muchacha gata que habíamos encontrado por vez primera en el corredor.

—He venido a buscarlos a los dos —me dijo C'mell con el pensamiento—. Los pájaros no se preocupaban mucho por ella.

—¿Qué tienen que hacer aquí los pájaros?

—Tú los salvaste. Salvaste a sus crías, cuando el hombre de pelo rojo iba a matarlas a todas. Todos nosotros estábamos muy preocupados pensando qué haría la gente verdadera cuando fuese libre. Ya lo sabemos. Algunos son malos y matan las otras formas de vida. Otros como tú son buenos y protegen la vida.

¿No significan otra cosa *malo* y *bueno*, pensé.

Quizá yo debía haber estado prevenido. La gente no entendía nada de luchas, pero sí los homínuculos. Nacieron en medio de batallas y trabajaban en medio de conflictos. C'mell, muchacha gata, me alcanzó en la barbilla con un puño preciso como un pistón. No disponía de anestésicos, y para llevarme por los cables y en el viento necesitaba que yo estuviese inconsciente.

Me desperté en mi propio cuarto. Me sentía muy bien de veras. El médico-robot estaba allí.

—Ha tenido usted un shock. Me he puesto ya en contacto con un subcomisionado de los Instrumentos y puedo borrarle los recuerdos del último día, si usted así lo desea.

El médico-robot tenía una expresión agradable.

¿Dónde estaba el viento tumultuoso? ¿El aire que caía como una

pedra alrededor de nosotros? ¿El agua que caía donde las máquinas de los climas no podían gobernarla? ¿Dónde estaban el vestido dorado y el rostro ansioso y ávido de miedo de Maximilien Macht?

Pensé todo esto, pero el médico no era telépata y no supo nada. Lo miré.

—¿Dónde —pregunté— está mi verdadero amor?

Los robots no muestran nunca desprecio, pero éste intentó hacerlo.

—¿La muchacha gata desnuda de cabellera llameante? Fue a buscar unas ropas.

Lo miré fijamente, un rato.

La mente presuntuosa y mezquina del robot pensó sus torpes y mezquinos pensamientos.

—Yo diría, señor, que ustedes,

la "gente libre", cambia muy rápidamente por cierto.

¿Quién discute con una máquina? No valía la pena contestarle.

¿Pero y aquella otra máquina? Veintidós minutos. ¿Cómo explicárselo? Yo no quería discutir con aquella otra máquina tampoco. Tenía que haber sido una máquina muy poderosa antes que la abandonaran. Quizá había ayudado a librar las antiguas guerras. No me interesaba resolver el enigma. Para alguna gente podía ser un dios. Yo no le daba ningún nombre. Yo no tenía necesidad de "miedo", y no me proponía volver al Alpha Ralpa Boulevard. Pero escucha, ¡oh corazón! ¿Serías capaz de ir otra vez al café?

C'mell entró y el médico-robot salió del cuarto. ♦

Título original: Alpha Ralpa Boulevard. Traducción de F. A.

Minotauro. Fantasía y Ciencia - Ficción

selección bimestral de The Magazine of Fantasy and Science Fiction publica la mejor ciencia-ficción y la mejor literatura fantástica de los últimos años y es una permanente antología de lo que hoy se llama "la literatura diferente". "En F & SF —ha escrito Williers Gerson, del New York Times— aparecen regularmente más historias de notable calidad que en ninguna otra revista del género."

Suscripción anual (6 números):

Argentina \$ 500.— Otros países 4 dls.

Giros y cheques a Ediciones Minotauro, Departamento de suscripciones, Humberto I, 545, o personalmente en Alsina 500, Buenos Aires.

El primero y más famoso de los androides, el golem, nació en un día del siglo XVI, animado por las artes del rabino Löw, amigo del emperador Rodolfo II, patrón de alquimistas. De esta leyenda nacieron algunos libros notables (de Mary Shelley, Gustav Meyrink, Karel Capek, Isaac Asimov), algunas raras especulaciones de Norbert Wiener (creador de la cibernética y descendiente él mismo de legendarios rabinos), y este insólito relato de Avram Davidson.

EL GOLEM

Avram Davidson

LA PERSONA DE CARA GRIS VENÍA por la calle donde vivían el viejo señor Gumbeiner y su mujer. Era una tarde de otoño, y el sol tibio les calentaba agradablemente los viejos huesos. Cualquiera aficionado al cine de la década del veinte o de los primeros años de la década del treinta ha visto esta calle alguna vez. A lo largo de estos bungalows de techos de dos aguas Edmund Lowe caminaba del brazo con Leatrice Joy y Harold Lloyd era perseguido por unos chinos que esgrimían hachas. Bajo estas palmeras escamosas Laurel le daba un puntapié a Hardy y Woolsey le golpeaba la cabeza a Wheeler con un bacalao. En estos cuadrados de césped de las aceras, del tamaño de un pañuelo, las pandillas de las películas cómicas se perseguían unas a

otras y eran perseguidas por enojados hombres gordos en pantalones de golf. En la misma calle... o acaso en otras quinientas exactamente iguales a ésta...

La señora Gumbeiner le señaló la persona de cara gris a su marido.

—¿Te parece que le pasará algo? —preguntó—. Camina de una manera rara.

—Camina como un golem —dijo el señor Gumbeiner con indiferencia.

—Oh, no sé —dijo la mujer, irritada—. A mí me parece que camina como tu primo.

El viejo, malhumorado, torció la boca y mordisqueó la boquilla de la pipa. La persona de cara gris vino por la acera de cemento, subió los escalones del porche y se sentó en una silla. El viejo

señor Gumbeiner lo ignoró. La señora Gumbeiner miró fijamente al extraño.

—El hombre llega, no saluda, y se sienta instalándose como si estuviese en su casa... ¿La silla es cómoda? —preguntó la mujer—. ¿No quisiera una taza de té?

Se volvió hacia su marido.

—¡Di algo, Gumbeiner! ¿Eres de madera?

El hombre sonrió con una sonrisa lenta, maliciosa, triunfante.

—¿Por qué tengo que decir algo? —le preguntó al aire—. ¿Quién soy yo? Nada, exactamente.

El extraño habló. Tenía una voz dura, ronca y monótona.

—Cuando sepan ustedes quién soy, o mejor dicho *qué* soy, el miedo les helará los huesos.

Mostró unos dientes de porcelana.

—Cuidado —dijo la mujer—, no se meta con mis huesos. No sea atrevido.

—Temblarán de miedo —dijo el extraño.

La señora Gumbeiner le dijo que le gustaría que él viviese tanto como para verlo y se volvió hacia su marido.

—Gumbeiner, ¿cuándo vas a cortar el césped?

—Toda la humanidad... —comenzó a decir el extraño.

—*Shah!* Estoy hablando con mi marido... Gumbeiner, ¿no te parece que habla de un modo raro?

—Un extranjero, probablemente —dijo al señor Gumbeiner, con aire satisfecho.

—¿Te parece? —La señora Gum-

beiner le echó una ojeada al extraño.— Tiene muy mal color en la cara, *nebbich*. Acaso ha venido a California a curarse.

—La enfermedad, el dolor, la tristeza, el amor, la pena... todos es nada...

El señor Gumbeiner interrumpió la declaración del desconocido.

—La vesícula —dijo—. Guinzburg en la *shule* tenía el mismo aspecto antes de la operación. Llamaron a dos profesores, y una enfermera lo atendía día y noche.

—¡No soy un ser humano! —dijo el desconocido.

—Tres mil setecientos cincuenta dólares le costó a su hijo, me dijo Ginzburg. "Para ti, papá, nada es demasiado caro. Sólo quiero que estés bien", le dijo su hijo.

—¡No soy un ser humano!

—Ay, ¡si todos los hijos fueran como él! —dijo la mujer balanceando la cabeza—. Un corazón de oro, de puro oro.—Miró al extraño.— Sí, sí, ya lo oí antes. ¡Gumbeiner! Te hice una pregunta. ¿Cuándo vas a cortar el césped?

—El miércoles, *odder* quizá el jueves, cuando venga por aquí el japonés. Cortar el césped es su oficio. El mío es el de vidriero... retirado.

—Entre yo y la humanidad entera —dijo el extraño— el odio es inevitable. Cuando les diga lo que soy, el terror les helará los...

—Ya lo dije, ya lo dije antes —interrumpió el señor Gumbeiner.

—En Chicago donde los inviernos son más fríos y crudos que el corazón del zar de Rusia —entonó la vieja— tenías fuerzas para llevar los vidrios enmarcados días tras días. Pero en California cuando tu mujer te pide que cortes el césped a la luz del sol, no tienes fuerzas. ¿Le diré al japonés que te prepare la cena?

—El profesor Allardyce se pasó treinta años perfeccionando sus teorías. La electrónica, la neurónica...

—Escucha, cuántas cosas sabe —dijo el señor Gumbeiner con admiración—. ¿Estudiará en la universidad?

—Si estudia en la universidad quizá conozca a Bud —sugirió su mujer.

—Probablemente están en la misma clase y ha venido a reparar las lecciones con Bud.

—Tienen que estar en la misma clase. ¿Cuántas clases hay? Cinco en *gauzen*. Bud me mostró el programa. —La mujer contó con los dedos.— Apreciación y crítica de televisión. Construcción de botes, Adaptación social, Bailes norteamericanos, y... y... ¿qué más, Gumbeiner?

—Cerámica contemporánea —dijo el viejo, saboreando las sílabas—. Un muchacho excelente, Bud. Es un placer tenerlo como pensionista.

—Luego de treinta años de estos estudios —continuó el extraño que había estado hablando sin que nadie lo escuchara— el profesor pasó de la teoría a la prác-

tica. Luego de diez años descubrió algo que no tiene paralelo en toda la historia. La humanidad, toda la humanidad está hoy de más. El profesor me hizo a mí.

—¿Qué decía Tillie en su última carta? —preguntó el viejo.

La mujer se encogió de hombros.

—¿Qué podía decir? Lo mismo de siempre. Que Sidney terminó el servicio militar. Que Naomi tiene un nuevo pretendiente...

—¡Me hizo a mí!

—Escuche, señor llámese como se llame —dijo la vieja—, quizá en su país sea diferente, pero *aquí* no se interrumpe a la gente cuando habla... Eh, ¿cómo? ¿Que él lo hizo? ¿Qué quiere decir?

El extraño mostró otra vez los dientes, y unas encías demasiado rosadas.

—En la biblioteca del profesor, a la que he tenido libre acceso luego de su muerte repentina, no descubierta aún, pero debida a causas enteramente naturales, encontré una colección completa de relatos acerca de androides, desde *Frankenstein* de Mary Shelley y *R.U.R.* de Kapek hasta la obra de Asimov...

—¿Frankenstein? —dijo el viejo interesado—. Había un Frankenstein que vendía *wasser* gaseosa en la calle Halstead. Un lituano, *nebbich*.

—¿Qué estás diciendo? —replicó la señora Gumbeiner—. Se llamaba Frankenthal. Y no estaba en la calle Halstead, sino en la calle Roosevelt.

...muestran claramente que toda la humanidad siente una antipatía instintiva hacia los andróides, y que la lucha entre ellos será inevitable...

—¡Claro! ¡Claro! —Los dientes del viejo señor Gumbeiner golpearon la boquilla de la pipa.— Siempre estoy equivocado. Tú siempre tienes razón. ¿Cómo has podido estar casada todo este tiempo con una persona tan estúpida?

—No sé —dijo la mujer, riéndose—. A veces yo misma me lo pregunto. Quizá porque él es muy apuesto.

El viejo señor Gumbeiner parpadeó, luego sonrió y tomó la mano de su mujer.

—Vieja tonta —dijo el extraño—, ¿por qué te ríes? ¿No entiendes que he venido a destruirte?

—¡Qué! —gritó el viejo señor Gumbeiner—. ¡Cierre esa boca!

Se incorporó rápidamente y golpeó al extraño con la palma de la mano. La cabeza del extraño chocó con el pilar del porche y rebotó.

—A mi mujer le habla usted con respeto, ¿me entiende?

La vieja señora Gumbeiner, con las mejillas muy encendidas, hizo sentar a su marido. Luego se inclinó hacia adelante, examinó la cabeza del extraño, y chasqueó la lengua mientras apartaba un trozo de tejido gris, parecido a la piel humana.

—¡Gumbeiner, mira! ¡Es todo resortes y alambres adentro!

—Te dije que era un golem, pero tú no me hiciste caso.

—Dijiste que caminaba como un golem.

—¿Cómo podía caminar como un golem si no era un golem?

—Está bien, está bien... Tú lo rompiste, así que arréglalo ahora.

—Mi abuelo, y que su luz brille en el paraíso, me dijo que cuando Mo Ha Ral, Morenyu Ha-Rav Löw, bendita sea su memoria, hizo el golem en Praga, trescientos, quizá cuatrocientos años atrás, le escribió en la frente el Nombre Sagrado.

Recordando con una sonrisa, la vieja continuó:

—Y el golem cortó la leña del rabí y le trajo el agua y guardó el ghetto.

—Y una sola vez desobedeció al rabí Löw, y el rabí Löw borró el Shem Ha-Mephorash de la cabeza del golem y el golem cayó como muerto. Y lo guardaron en la bohardilla de la *shule* y estará todavía ahí si los comunistas no se lo llevaron a Moscú... Y eso no es sólo un cuento.

—*Avadda* no! —dijo la vieja.

—Yo mismo he visto la *shule* y la tumba del rabí —dijo el viejo, concluyente.

—Pero me parece que éste debe ser otra clase de golem, Gumbeiner. Mira, no tiene nada escrito en la cabeza.

—¿Qué importa? ¿Hay una ley que diga que no puedo escribir nada ahí? ¿Dónde está ese pedazo de tiza que trajo Bud de su clase?

El viejo se lavó las manos, se ajustó el casquete negro en la cabeza, y lenta y cuidadosamente escribió cuatro letras hebreas en la frente gris.

—Ezra el escriba no hubiera podido hacerlo mejor —dijo la vieja, con admiración—. No ocurre nada —observó mirando la figura inanimada tendida en la silla.

—Bueno, ¿soy acaso el rabí Löw? —se lamentó el viejo—. No. —Se inclinó y examinó el descubierto mecanismo.— Este resorte viene aquí... este alambre va con este otro... —La figura se movió.— ¿Pero éste dónde va? ¿Y éste?

—Déjalo —dijo la mujer.

La figura se enderezó lentamente, con la mirada perdida.

—Escucha, Reb Golem —dijo el viejo sacudiendo el dedo—. Presta atención a lo que voy a decirte, ¿has entendido?

—Entendido...

—Si quieres quedarte aquí, hará lo que diga el señor Gumbeiner.

—Lo-que-diga el señor Gumbeiner...

—Así me gusta oír hablar a un golem. Maie, dame el espejo de bolsillo. Mira, ¿te ves la cara?

¿Ves lo que está escrito en la cara? Si no obedeces, el señor Gumbeiner te borrará esas letras que tienes escritas en la frente, y caerás muerto.

—Muerto.

—Exactamente. Ahora, escucha. Bajo el porche encontrarás la cortadora de césped. Tómalas. Corta el césped. Luego vuelve. En marcha.

—En marcha...

La figura bajó los escalones tambaleándose. Al rato el zumbido de la cortadora se alzó en el aire tranquilo de la calle, exactamente igual a la calle donde Jackie Cooper había derramado grandes lágrimas en la camisa de Wallace Beery y Chester Conklin miraba a Marie Dressler entornando los ojos.

—¿Qué le escribirás a Tillie? —preguntó el viejo Gumbeiner.

—¿Qué le escribiré? —La vieja señora Gumbeiner se encogió de hombros.— Le escribiré que el tiempo es magnífico aquí y que los dos tenemos buena salud, bendito sea el Nombre.

El viejo asintió con un lento movimiento de cabeza, y la pareja siguió sentada en el porche al sol tibio de la tarde. ♦

Título original: The Golem. Traducción de F. Abelenda

James Blish comentó un día que las aparentes extravagancias de la prosa de Sturgeon pueden explicarse siempre como ejemplos de visualización extrema. El hombre que perdió el mar es la exteriorización visual de una memoria que va descubriéndose a sí misma en las imágenes de un mundo extraño, y en 1960 mereció el honor de aparecer en la famosa antología anual del cuento norteamericano compilada por Martha Foley.

EL HOMBRE QUE PERDIÓ EL MAR

Theodore Sturgeon

DIGAMOS QUE ERES UN CHICO, Y que una noche oscura corres por la arena con este helicóptero en la mano y diciendo muy rápidamente *juich-juich-juich*. Pasas junto al hombre enfermo y él dice que te vayas a otra parte con tu juguete. Quizá piensa que eres demasiado grande para entretenerlo con juguetes. De modo que tú te agachas junto a él en la arena y le dices no es un juguete, es un modelo. Le dices, mire, muy pocos saben esto acerca de los helicópteros. Tomas una pala del rotor entre los dedos y le muestras cómo puede moverse por el eje, un poco hacia arriba y hacia abajo, un poco hacia adelante y hacia atrás, y cambiar de ángulo de inclinación. Empiezas a explicarle cómo esta flexibilidad anula el efecto giroscópico, pero el

hombre no te escucha. No quiere pensar en vuelos, en helicópteros, y sobre todo no desea oír explicaciones sobre nada, y de nadie. No ahora. Ahora quiere pensar en el mar. Así que te vas.

El hombre enfermo está enterrado en la arena fría y sólo le asoman la cabeza y el brazo izquierdo. Tiene puesto un traje de presión y parece un hombre de Marte. En la manga izquierda le han puesto una combinación de reloj y medidor de presión. El medidor tiene un disparatado cuadrante luminoso, de color azul, y las manecillas son rojas y luminosas también. El hombre puede oír el ruido del mar y los latidos rápidos y suaves de sus propias arterias. Una vez, hace mucho tiempo, nadando en el mar, se había sumergido de-

masiado, y había estado demasiado tiempo bajo el agua, y había salido demasiado bruscamente, y cuando recobró el conocimiento los otros le dijeron: "No te muevas, muchacho. Tienes el mal de las profundidades. Ni siquiera trates de moverte." El hombre trató de moverse sin embargo. Le dolió. Así que ahora, esta vez, descansaba en la arena sin moverse, y sin tratar de moverse.

La cabeza no le funcionaba bien. Pero se daba cuenta perfectamente de que no le funcionaba bien, algo raro que le ocurre a veces a las gentes en estado de shock. Si tú fueses ese chico, podrías decir cómo era eso, pues una vez te despertaste en la oficina del gimnasio del colegio y preguntaste qué había ocurrido. Te dijeron entonces que habías querido hacer algo en las barras paralelas y te habías caído de cabeza. Entendiste perfectamente, aunque no recordabas haberte caído. Luego, un minuto después, preguntaste otra vez qué había ocurrido, y te lo dijeron. Lo entendiste. Y un minuto después... te lo dijeron cuarenta y dos veces, y tú entendiste. Ocurría que aunque te lo pusieran en la cabeza muchas veces no se quedaba allí. Pero mientras tanto tú sabías que la cabeza te empezaría a funcionar cuando fuese necesario. Y así fue... Por supuesto, si tú fueras ese chico, que se pasa el tiempo explicando cosas —se las explica a la gente y a sí mismo— no hubieses ido ahora a mo-

lestar al hombre enfermo con eso.

Mira lo que has hecho ya, obligándolo a que te apartara con una cólica sacudida de la mente (y el hombre no mueve otra cosa ahora, además de los ojos). El esfuerzo inmóvil le provocó una oleada de náusea. Había sentido el mareo de mar otras veces, pero nunca había estado mareado, y la receta para esos casos es clavar los ojos en el horizonte y pensar en otra cosa. ¡En seguida! Y sería mejor que pensase en otra cosa —en seguida—, pues hay un lugar, especialmente, donde es necesario no sentirse mareado: un traje hermético de presión. ¡En seguida!

De modo que el hombre pensó en otra cosa y miró el mar, la costa, el cielo. Estaba en un terreno elevado, con la cabeza apoyada en una pared de piedra negra.

Hay otra elevación similar ante él, coronada de arena blanca y lisa. Más lejos, allá abajo, hay un valle, o unas salinas, o un estuario; no lo sabe aún. Sabe en cambio que las huellas de unas pisadas pasan a su izquierda, desaparecen en las sombras de la elevación rocosa, y reaparecen más allá para desvanecerse al fin en las sombras del valle.

En el cielo han tendido la antigua mortaja, con los agujeros ardientes de las estrellas, y entre los agujeros la oscuridad es absoluta; un cielo negro de invierno, de cima montañosa.

(Lejos, en el horizonte interior,

el hombre ve la ola y la cresta de la náusea que viene, y contraataca con una resaca de debilidad que tropieza con la ola y la reduce y la somete antes que rompa. Piensa en algo. *En seguida.*)

Corres entonces hacia el hombre con la maqueta del X-15. Eso lo ayudará. Eh, ¿qué me dices de este aparato? Si subes demasiado en el aire enrarecido, puedes manejar el avión con estos pequeños cohetes en las puntas de las alas, ¿ves? Y también a los lados de la emplumadura. Puedes leadar el aparato, girar, derrapar, cualquier cosa, gracias a estos chorros de aire comprimido.

Pero el hombre enfermo tuercе la boca enferma: oh, vete, criatura, vete, ¿quieres? Eso no tiene ninguna relación con el mar. Así que te marchas.

El hombre enfermo mira y mira, tratando de ver más lejos, observándolo todo con una minuciosa intensidad, como si estuviese obligado a reproducir un día, más adelante, todo el paisaje. A la izquierda, sólo el mar en calma, iluminado por los astros. Enfrente, más allá del valle, unas colinas redondas con blancas charreteras de luz pálida. A la derecha, el borde saliente del muro negro, en el que apoya el casco. (El hombre cree que las distintas oleadas de náusea se han calmado, pero no quiere mirar todavía.) El cielo es negro y brillante, y el hombre enfermo nombra a Sirio, a las Pléyades, a Polaris, a la Osa Menor, y a esa... esa...

Cómo, se *mueve*. Mira otra vez: sí, ¡se mueve! Es una mota de luz, y parece arrugada, fisurada, como un trozo de coliflor hervida en el cielo. (Por supuesto, el hombre sabe que no puede fiarse de sus ojos ahora.) Ese movimiento...

Cuando era niño, se había pasado una noche en las frías arenas del cabo Cod para mirar cómo la luz del Sputnik se elevaba serenamente saliendo de la bruma, un poco al noroeste, y luego había robado horas al sueño preparando unas bobinas especiales para su receptor, y había arriegado la vida tendiendo unas altas antenas, y todo para captar brevemente los incomprensibles bip-hip-bibip de los Vanguard, los Explorer, los Lunik, los Discoverer, los Mercury. Los conocía todos (bueno, alguna gente colecciona cajas de fósforos o estampillas), y conocía principalmente esa luz que subía ahora impávida en el cielo.

La mota ascendente era un satélite, y él en seguida sabía cuál, sin necesidad de moverse, sin otros instrumentos que el cronómetro y la mente que funcionaba a medias. (El agradecimiento que sentía el hombre era inexpresable... sin esa móvil astilla de luz, sólo esas huellas de pisadas, pisadas errantes, le mostraban que no estaba solo en el mundo.)

Si tú fueras ese chico, emprendedor y animoso, y bastante inteligente, te hubiera bastado un día quizá para medir el período de

rotación de un satélite sólo con la ayuda de un cronómetro y un cebrero; hubieras descubierto eventualmente que la sombra de las rocas de delante habían aparecido hacia poco, y que la causa era la luz del satélite en ascenso. Pues bien, si anotas la hora exacta en el momento en que la sombra sobre la arena es igual a la altura de la saliente, y la anotas otra vez cuando la luz está en el cenit y la sombra ha desaparecido, multiplicando este intervalo por ocho... piensa un momento, la distancia del horizonte al cenit es la cuarta parte de la órbita, poco más o menos, y un medio ascenso en el cielo es la mitad de esa cuarta parte, y conocerás así el período del satélite. Tú conoces todos los períodos —noventa minutos, dos horas, dos horas y media—; con eso y la aparición de este pájaro podrás saber qué satélite es éste.

Pero si tú fueras ese chico, emprendedor e ingenioso, o lo que quieras, no se lo dirías al hombre enfermo, pues él no solamente no quiere que lo molestes, sino que además conoce el método desde hace mucho y en este mismo momento observa las sombras para anotar la fracción de segundo de la triangulación. ¡Ahora! Los ojos del hombre miran el cuadrante del cronómetro: 0400, la posible diferencia no importa.

Habrás que esperar algunos minutos —¿diez?... ¿treinta?... ¿veintitrés?— mientras esta... esta bebé se come su porción de pas-

tel de sombra, y es duro esperar, pues aunque el mar interior está en calma ahora, hay corrientes abajo, sombras que se mueven y nadan. Piensa en otra cosa. Piensa en otra cosa. No te acerques nadando a esa enorme amiba invisible, pase lo que pase: su primerseudópodo está ya buscando los centros vitales.

Como tú eres un joven sensato, ya no un chico, y como también desear ayudar al hombre enfermo, quieres decirle todo lo que sabes acerca de ese frío-en-las-entrafías, esa amiba implacable, cercana, invisible y amenazadora. Tú lo sabes todo, escucha, quieres gritarle, no te preocupes por ese contacto frío. Te basta saber lo que es, y nada más. Saber qué es eso, lo que te hiela las entrañas. Tú quieres decirle, escucha:

Escucha, fue así como te encontraste con el monstruo y lo descubiste. Escucha, tú estabas explorando los fondos del mar en las Granadinas, un centenar de isleños tropicales de aguas poco profundas; tenías una máscara azul nueva, con cristal y tubo de aire, y un par nuevo de aletas azules en los pies, y un nuevo fusil submarino de color azul, todo nuevo porque tú te iniciabas ese día, sí, eras un principiante, y esta fácil intrusión en el nuevo mundo submarino te entumecía de placer. Habían partido en bote, estaban volviendo, y cuando acababan de llegar a la boca de la pequeña bahía, se te ocurrió nadar el res-

to del trayecto. Se lo dijiste a los muchachos y te deslizaste en la sedosa agua tibia. Llevabas tu fusil.

No era un trayecto muy largo, pero las distancias acuáticas engañan a menudo a los principiantes. Durante los primeros cinco minutos fue sólo una delicia: el sol te calentaba la espalda, y el agua era tan tibia que no parecía tener temperatura, y a ti te parecía que volabas. Nadabas con la cara bajo el agua y la máscara era casi parte de tu cuerpo, y tus anchas aletas azules dejaban atrás metros y metros, y el fusil no te pesaba en la mano (el tirante resorte de caucho vibraba cada vez que el movimiento de la mano lo hundía en el agua verde y soleada). La voz monótona del tubo de aire te cantaba en los oídos, y a través del cristal de la máscara veías maravillas. La bahía era poco profunda, tres o cuatro metros, arenosa, con colonias de coral de formas llameantes, óseas y cerebrales, y abanicos de algas, y peces... ¡qué peces! De color escarlata y verde y de un azul exacerbado, y dorados y rojos y de color pizarra con esmaltados puntos azules, y plateados y rosados y amarillos. Y aquella cosa entró en ti... aquel monstruo.

Había enemigos en ese nuevo mundo: la serpiente marina moteada, de color de arena, de cabeza grande y horrible, y boca invertida, que no se escondía y miraba pasar al intruso; y el *moray* abigarrado, con mandíbulas

parecidas a una cortadora de pernos; y en alguna parte, sin duda, la barracuda de cara disimulada y dientes vueltos hacia adentro para arrancar todo lo que mordían. Había también erizos: el huevo de mar blanco y redondo y su armadura de agujas aceradas, y el erizo negro de largas y finas espinas que se quebraban en la carne del imprudente y quedaban allí durante semanas, y el pez lima y el pez piedra de barbas envenenadas y carne mortal, y el *stingaree* que podía hacer pasar su espada a través de un fémur. Sin embargo, éstos no eran monstruos, y a ti, el invasor que nadaba allá arriba, sobre todos, no podían preocuparte. Pues estabas por encima de ellos de tantos modos: un hombre armado, racional, tranquilizado por la proximidad de la costa (la playa delante, las rocas a los costados) y por la presencia del bote que venía atrás, no muy lejos. Sin embargo fuiste... atacado.

Al principio fue sólo una inquietud, no apremiante, sino insidiosa, un contacto casi tan íntimo como el del mar; la inquietud te envolvió. Y también el roce, el frío interno. Advertiste al fin la presencia, y te resiste. ¿De qué podías tener miedo acaso?

El monstruo, la amiba.

Alzaste la cabeza y miraste. El bote se había desviado hacia los acantilados de la derecha; alguien tanteaba el agua con el harpón en busca de langostas. Le hiciste señas al bote, con la mano que

sostenía el fusil, y al salir del agua el arma recobró su peso latente y tú te hundiste un poco, y como si no tuvieras la máscara echaste atrás la cabeza para respirar. Pero al echar atrás la cabeza hundiste el extremo del tubo bajo el agua; la válvula se cerró; respiraste una larga bocanada de nada. Sumergiste otra vez la cabeza, el tubo se enderezó, entró el aire, y junto con él una bala de agua de mar que te golpeó en algún lugar de la garganta. Tú tosiste y la escupiste, sacudiéndote, aspirando aire entre sollozos, expandiendo el pecho hasta que te dolió, y el aire que respiraste al fin no parecía bueno, de ningún modo, era como un aire desvitalizado e inerte.

Apretaste los dientes y fuiste hacia la playa, moviendo con fuerza los pies, sabiendo que no podías hacer otra cosa, y entonces, abajo y a la derecha, viste la masa que sobresalía en el fondo arenoso del mar. Sabías que no era más que el arrecife, rocas y coral y algas, pero tú gritaste al verla; poco importaba lo que sabías. Te volviste bruscamente a la izquierda para evitarla, debatiéndote como si aquello quisiera alcanzarte; te faltó el aire, el aire, aunque el tubo zumbaba libre de obstrucciones. De pronto no pudiste soportar la máscara, ni un segundo más, así que la levantaste, descubriéndote la boca y te dejaste ir flotando de espaldas y respirando de cara al cielo, ruidosamente, como si graznaras.

En ese preciso momento el monstruo te envolvió, enteramente, te sacudió en su interior... informe, sin contornos, la ilimitada amiba. La playa, apenas a unos metros, y los brazos rocosos de la bahía, y el bote no muy distante... podías identificarlo todo, pero ya no distinguirlo, pues no era más que una sola y misma cosa... lo inalcanzable.

Luchaste de ese modo un tiempo, de espaldas, sumergiendo el fusil, y abriendo la boca para aspirar bastante aire tibio. Y poco a poco algunas partículas de cordura giraron en la bruma de tu mente, disolviéndose y coloreándola. El aire que bombeabas por la boca abierta en una mueca de miedo fue al fin algo corpóreo, y el monstruo se retiró.

Lo miraste todo, viste la orilla, la playa, un árbol torcido. Sentiste que te movías de un modo nuevo a medida que las ondas se convertían en olas. Una docena de firmes brazadas te bastaron para que pudieras hacer pie y te incorporaras: golpeaste el coral con la barbilla y sentiste un maravilloso dolor, y envuelto en espumas caminaste hacia la playa. Alcanzaste la arena húmeda, y la arena dura, y al fin con otros dos pasos desafiantes cruzaste la línea de la marea alta y te echaste en la arena seca, incapaz de moverte.

Tendido allí en la arena, y antes de poder moverte o reflexionar, sentiste que habías triunfado, pues estabas vivo y lo sabías aunque no lo pensaras.

Cuando *fuiste* capaz de pensar, lo primero que consideraste fue el fusil, y el primer movimiento que *fuiste* capaz de hacer fue el de soltar el arma. Casi habías muerto por no haberlo soltado antes; sin él no te hubieras sentido impedido en tus movimientos y no te hubieras asustado. Lo habías conservado (empezabas a entender) porque si no algún otro hubiese tenido que recuperarlo (muy fácilmente) y tú no hubieras soportado las burlas. Tú casi habías muerto porque ellos podían reírse de ti.

Este fue el principio de la sección, del análisis, del estudio del monstruo. Comenzó entonces, no terminó nunca. Una parte de lo que aprendiste de él era apenas importante; el resto, vital.

Aprendiste, por ejemplo, a no nadar con máscara una distancia que no podrías luego recorrer de vuelta sin máscara. Aprendiste a no aferrarte nunca a lo superfluo en los momentos de peligro: aun una mano o un pie podían ser tan molestos como un arma, el orgullo podía dejarse de lado, y lo mismo la dignidad. Aprendiste a no zambullirte nunca solo, aunque ellos se rieran de ti, aunque tú alcanzaras un pez con el fusil y luego tuvieras que decir "nosotros" lo pescamos. Aprendiste sobre todo que el miedo tiene muchos dedos y que uno de ellos —muy simple: una concentración excesiva de anhídrido carbónico en la sangre y una respiración demasiado precipitada en un tubo

de aire— no es de ningún modo miedo, pero lo parece, y puede transformarse en pánico y martearse.

Escucha, quieres decirle, escucha, una experiencia como esa no es realmente inútil, y tampoco el estudio que sigue a la experiencia, pues el hombre capaz de aprovecharla puede desarrollar la habilidad, la prudencia, la previsión, la modestia, la docilidad suficientes, y ser el elegido, ser el más adecuado para...

Abandonas el pensamiento, o lo alejas, pues el hombre enfermo siente ese roce frío en las entrañas, lo siente ahora mismo, más allá de la posibilidad de ignorarlo, por encima y más allá de todo lo que tú, con tu experiencia y tu seguridad, podrías explicarle, y eso si él te oyera, y no quiere oírte. Díselo de todos modos, dile que el contacto helado es algo tan simple, tan explicable como la anoxemia, o aun como la alegría: un triunfo que él será capaz de apreciar cuando la cabeza le funcione bien de nuevo.

¿Un triunfo? Aquí está, vivo luego de... sea lo que sea, y eso no parece ser un triunfo realmente, como lo fue en las Granadinas, y aquella otra vez, cuando lo atacó el mal de las profundidades, y salvó su propia vida, salvó dos otras vidas. Ahora, de algún modo, no es lo mismo. Parece que por alguna razón estar vivo luego de eso no es un triunfo.

¿Por qué no un triunfo? Porque el satélite no está empleando

doce, ni veinte, ni treinta minutos para completar un octavo de órbita; ya han pasado cincuenta minutos y todavía hay una tajada de sombra al pie de la saliente. Es esto, *esto*, el dedo frío que le toca el corazón, y él no sabe por qué, no sabe por qué, no sabrá por qué; teme llegar a saberlo cuando la cabeza le funcione de nuevo...

Oh, ¿dónde está el chico? ¿Dónde encontrar un modo cualquiera de ocupar el pensamiento, de pensar en otra cosa, cualquiera menos esa manecilla del reloj que marcha más rápidamente que el satélite? Eh, criatura, acércate, ¿qué tienes ahí?

Si tú fueras el chico, entonces le perdonarías todo y te acercarías con tu nuevo modelo, que no es un juguete, ni un helicóptero ni un aeroplano de reacción, sino el grande, el que parece un enorme cartucho. Es tan grande, aun como modelo, que ni siquiera un irritado hombre enfermo podría llamarlo un juguete. Un cartucho gigante, pero mira: los cuatro quintos de abajo son Alfa —todo músculos— con medio millón de kilogramos de potencia de empuje. (Se suelta, y queda en el camino.) La mitad del resto es Beta —todo cerebros— ordena en el camino.) Y ahora mira el la trayectoria. (Se suelta y queda resto, una fracción. Tocas un control en alguna parte y mira, ¿ves?, tiene alas, anchas alas triangulares. Esto es Gamma, la parte con alas, y en el dorso hay una pe-

queña salchicha; es una polilla con una salchicha en la espalda. La salchicha (*clic*, se ha soltado) es Delta. Delta es la última etapa, la más pequeña. Delta es el camino de vuelta a casa.

¿Qué no inventarán un día? Un hermoso juguete. Un hermoso juguete. Vete, pequeño. El satélite ha llegado casi al cenit. La lámina de sombra se va... se va... casi se ha ido... se fue.

El reloj: 0459. ¿Cincuenta y nueve minutos? Poco más o menos. Por ocho... 472... es decir, este... 7 horas cincuenta y dos minutos.

¿Siete horas cincuenta y dos minutos? Cómo, ningún satélite terrestre tiene un periodo semejante. En todo el sistema solar sólo hay un...

El dedo helado aprieta implacablemente.

El este palidece, y el hombre enfermo lo mira, esperando la luz, el sol, el fin de todas las preguntas y de las imprevisibles respuestas. El mar se extiende, interminable, hacia la luz creciente, y en algún sitio, interminables, invisibles, rugen las olas. El este pálido blanquea las lomas arenosas y da a la línea de pisadas un doloroso relieve. Tienen que ser las huellas del compañero —se dice el hombre enfermo ahora— que ha ido en busca de ayuda. No puede recordar en este momento quién es el compañero, pero ya se acordará, y mientras las huellas alivian un poco su soledad.

El borde superior del sol aso-

ma por encima del horizonte con un resplandor verde que desaparece en seguida. No hay amanecer, sólo el resplandor verde y luego una explosión blanca de inequívoca luz solar. El mar no puede ser más blanco, más sereno; parece helado y cubierto por un manto de nieve. En el oeste brillan todavía las estrellas, y arriba la luz del arrugado satélite es apenas más débil. Las sombras informes del valle comienzan a parecer una ciudad de tiendas, o una instalación de alguna especie con edificios como tubos o velas de barcos. Esto debiera de tener sentido para el hombre enfermo si la cabeza le funcionara bien. Le funcionará pronto. Pronto. (Oh...)

En el horizonte, el mar, justo bajo el sol naciente, tiene un aspecto muy raro, pues en el sitio donde debiera haber normalmente un resplandor insoportable hay en cambio una mancha castaña. Es como si el fuego blanco del sol estuviese secando el mar, pues mira, ¡miral!, la mancha se convierte en un arco, y el arco crece y corre delante del sol, y la mar blanca delante del arco y detrás queda una llanura de cacao en polvo que se extiende lentamente.

Junto al dedo de miedo que toca al hombre enfermo aparece otro dedo, y otro, preparados todos para apretar, para cerrarse sobre un último encogimiento de pánico. Sin embargo, más allá, luego, hay otra vez una impresión de triunfo, que puede sabo-

rearse si el encogimiento es sólo de miedo y no de pánico, una impresión de triunfo, y de gloria. Esto es quizá, esencialmente, la lucha del hombre enfermo: disponerse, prepararse a soportar lo peor de ese miedo, pues si lo hace, el triunfo espera del otro lado. Pero... no todavía. Por favor, no todavía.

Algo vuela (o voló, o volará; el hombre está un poco confundido) hacia él, desde el oeste lejano donde aún brillan las estrellas. No es un pájaro y no se parece a ninguna nave aérea terrestre, pues hay algo de incongruente en sus líneas aerodinámicas. Unas alas tan anchas y tan frágiles serían inútiles, se fundirían y se desgarrarían en la atmósfera de la Tierra. Ve entonces (pues prefiere verlo así) que es el modelo del chico, o parte del modelo, y considerando que es un juguete vuela en verdad bastante bien.

Si, es la parte llamada Gamma, y planea, oscilando, paralelamente a la arena, y despacio, más despacio toca la arena levantando a los lados unas delicadas láminas de arena. Y recorre en el suelo un trayecto increíblemente largo, posándose con extraordinaria lentitud, hasta que *cuidado*, hasta que uno de los patines *cuidado*, se mete en una grieta, *cuidado*, ¡*cuidado!*, y mientras avanza aún despliega unas patas metálicas. Entonces, Gamma, fatigada, hunde poco a poco la ancha ala izquierda en la arena, y luego más profundamente, y mientras el ala

se quiebra, Gamma se detiene, se acuesta sobre un flanco, lentamente, y con la otra ala triangular, semejante a una tienda de campaña, apunta al cielo, y se destroza de costado contra las rocas del extremo del valle.

Mientras Gamma rueda, la salchicha se le desprende de la espalda, la pequeña Delta, que se eleva y cae y se quiebra el espinazo en las rocas, y el casco se abre y el moderador de la pila de energía esparce una lluvia de polvo de grafito. *Cuidado*, ¡*cuidado!* y en ese mismo instante, de la masa al fin inmóvil de Gamma salta un muñeco que resbala y rueda entre las rocas y el grafito caliente.

El hombre enfermo mira, paralizado, cómo este juguete se destruye a sí mismo. ¿Qué no inventarán un día? Y con un horror helado le dice al muñeco inerte tendido entre los restos humeantes de la pila atómica: no te quedes ahí, hombre, ¡vete! ¡vete!, eso quema, ¿no lo sabes? Pero parece que pasara una noche y un día y luego una media noche, y al fin el muñeco se incorpora, vacilante, y corre torpemente en su traje de presión por la ladera del valle, sube por una loma de arena, resbala, cae, bajo una lenta cascada de vieja arena, que lo cubre enteramente, salvo un brazo y el casco.

El sol está alto ahora, bastante alto como para mostrar que el mar no es un mar sino una arena

castaña donde la capa nocturna de hielo se ha fundido ya, como ahora se funde en las lomas, elevándose en un vapor y desdibujando el contorno del disco del sol, de modo que al cabo de unos pocos minutos ya no hay sol sino sólo un resplandor en el este. Luego el valle de allá abajo pierde sus sombras, y revela como en un diorama la naturaleza de aquellas formas puntiagudas; no son una ciudad de tiendas, no son instalaciones, son las ruinas del Gamma, y el casco destripado del Delta. (Alfa era los músculos, Beta el cerebro, Gamma un pájaro; pero Delta, Delta era el camino de regreso a casa.)

Y de allí viene la línea de pasos, hacia el hombre enfermo, y pasa a su lado y sube por la pendiente y desaparece bajo el deslizamiento de las arenas. ¿Las huellas de quién?

El hombre sabe de quién, aunque no sepa que sabe, o no quiera saberlo. Sabe qué satélite tiene (poco más o menos) un período como ése (exactamente de... 7.66 horas). Sabe en qué mundo hay noches así, y un resplandor de escarcha durante el día. Sabe estas cosas y también que los restos radiactivos suenan como las olas y los murmullos del mar en los audífonos de un hombre.

Digamos que tú eres ese chico, o mejor digamos de una vez por todas que tú eres el hombre enfermo, pues los dos son una sola persona. Seguramente tú podrías comprender entonces porque, en-

tre miles de otras cosas, aun golpeado, trastornado por el shock, enfermo a causa de la radiación ya prevista (en la partida), de la radiación computada (al llegar) y de la radiación que supera todos los niveles permitidos (tendido entre los restos del Delta) te has empeñado en pensar en el mar. Pues ningún campesino que acaricia el suelo con amor y conocimiento, ningún poeta que cante ese suelo, ningún constructor, ingeniero, ningún artista que estalle en sollozos ante la inexpressible belleza de un campo de narcisos, nadie está tan unido a la Tierra como aquel que vive, sobrevive, respira y anda por los mares terrestres. Así que tenías que pensar en el mar, tenías que refugiarte en eso hasta que estuvieras menos enfermo y pudieses enfrentar la verdad.

La verdad, entonces, es que el satélite que se borra allá arriba es Phobos, que estas huellas son tus propias huellas, que no hay mar aquí, que tu nave se ha destrozado al descender y que te estás muriendo y que pronto esta-

rás muerto. La mano fría que te apretará y te parará el corazón no es anoxemia o aun miedo, es la muerte. Y si hay algo más importante, es hora de que salga a la luz.

El hombre enfermo mira la línea de sus propias huellas, las que atestiguan que está solo, y los restos de allá abajo, que muestran que no hay regreso posible, y el este blanco y el oeste moteado y la mota del satélite, arriba. Las olas le golpean los oídos. Escucha los latidos de sus arterias. Escucha lo que le queda de respiración. El frío lo abraza y lo envuelve más allá de toda medida, de todo límite.

Entonces el hombre habla, grita; entonces, y con alegría, lleva su triunfo al otro lado de la muerte, como quien completa una tarea importante y difícil, como quien recupera el equilibrio luego de haber dado un salto largo y arriesgado, y así como decía en otro tiempo "pescamos un pez" no emplea el yo.

—Dios —grita, muriendo en Marte—. Dios, ¡hemos llegado! ♦

Título original: The man who lost the sea. Traducción de F. A.

La popularidad de Ray Bradbury (el Louis Armstrong de la science fiction, según Kingsley Amis) no sólo ha tentado a los productores de Hollywood. Un editor español acaba de encontrar una curiosa fórmula para vender rápidamente un libro de escaso interés: atribuírselo al autor de Crónicas marcianas. En Todo un verano en un día el escenario no es Marte, sino Venus, un planeta lluvioso donde el sol sale cada siete años, y sólo para algunos.

TODO UN VERANO EN UN DÍA

Ray Bradbury

—¿YA?

—Ya.

—¿Ahora?

—En seguida.

—¿Sabrán los sabios, realmente? ¿Sucederá hoy?

—Mira, mira y verás.

Los niños se amontonaban, se apretujaban como muchas rosas, como muchas flores silvestres, y miraban hacia afuera buscando el sol oculto.

Llovía.

Llovía desde hacía siete años; miles de días sobre miles de días que la lluvia había tejido de extremo a extremo, con tambores y cataratas de agua, con el estrépito de tempestades que inundaban las islas como olas de una marea. La lluvia había triturado mil bosques que habían crecido mil veces para ser triturados de nuevo.

Y así era para siempre la vida en el planeta Venus, y aquella era la escuela de los hijos de los hombres y mujeres del cohete que habían venido a un mundo de lluvias, a traer la civilización y a vivir sus vidas.

—¡Para! ¡Para!

—¡Sí, sí!

Margot no miraba con aquellos niños que no podían acordarse de un tiempo en que no todo era lluvia y lluvia y lluvia. Tenían todos nueve años, y si había habido un día, siete años atrás, en que había salido el sol una hora, mostrando su cara a un mundo sorprendido, no podían recordarlo. A veces, de noche, Margot oía cómo se movían en sueños, y ella sabía entonces que recordaban el oro, o un lápiz amarillo, o una moneda tan gran-

de que con ella uno podía compararse el mundo. Sabía que creían recordar un calor, un ardor en las mejillas, en el cuerpo, en los brazos y las piernas, en las manos temblorosas. Pero luego despertaban siempre al tamborileo trepidante, al interminable tintineo de unos collares de perlas transparentes sobre el tejado, el sendero, los jardines, los bosques... y los sueños se desvanecían.

Todo el día anterior, en clase, habían leído acerca del sol. De cómo se parecía a un limón, y de qué caliente era. Y habían escrito cuentos o ensayos o poemas a propósito del sol.

*El sol es una flor
que sólo se abre una hora.*

Eso decía el poema de Margot, leído en voz baja en el aula silenciosa, mientras afuera caía la lluvia.

—¡No lo escribiste tú! —protestó uno de los chicos.

—¡Sí! —dijo Margot—. ¡Yo!

—¡William! —dijo la maestra.

Pero eso había sido ayer. Hoy la lluvia amainaba y los niños se apretaban contra los gruesos cristales del ventanal.

—¿Dónde está la maestra?

—Ya viene.

—Pronto, o no veremos nada.

Los niños eran como una rueda febril de rayos que subían y caían.

Margot no se acercaba a ellos. Era una niña frágil y parecía que hubiese andado muchos años per-

dida en la lluvia, y que la lluvia le hubiese desteñido el color azul de los ojos, el rojo de los labios y el oro del pelo. Era como la vieja fotografía de un álbum, polvorienta, borrosa, y hablaba poco, y con una voz de fantasma. Ahora, alejada de los otros, miraba la lluvia y el turbulento mundo líquido más allá de los vidrios.

—¿Qué miras? —dijo William.

Margot no respondió.

—Contesta cuando te hablan.

William le dio un empujón. La niña no se movió; es decir, dejó que el empujón la moviera, y nada más.

Siempre la apartaban así. Margot no jugaba con ellos en los túneles sonoros de la ciudad subterránea, y nunca corría con ellos y se quedaba atrás, parpadeando. Cuando la clase cantaba canciones que hablaban de la felicidad, de la vida, de los juegos, apenas movía los labios. Sólo cantaba cuando los cantos hablaban del verano y del sol, y entonces clavaba los ojos en los ventanales húmedos.

Y además, por supuesto, había otro crimen, más grave. Margot había llegado de la Tierra hacía sólo cinco años y aún se acordaba del sol. Recordaba que cuando tenía cuatro años el sol aparecía en el cielo de Ohio todas las mañanas. Ellos, en cambio, habían vivido siempre en Venus, y sólo tenían dos años cuando el sol había salido por última vez, y ya se habían olvidado de su color, su tibieza, y de cómo era

en realidad. Pero Margot recordaba.

—Es una moneda —dijo una vez Margot, cerrando los ojos.

—¡No, no! —gritaron los niños.

—Es como el fuego de la chimenea —dijo Margot.

—¡Mientes, no! —gritaron los niños.

Pero Margot recordaba, y lejos de todos, en silencio, miraba las figuras de la lluvia en los vidrios. Una vez, un mes atrás, no había querido bañarse en la ducha de la escuela, se había cubierto la cabeza con las manos, y había gritado que no quería que el agua la tocara. Luego, oscuramente, oscuramente, había comprendido: era distinta, y los otros notaban la diferencia, y se apartaban.

Se decía que los padres de Margot se la llevarían de nuevo a la Tierra el año próximo, pues era para ella cuestión de vida o muerte, aun cuando la familia perdería por ese motivo varios miles de dólares. Por eso la odiaban los niños, por todas esas razones, de mucha o poca consecuencia. Odiaban aquel pálido rostro de nieve, su silencio ansioso, su delgadez, y su futuro posible.

—¡Vete! —William la empujó de nuevo. —¿Qué esperas?

Entonces, y por primera vez, Margot se volvió y lo miró. Y lo que esperaba se le vio en los ojos.

—¡Bueno, no te quedes ahí! —gritó William, furioso—. No verás nada.

Margot movió los labios.

—¡Nada! —gritó William—. Fue

todo una broma, ¿no entiendes? —Miró a los otros niños.— Hoy no pasará nada, ¿no es cierto?

Todos lo miraron pestañeando, y de pronto comprendieron y se echaron a reír, sacudiendo las cabezas.

—¡Nada, nada!

—Oh —murmuró Margot, desconsolada—. Pero si es hoy. Los sabios lo anunciaron, y ellos saben. Hoy el sol...

—Fue una broma, nada más —dijo William tomándola bruscamente por el brazo—. Eh, vamos, será mejor que la encerremos en un armario antes que vuelva la maestra.

—No —dijo Margot, retrocediendo.

Todos se le fueron encima, y entre protestas y luego súplicas y luego llantos, la arrastraron a un túnel, a un cuarto, a un armario, cerraron la puerta, y le echaron llave. Se quedaron un rato mirando cómo la puerta temblaba con los golpes de la niña y oyendo sus gritos sofocados. Después, sonriendo, dieron media vuelta, y salieron del túnel en el momento en que llegaba la maestra.

—¿Listos, niños?

La maestra miró su reloj.

—¡Sí!

—¿Estamos todos?

—¡Sí!

La lluvia menguaba cada vez más.

Fue entonces como si en la película cinematográfica de un alud, de un tornado, de un huracán, de una erupción volcánica, la

banda de sonido se hubiera estropeado de pronto, y todos los ruidos, todas las ráfagas, todos los ecos y truenos se hubiesen apagado bruscamente, y como si en seguida hubiesen arrancado el film del aparato, que proyectaba ahora una apacible fotografía tropical que no se movía ni trepidaba. El mundo se había detenido. El silencio era tan inmenso, tan inverosímil que parecía que uno se hubiese puesto algodones en los oídos, o que uno se hubiera quedado sordo. Los chicos se llevaron las manos a los oídos. La puerta se abrió, y el olor del mundo silencioso, expectante, entró en la escuela.

Salió el sol.

Tenía el color del bronce fundido, y era muy grande. Alrededor, el cielo era un deslumbrante azulejo azul. El hechizo se quebró al fin, y los niños se precipitaron gritando hacia el verano. La selva ardía bajo el sol.

—No vayan muy lejos —gritó la maestra—. Tienen sólo dos horas. Que la lluvia no los sorprenda afuera.

Pero los niños corrían ya con los rostros vueltos hacia el cielo, sintiendo que el sol les quemaba las mejillas como un hierro candente, y ya se quitaban los abrigos para que el sol les dorara los brazos.

—Es mejor que las lámparas de sol, ¿no es cierto?

—¡Oh, mucho, mucho mejor!

Dejaron de correr. Estaban en la enorme selva que cubría Ve-

nus, esa selva que nunca dejaba de crecer, tumultuosamente, que crecía mientras uno la miraba. La selva era un nido de pulpos y extendía unos tentáculos de zarzas carnosas, temblorosas, que florecían en la breve primavera. Tenía el color del caucho y de la ceniza, esta selva, luego de tantos años sin sol. Tenía el color de las piedras, del queso blanco y de la tinta.

Los niños se echaban riéndose en el colchón de la selva, y oían cómo crujía y suspiraba, elástica y viva. Corrían entre los árboles, resbalaban y caían, se empujaban, jugaban; pero sobre todo miraban el sol con los ojos entornados hasta que las lágrimas les rodaban por las mejillas. Tendían las manos hacia el resplandor amarillo y el asombroso azul y respiraban el aire puro y escuchaban el silencio y descansaban en él como flotando en un mar inmóvil. Todo lo miraban, todo lo disfrutaban. Luego, impetuosamente, como animales que han escapado de sus madrigueras, corrían y corrían en círculos, gritando. Corrieron toda una hora.

Y de pronto...

En plena carrera, una niña gimió.

Todos se quedaron quietos.

De pie, en la selva, la niña extendió una mano.

—Oh, miren, miren —dijo.

Todos se acercaron lentamente y miraron la mano abierta.

En el centro de la palma, como una ventosa, una gota de lluvia.

La niña se echó a llorar, mirando la gota.

Todos alzaron rápidamente los ojos al cielo.

—Oh, oh.

Unas gotas frías les cayeron en las narices, las bocas, las mejillas. El sol se apagó tras una ráfaga de niebla. Alrededor de los niños sopló un viento frío. Todos se volvieron y echaron a caminar hacia la casa subterránea, con los brazos caídos, las sonrisas muertas.

El estampido de un trueno los estremeció, y como hojas arrastradas por un viento que se levanta echaron a correr tropezando y tambaleándose. Un rayo estalló a diez kilómetros de distancia, a cinco kilómetros, a dos, a uno. Las tinieblas de la medianoche cubrieron el cielo.

Se quedaron un momento en la puerta del subterráneo hasta que la lluvia arreció. Luego cerraron la puerta y escucharon el ruido de las toneladas de agua, la catarata que caía en todas partes y para siempre.

—¿Otros siete años?

—Sí, siete años.

De pronto un niño gritó.

—¡Margot!

—¿Qué?

—Está aún en el armario.

—Margot.

Los niños se quedaron como estacas clavadas en el suelo. Se miraron y apartaron los ojos. Miraron de reojo el mundo donde ahora llovía, llovía y llovía, inmutablemente. Tenían unas caras solemnes y pálidas. Cabizbajos, se miraron las manos, los pies.

—Margot.

—Bueno —dijo una niña.

Nadie se movió.

—Vamos —murmuró la niña.

Lentamente, recorrieron el pasadizo bajo el ruido de la lluvia fría, entraron en la sala bajo el estrépido de la tormenta y el trueno, con unas caras azules, terribles, iluminadas por los relámpagos. Se acercaron al armario, lentamente, y esperaron.

Detrás de la puerta sólo había silencio.

Abrieron la puerta, más lentamente aún, y dejaron salir a Margot. ♦

Título original: All a summer in a day. Traducción de Matilde Horne

En Science Fiction Stories (Faber & Faber, 1958), la primera antología donde reapareció El ruum, Edmund Crispin compara el género con la historia de terror. "El horror romántico es acaso la mejor carta en manos del autor de anticipaciones, por la naturaleza misma de los temas del género... La humanidad ha temido siempre lo extraño, y de un modo más sutil y más inexplicable ha temido a la máquina."

EL RUUM

Arthur Porges

EL CRUCERO *Ilkor* DEJABA ATRÁS la órbita de Plutón y ponía en marcha los mecanismos de superpropulsión interestelar cuando un preocupado oficial se presentó al comandante.

—Excelencia —le dijo nerviosamente—. Lamento informarle que por negligencia de un técnico hemos dejado un ruum tipo H-9 en el tercer planeta, con todo lo que pudo haber recogido.

El comandante entornó un instante los ojos triangulares, pero en seguida habló con voz firme. —¿Qué límites le pusieron al ruum?

—Un radio máximo de 50 kilómetros, y 70 kilos con una tolerancia de cinco.

Hubo un silencio de algunos segundos y al fin dijo el comandante:

—No podemos volver atrás ahora. Regresaremos al cabo de unas pocas semanas y recogeremos el ruum entonces. Estos modelos que se recargan automáticamente son muy caros, y no vamos a pagarlos nosotros. Tome las medidas necesarias —ordenó fríamente— y que el responsable reciba un castigo ejemplar.

Pero ya al fin del viaje, en las cercanías de Rigel, el crucero se encontró con una nave invasora, un anillo chato, y luego del inevitable bombardeo mutuo, los dos navíos, semifundidos, radiactivos, mortíferos, iniciaron una órbita milenaria alrededor de la estrella.

Y en la Tierra era la edad de los reptiles.

Los dos hombres descargaron

las últimas provisiones. Luego Jim Irwin miró cómo su compañero subía al pequeño hidroavión. Lo saludó con la mano.

—No te olvides en el bolsillo la carta para mi mujer —gritó.

—Pierde cuidado —respondió Walt Leonard, poniendo en marcha el motor—. Y tú encuentra para nosotros un poco de uranio... Un buen filón, eso es lo que Cele necesita. Una fortuna para tu hijo y para ella, ¿eh? —Mostró los dientes en una sonrisa burlona.— Y no te frotes la nariz con ningún oso pardo. ¡Mátalos de un tiro, pero no de miedo!

El hidroavión corrió por el agua dejando una estela espumosa y remontó vuelo. Jim sintió un raro estremecimiento y tocó la madera de la culata de la carabina. Durante tres semanas viviría aislado en este remoto valle de las montañas Rocosas del Canadá, y si por alguna razón el avión no volvía al lago de aguas azules y heladas... Aun con suficiente comida, ningún hombre era capaz de franquear los picos nevados y abrirse paso a través de cientos de kilómetros de bosques casi vírgenes. Pero, por supuesto, Walt Leonard regresaría como estaba previsto, y dependía de Jim que ganaran o perdieran la partida. Si había uranio en el valle, tenía veintidós días para encontrarlo. A trabajar entonces, sin pensamientos sombríos.

Moviéndose con la lenta precisión de un hombre que conoce

la vida en los bosques, Jim levantó un cobertizo al abrigo de una protuberancia rocosa. Para estas tres semanas de verano no se necesitaba nada más sólido. Transpirando al fuerte sol de la mañana, apiló las provisiones al pie del muro de piedra, bien cubiertas con una lona impermeable y protegidas de los animales rondadores de mayor tamaño. Guardó todo en el refugio menos la dinamita, que escondió a doscientos metros, envuelta también cuidadosamente para protegerla de la humedad. Sólo un tonto compartía su habitación con una caja de explosivos.

Las dos primeras semanas pasaron demasiado rápidamente, sin ningún descubrimiento alentador. Sólo quedaba una buena posibilidad, y apenas el tiempo suficiente. De modo que a fines de la tercera semana, Jim Irwin se preparó para explorar una región que no había visitado aún en el noreste del valle.

Tomó el contador Geiger, y se puso los auriculares, vueltos hacia afuera para que la crepitación normal del aparato no le embotara los oídos, y cargando la carabina echó a andar diciéndose que si no encontraba nada ahora la expedición había terminado. El pesado 30-06 era una molestia, y lo llevaba sin entusiasmo, pero a los osos canadienses no se los molestaba impunemente. Ya había tenido que matar a dos, una tarea desagradable, pues los grandes osos estaban extinguiéndose

con demasiada rapidez. Y el rifle lo había ayudado a sentirse más cómodo en algunas situaciones delicadas. La pistola 22 había quedado en el cobertizo, en el estuche de piel de carnero.

Al principio caminó silbando, animado por el aire claro y fresco, la luz del sol en los campos de hielo blancos y azules, y el vivo olor del verano. Tenía la intención de hacer una jornada de marcha hacia la nueva región, emplear treinta y seis horas en una exploración minuciosa, y estar de regreso el tercer día al mediodía, hora en que llegaría el avión. Excepto las raciones de emergencia no llevaba comida ni agua. No sería difícil cazar algún conejo, y en los arroyos abundaban las truchas arco iris, un pez de carnes firmes ya poco común en los Estados Unidos.

Jim marchó toda la mañana, sintiendo a veces una ocasional punzada de esperanza cuando el contador crepitaba un poco más. Pero el sonido se apagaba en seguida. En el valle no había nada radiactivo de valor. Aparentemente habían elegido mal. Se sintió desanimado. Necesitaban de veras descubrir un yacimiento, especialmente Walt. Y su propia mujer, Cele, con un chico en camino. Pero había aún una posibilidad. En estas últimas treinta y seis horas —buscaría también de noche si era necesario— tendrían su recompensa. Reflexionó con un poco de amargura que no estaría mal si alguno de los hombres a

quienes él mismo había equipado descubriría algo y le devolvía el dinero. En ese mismo instante le debían cerca de ocho mil dólares.

Una torcida sonrisa le asomó a los labios y abandonando esas especulaciones ociosas hizo planes para el almuerzo. El sol y el estómago le decían que había llegado la hora. Acababa de decidir que sacaría la línea y pescaría en un torrente cercano cuando luego de doblar una loma verde tropezó con un espectáculo que lo dejó paralizado y boquiabierto.

Era como una carnicería al aire libre, instalada por un gigante particularmente activo: un enorme surtido de cuerpos de animales, cuidadosamente dispuestos en tres hileras que se extendían hasta casi perderse de vista. ¡Y qué animales! Ciertamente, los más próximos eran ciervos, osos, pumas y carneros salvajes —un ejemplar de cada especie—, pero más lejos había bestias extrañas, incongruentes, formadas a medias, y peludas; y más allá, como en una visión de pesadilla, un conglomerado de reptiles. Jim reconoció en seguida a uno de los últimos, en el extremo de la asombrosa exhibición. Había visto un ejemplar mucho más grande reconstruido sobre un esqueleto incompleto, en el museo de su ciudad natal.

No había dudas... era un pequeño estegosaurio, no mayor que un pony.

Fascinado, Jim caminó a lo largo de las filas pasando revista a

la inmensa parada, mirando de cerca a los animales. De pronto descubrió un temblor en los párpados de un lagarto escamoso y amarillo. Comprendió entonces. Las bestias no estaban muertas, sino paralizadas, y milagrosamente preservadas. La transpiración le mojó la frente. ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde que los estegosaurios se habían paseado por este valle?

Y en seguida notó otra curiosa circunstancia: todas las víctimas eran aproximadamente del mismo tamaño. No había, por ejemplo, un saurio realmente grande. Ningún tiranosaurio. Ningún mamut tampoco. Todos los ejemplares tenían el tamaño de una oveja grande. Jim meditaba en la posible explicación de esta rareza cuando los matorrales crujiéron a sus espaldas.

Jim Irwin había trabajado una vez con mercurio, y durante un segundo le pareció que un saco de cuero, lleno a medias del metal líquido, rodaba por el claro. Pues el objeto, casi esférico, avanzaba con los movimientos fluidos y pesados del mercurio. Pero no era de cuero, y un examen más atento descubría que las protuberancias, que parecían a primera vista unas verrugas desagradables, eran quizá las proyecciones funcionales de un extraño mecanismo. Pero el examen de Jim no había sido muy largo, pues después de haber emitido y recogido un cierto número de barras metálicas con estructuras bulbosas,

semejantes a lentes, en las puntas, el esferoide echó a correr hacia él a una velocidad aproximada de ocho kilómetros por hora. Y la marcha era tan decidida que Jim no dudó un instante que el mecanismo pretendía sumarlo a la patética serie de ejemplares muertos-vivos.

Lanzando un grito incoherente, Jim saltó hacia atrás unos pasos, preparando su rifle. El ruum olvidado estaba aún a unos treinta metros de distancia, pero se acercaba a aquella velocidad moderada aunque constante, más terrible por su regularidad que la carga violenta de una simple bestia bruta.

La mano de Jim se alzó hacia la culata y con la habilidad de la larga práctica metió una bala en la cámara. Apoyó la mejilla en la caja de metal, y apuntó directamente a la masa correosa... un blanco perfecto a la luz brillante del mediodía. Una sonrisita torva le asomó a los labios mientras apretaba el gatillo. Conocía muy bien la potencia de aquellas afiladas balas de acero, disparadas a una velocidad de 1.000 metros por segundo. A esta distancia, probablemente, abriría de arriba abajo aquella máquina horrible, transformándola en chatarra. ¡Dios!

¡Bam! El golpe familiar de la culata contra el hombro. ¡I-i-i! El chillido quejoso de una bala que rebota. Jim contuvo el aliento. No había dudas. Apenas a una veintena de metros, una bala de

rifle había rebotado en la superficie del ruum.

Frenéticamente, Jim recargó el rifle y disparó otros dos tiros, hasta que comprendió la total inutilidad de tales tácticas. Cuando el ruum estuvo a dos metros, vio unos brillantes dedos ganchudos que asomaban en las verrugas, y entre ellos una sonda hueca y puntiaguda, parecida a una serpiente, y que derramaba un líquido verdoso. Jim Irwin se volvió y corrió.

Pesaba entonces, exactamente, 67 kilos.

Era fácil aumentar la distancia entre él y la máquina. El ruum no podía aparentemente aumentar su velocidad. Pero Jim no se hacía ilusiones. Ningún organismo terrestre era capaz de mantener una velocidad constante de ocho kilómetros por hora sino durante unas pocas horas. Jim comprendió que en esas circunstancias un animal tenía que decidirse, tarde o temprano, a enfrentarse al implacable perseguidor, o, en el caso de las criaturas más tímidas, se agotaría corriendo en círculos, cegada por el pánico. Sólo lo seres alados estaban a salvo. Pero para cualquier cosa que anduviese por el suelo el resultado era inevitable: otro ejemplar para la espantosa parada. ¿Y quién reunía aquella colección? ¿Por qué? ¿Por qué?

Friamente, mientras corría, Jim empezó a desembarazarse de todo peso superfluo. Echó una mirada rápida al sol que enrojecía ya,

preguntándose que ocurriría en las horas de la noche. No se decidía a desprenderse de la carabina. Era inútil contra el ruum, como había quedado demostrado, pero el entrenamiento militar había desarrollado en él la idea de que no debía desprenderse del arma hasta el último momento. Sin embargo, cada kilo de peso suplementario significaba más riesgos para él en aquella horrible y previsible carrera. La lógica le decía que los razonamientos militares no tenían aplicación en un duelo como éste, y no era nada vergonzoso abandonar un fusil inútil. Bien, cuando el peso llegara a ser una cuestión vital, se desprendería del 30-06. Mientras tanto le colgaria del hombro. Dejó tan suavemente como le fue posible el contador Geiger en una roca plana, sin dejar de correr.

De algo estaba condenadamente seguro. Esta no sería la huida de un conejo, que corre cegado por el pánico hasta el total agotamiento y se entrega luego llorosamente. Esta sería una retirada de soldado en la que emplearía todas las técnicas de supervivencia que había llegado a conocer en su vida de aventurero.

Respirando profundamente, regularmente, Jim continuó su carrera atento a todo lo que podía ser para él una ventaja en aquel duelo extraño. Era una suerte que no hubiera muchos árboles en el valle; en un lugar con malezas o en el bosque la rapidez de su carrera hubiera sido inútil.

De pronto vio algo —una roca con una saliente inclinada sobre el terreno— y aminoró el paso. Había allí una posibilidad. Jim sonrió torciendo la boca, recordando la trampa de hombres malaya que una vez le había salvado la vida. Se subió de un salto a un montículo y miró hacia atrás, hacia la llanura de hierbas. El sol de la tarde arrojaba largas sombras, pero no tardó en descubrir al ruum, que le seguía la pista. Lo observó con dolorosa ansiedad. Todo dependía de esta breve inspección. ¡No se había engañado! Sí, aunque en muchos sitios las huellas de sus pasos no eran el mejor camino, ni el único, el ruum las seguía cuidadosamente. Esto era enormemente importante, pero Jim no disponía de más de doce minutos.

Arrastrando deliberadamente los pies, dejó las huellas claras de unas pisadas bajo la saliente de la roca. Siguió caminando una docena de metros, y luego retrocedió de espaldas hasta que llegó casi bajo la saliente, y saltando fuera de la pista cayó detrás de la roca en equilibrio.

Sacó entonces el ancho cuchillo que llevaba a la cintura, se puso a cavar, metódicamente, pero con una furiosa prisa, alrededor de la base de la roca. Cada diez segundos dejaba de cavar, sudando de aprensión y de cansancio, y empujaba con el hombro. Al fin la roca se movió ligeramente. Acababa de guardar el cuchillo y estaba aún agachado,

sin aliento, cuando el ruum apareció remontando un pequeño montículo en la pista.

Jim miró el esferoide gris que venía hacia él. Trató de contener la entrecortada respiración. Ignoraba de qué otros sentidos disponía el ruum, aunque se contentaba aparentemente con seguir las huellas de los pasos. No era difícil, sin embargo, que pudiese recurrir a toda una batería de instrumentos. Jim se acurrucó detrás de la roca, con todos los nervios en tensión, como alambres electrizados.

Pero no hubo ningún cambio de táctica en el ruum. Absorta en apariencia en las huellas de su presa, la extraña esfera continuó deslizándose y pasó bajo la saliente de la roca. Irwin dio un grito entonces, y lanzando todo el peso de su cuerpo contra la masa en equilibrio, la echó directamente sobre el ruum. Cinco toneladas de piedra cayeron desde una altura de cuatro metros.

Jim bajó por la pendiente, y se quedó allí mirando la enorme masa de piedra y sacudiendo la cabeza, como deslumbrado.

—Fin del hijo de perra —dijo con una voz pastosa, y pateó la piedra—. Un haremos unos dólares, Walt y yo, con ese mercaderes de carne. No perderemos todo en esta expedición. ¡Que disfrutes del infierno de donde vienes!

En seguida dio un salto atrás, con ojos extraviados. ¡Aquella roca enorme estaba moviéndose! Lentamente, la masa de cinco to-

neladas se deslizaba fuera de la pista dibujando una estela en la tierra. Y Jim miraba aún cuando la roca se ladeó y bajo el borde más cercano asomó una protuberancia gris. Ahogando un grito, Jim echó a correr.

Corrió así desesperadamente dos kilómetros, y al fin se detuvo y miró hacia atrás. Allí lejos un punto sombrío se alejaba de la roca caída. Avanzaba tan lentamente, tan regularmente, y tan inexorablemente como antes, y venía hacia él. Jim se echó al suelo y se tomó la cabeza con las manos rasguñadas y sucias.

Pero su desesperación no duró mucho tiempo. Al fin y al cabo había ganado un respiro de veinte minutos. Tendido entre las hierbas, tratando de serenarse, sacó del bolsillo de la chaqueta el paquetito de las raciones de emergencia y rápidamente, pero sin precipitarse, comió unos bizcochos y chocolate. Unos pocos sorbos de agua helada de un arroyito cercano, y se sintió preparado para continuar aquella lucha fantástica. Pero antes tomó una de las tres píldoras de benzedrina que había traído para combatir un posible agotamiento físico. Cuando el ruum estaba aún a unos diez minutos de distancia, se alejó trotando, ya casi recobrado, decidido a combatir el cansancio que se le había metido en los huesos.

Luego de correr durante diez minutos, llegó a una pared de roca desnuda de unos diez metros

de alto. A los lados el terreno era apenas accesible, agrietado, con malezas espinosas y piedras de bordes afilados. Si lograba alcanzar la cima del promontorio, el ruum seguramente tendría que dar un rodeo, y retrasaría su marcha en muchos minutos.

Miró el sol. Enorme y escarlata, tocaba casi el horizonte. Tenía que moverse rápidamente. Jim no era un escalador de montañas, pero conocía lo más fundamental de la técnica. Utilizando todas las grietas, todas las asperezas y los más pequeños rebordes, trepó hacia la cima. De algún modo—inconscientemente—adoptó ese modo de subir fluido del natural de las montañas que emplea muy brevemente cada punto de apoyo como pivote de una serie de progresiones rítmicas.

En el mismo momento en que alcanzaba la cima el ruum llegó rodando al pie del promontorio.

Jim sabía muy bien que era necesario que partiese inmediatamente, y aprovechar los pocos minutos de luz que quedaban aún. Cada segundo ganado tenía un inmenso valor, pero impulsado por la curiosidad y la esperanza decidió quedarse un rato. Se dijo que tan pronto como su perseguidor empezara a rodear el promontorio, dejaría el sitio rápidamente. Era además posible que la máquina abandonara la persecución, y él podría dormir allí mismo.

Dormir. Todo el cuerpo le pedía unas horas de sueño.

Peró el ruum no tenía la intención de dar un rodeo. Titubeó unos segundos al pie de la barrera rocosa. Luego se le abrieron unas pocas protuberancias y asomaron aquí y allí unos brazos de metal. Uno de ellos, con lentes en la punta, osciló en el aire. Jim no pudo retirarse a tiempo. Aquella insólita mirada lo había descubierto echado en lo alto del promontorio, mirando hacia abajo. Jim maldijo su propia tontería.

Inmediatamente todos los brazos se retiraron, y de otra protuberancia salió una barra delgada, roja como la sangre a la luz del sol poniente, que comenzó a subir hacia Jim. Y mientras Jim miraba aún, el borde dentado de la barra se clavó en el borde del promontorio, casi debajo de sus narices.

Jim se incorporó de un salto. La barra estaba achicándose ya, a medida que el ruum la reabsorbía y se elevaba en el aire. Jurando en voz alta, Jim observó el garfio, alzando un pie hacia atrás.

Peró la experiencia lo retuvo, y no dio el puntapié. Había visto muchas peleas perdidas a causa de una patada imprudente. No ganaría nada en absoluto poniendo una parte de su cuerpo al alcance de las eficientes herramientas del ruum. Tomó en cambio una rama muerta, suficientemente larga, y metió una punta bajo el gancho metálico.

Hubo un estallido chisporroteante; como un breve encaje

blanco, y aun a través de la madera seca Jim sintió la poderosa ola de energía que consumía la punta. Dejó caer la rama humeante con un jadeo de dolor, y retorciendo los dedos embotados dio varios pasos atrás, con una furia impotente. Durante un momento pareció que iba a echar a correr otra vez, pero en seguida, mostrando los dientes, se sacó el rifle de la espalda. Dios. Ahora sabía que había estado acertado al no desprenderse de aquel rifle maldito... aunque lo hubiera golpeado una y otra vez, tatuándole las costillas.

Arrodillándose para apuntar mejor a la luz ya débil, Jim alzó el rifle y disparó. El ruum cayó con un ruido sordo. Jim gritó de alegría. La bala blindada había hecho más de lo que él había esperado. No solamente había desprendido el gancho metálico sino que había abierto también una brecha en el borde del promontorio. Le costaría bastante trabajo al ruum utilizar otra vez esa parte de la roca.

Miró hacia abajo. Sí, el ruum estaba otra vez al pie del muro de piedra. Jim sonrió mostrando los dientes. Cada vez que un garfio se apoyara en el borde, una bala lo devolvería a su lugar. Tenía bastantes proyectiles en el bolsillo, y hasta que asomara la luna, y hubiera luz suficiente para tirar desde lejos, pondría el caño de la carabina a unos pocos centímetros del garfio. Además, la máquina —o lo que fuera— era

obviamente demasiado inteligente para librar una lucha sin esperanza. Tarde o temprano se decidiría a dar el rodeo. Y luego quizá la noche ayudase ocultando con sus sombras las huellas.

Luego... se quedó sin aliento, y durante un instante sintió que las lágrimas le venían a los ojos. Allí abajo, en la penumbra, el esferoide rechoncho y flemático proyectaba simultáneamente, y en abanico, tres barras ganchudas. En un movimiento perfectamente coordinado, las barras mordieron el borde, separadas entre sí por distancias poco superiores a un metro.

Jim se llevó rápidamente el fusil al hombro. Bien, esto iba a parecerse a un concurso de tiro rápido de los stands de Benning. Sólo que en Benning no se exigía precisión de tiro en la oscuridad.

El primer disparo dio certeramente en el blanco, y el gancho de la izquierda se desprendió envuelto en una nube de polvo rojo. El segundo fue casi tan bueno, pues destruyó el borde de piedra y el gancho del centro perdió su punto de apoyo. Pero en el mismo momento en que se volvía para apuntar al número tres, Jim comprendió que sus esfuerzos eran inútiles.

El primer gancho estaba otra vez en su sitio. Aunque él fuese un tirador excepcional, habría siempre un gancho en el borde sirviendo de ascensor al ruum.

Jim colgó de la rama de un árbol la inútil carabina, con el

caño hacia abajo, y se internó rápidamente en la creciente oscuridad. Los años y años de entrenamiento físico estaban dando ahora sus frutos. ¿Y qué? ¿A dónde iría ahora? ¿Qué podía hacer? ¿Había algo capaz de detener aquella máquina maldita que no dejaba de perseguirlo?

Recordó entonces la dinamita. Cambiando gradualmente de dirección, extenuado, Jim corrió hacia su campamento a orillas del agua. Las estrellas brillaban arriba, mostrando el camino. Jim perdió el sentido del tiempo. Había comido en algún momento de su carrera, sin duda, pues no tenía hambre. Quizá pudiera comer en el cobertizo... No, no, habría tiempo... toma una píldora de benzedrina. No, no había más píldoras y la luna subía en el cielo y podía oír al ruum detrás. Cerca.

Muy a menudo unos ojos fosforescentes lo miraban desde los matorrales, y una vez, cuando ya llegaba el alba, un oso pardo rezongó roncamente en algún sitio.

En algún momento, durante la noche, su mujer, Cele, apareció en las sombras con los brazos abiertos.

—¡Vete! —le gritó él con una voz ronca—. ¡Sálvate! ¡Puedes salvarte! ¡No puede perseguirnos a los dos!

Cele dio media vuelta y corrió ligeramente a su lado, pero cuando cruzaban un pequeño claro, desapareció en el claro de luna, y Jim comprendió que ella nunca había estado allí.

Poco después de la salida del sol, Jim Irwin llegó al lago. Alcanzaba a oír el pesado ruido de la marcha del ruum, que no estaba muy lejos. Se tambaleó con los ojos cerrados. Se golpeó débilmente la cara, abrió los ojos, y vio el explosivo. El espectáculo de los gruesos cartuchos de dinamita lo despertó del todo.

Trató de calmarse y consideró cuidadosamente lo que debía hacer. ¿Una mecha? No. La explosión tenía que producirse en un instante absolutamente preciso. Sintió el sudor que le corría por el cuerpo y le había empapado las ropas. Era difícil pensar algo. No podía confiar en una mecha demasiado larga, que no ardería de un modo suficientemente regular. Era imposible sincronizar la combustión con la marcha del ruum. Sintió que se le aflojaba todo el cuerpo y dejó caer la cabeza. De pronto se enderezó, dio un paso atrás, y vio la pistola 22 colgada en el cobertizo.

Moviéndose con una prisa frenética, tomó la caja de dinamita y puso todas las cápsulas de percusión que le quedaban entre los cartuchos sueltos. Luego llevó la caja a la pista de huellas y la depositó cuidadosamente a unos veinte metros de una protuberancia rocosa. Era un riesgo —la máquina infernal podía estallar en cualquier instante—, pero no importaba. Prefería mil veces saltar en pedazos antes que terminar, vivo pero paralizado, en la carnicería al aire libre del ruum.

Apenas se había escondido detrás de la protuberancia rocosa, cuando el ruum apareció en una pequeña elevación, a quinientos metros de distancia. Jim se acurrucó un poco más y vio entonces una grieta vertical y estrecha entre dos rocas. Esto es lo que necesitaba, pensó vagamente. Podía ver la dinamita por la grieta, y a la vez estaba protegido contra la explosión. Si esto lo protegía realmente... Una carga de dinamita que estallaba a veinte metros...

Se tendió boca abajo, mirando cómo se adelantaba el ruum. Sentía un martilleo de agotamiento en el cráneo. Jesús. ¿Cuándo había dormido por última vez? Hacía horas que no descansaba tendido en el suelo. ¿Horas? Días. Los músculos se le endurecieron, se le anudaron en una dolorosa crispación. Luego sintió en la espalda la caricia del sol matinal, un bálsamo cálido y tranquilizador... No. Si se abandonaba, si se dormía ahora, iría a parar sin remedio a la macabra colección del ruum. Apretó los dedos que sostenían la pistola. Tenía que mantenerse despierto. Si perdía la partida —si el ruum sobrevivía a la explosión— quedaba aún la alternativa de meterse una bala en la cabeza.

Miró la delgada pistola, y luego la trampa de apariencia tan inocente. Si calculaba bien el tiempo —y no fallaría— el ruum no podría sobrevivir. No. Se abandonó un poco al sol, dulcemen-

te insistente. Un pájaro silbó suavemente en alguna parte, sobre su cabeza, y un pez saltó en el lago.

De pronto algo lo arrancó a sus sueños. ¡Maldición! Un oso pardo elegía justamente este momento para venir a husmear allí. ¡Todo el campamento invitaba al codicioso pillaje, y al tonto sólo le atraía la dinamita! El peludo monstruo olió cuidadosamente la caja, y gruñó roncamente expresando su desagrado al percibir el olor extraño del hombre. Jim contuvo el aliento. Un pequeño golpe bastaría para que saltara un cartucho. Un solo cartucho significaba...

El oso alzó la cabeza y gruñó otra vez. Olvidó la caja, olvidó el olor ofensivo del hombre. Los ojos bestiales se clavaron en el esferoide que avanzaba rodando y que no estaba ahora a más de cuarenta metros. Jim rió entre dientes. Hasta haberse encontrado con el ruum sólo el oso pardo del continente norteamericano le había inspirado miedo. Y ahora —por qué diablos estaba tan sereno?— los dos terrores de su existencia iban a encontrarse cara a cara y él se reía. Sacudió la cabeza y los músculos laterales del cuello le dolieron de un modo atroz. Miró otra vez la pistola, y también la dinamita. No había otra cosa real en este mundo.

A unos dos metros del oso, el ruum hizo una pausa en su marcha. Sintiendo aún aquel desinterés casi ridículo, Jim se preguntó

otra vez qué máquina sería aquella, de dónde vendría. El oso se alzó sobre las patas traseras, como una viva imagen de la ferocidad, mostrando los terribles dientes blancos y las rosadas encías. El ruum, como si no le importaran sino sus propios asuntos, trató de pasar de largo. El oso atacó, rugiendo, y lanzó un zarzapalo al ruum con una pata poderosa, armada de garras negras, más afiladas y fuertes que guadañas, capaces de destripar a un rinoceronte. Jim se encogió instintivamente. Una nube de polvo se elevó de la esfera correosa, que retrocedió unos centímetros. Hizo una pausa, se recobró, y con la misma tremenda indiferencia prosiguió su camino, dando un rodeo, ignorando al oso.

Pero el señor de los bosques no admitía ningún empate. Moviénndose con aquella increíble agilidad que había aterrorizado a los indios, a los españoles, a los franceses y a los angloamericanos, giró en redondo, dio un paso de costado, y abrazó al ruum. Los terribles y peludos antebrazos apretaron, las babosas mandíbulas mordieron la superficie gris. Jim se incorporó a medias.

—¡Es tuyo! —gritó roncamente.

Aun mientras aclamaba al torpe emperador de los bosques, Jim pensó que el cuadro era disparatado: el idiota de la aldea luchando con una pelota de playa.

Luego, un reflejo metálico brilló en el fondo gris. Hubo un relámpago, rápido y mortal. El ru-

EL RUUM

gido del rey se transformó bruscamente en un gemido, un gorgoteo, y en seguida el animal no fue más que una tonelada de terror que se revolcaba en la muerte, con el pecho abierto de arriba abajo. Jim vio que la hoja ensangrentada desaparecía en el esferoide gris, dejando una brillante mancha roja en la piel gris y polvorienta.

Y el ruum avanzó rodando, dejando atrás el enorme cadáver, implacable, siguiendo siempre la pista del hombre, sus huellas. Muy bien, criatura, se dijo Jim mirando el oso muerto, ahí va por ti, por Cele, tantos animales tontos como nosotros. Es hora, condenado idiota, se maldijo a sí mismo. Y apuntó a la dinamita. Y muy serenamente, muy cuidadosamente, apretó el gatillo de la pistola.

Primero un breve sonido. Luego unas manos de gigante que lo levantaban, y lo soltaban. Cayó pesadamente, cara abajo, sobre unas plantas de ortigas. Pero estaba enfermo, nada le importaba ya. Los pájaros habían callado. En seguida se oyó un golpe sordo, como el de cuerpo macizo que hubiera caído a unos pocos metros, entre las hierbas. Luego silencio.

Jim alzó la cabeza... todos los hombres hacen lo mismo en estas circunstancias. El cuerpo le dolía aún. Enderezó los hombros y vio un cráter enorme, humeante, abierto en la tierra. Y a una docena de pasos, como una masa

gris blanquecina, pues ahora estaba cubierto de polvo de rocas, vio al ruum.

Estaba al pie de un pino, un pino alto y hermoso. Jim miraba aún, preguntándose si el campanilleo que tenía en los oídos pararía alguna vez, cuando el ruum rodó de nuevo hacia él.

Jim buscó a tientas la pistola. Había desaparecido. La había dejado caer en algún sitio, fuera de su alcance. Quería rezar, pero no encontraba las palabras. En cambio se dijo una y otra vez idiotamente:

—Mi hermana Ethel no podía deletrear Nabucodonosor. Mi hermana Ethel...

El ruum estaba a unos centímetros ahora y Jim cerró los ojos. Sintió que unos dedos fríos, metálicos lo tocaban, lo agarraban, lo levantaban, y lo sacudían de un modo raro. Estremeciéndose esperó la terrible jeringa y el líquido verde, y recordó la cara amarilla y arrugada de un lagarto con un párpado que temblaba apenas.

Luego, desapasionadamente, sin brusquedad y sin solicitud, el ruum lo puso otra vez en el suelo. Cuando abrió los ojos, unos segundos más tarde, la esfera se alejaba. Mientras miraba cómo se iba, Jim se echó a llorar.

Le pareció que habían pasado apenas unos segundos cuando oyó el motor del aeroplano y abrió los ojos y vio a Walt Leonard que se inclinaba hacia él.

Más tarde, en el avión, a más

de mil metros sobre el valle, Walt sonrió de pronto con una mueca, y le golpeó la espalda a Jim.

—Jim, sé dónde podríamos conseguir un hidroavión de cuatro plazas. Si pudiéramos llevarnos algunos lagartos prehistóricos y otras cosas mientras el guardián del museo anda por otro lado... los hombres de ciencia nos pagarán una buena suma.

Los ojos hundidos de Jim se animaron un poco.

—Esa es la idea —dijo, y luego añadió, amargamente—: Yo po-

día haberme quedado acostado en la cima del promontorio. Evidentemente esa cosa condenada no me quería. Quizá sólo deseaba saber cuánto me costaron estos pantalones. Apenas me tocó. ¡Y cómo corrió!

—Sí —dijo Walt—. Es raro de veras. Y luego de esa maratón. Admiro tu coraje, realmente. —Miró de reojo el rostro consumido de Jim.— Esa carrera nocturna te ha costado bastante. Has perdido por lo menos cinco kilos. ♦

Título original: The ruum. Traducción de J. Valdívieso

En el próximo número...

Gilead, de Zenna Henderson, una extraordinaria novela corta que narra la vida del Pueblo entre las gentes del "ordinario planeta Tierra". Además, cuatro relatos clásicos: El precio del peligro, de Robert Sheckley, historia de una dramática persecución televisada; El planeta Grenville, de Michael Shaara, la exploración de un planeta acuoso de tranquilizadora apariencia; Zombies, de Robert Heinlein: las paradojas del tiempo y de la paternidad-maternidad; y Antes la vida era distinta, de Alfred Bester: una muy poca ortodoxa versión de "la última pareja sobre la Tierra". Anthony Boucher reaparece con una historia que es para muchos su obra maestra: Nueve dedos. El número se completa con un examen de los malos usos de la parapsicología, de Richard Matheson; dos breves y poéticos relatos de Ballard y de Budrys, y la habitual nota científica de Isaac Asimov. En venta el 15 de febrero.

"Los sufrimientos, tanto físicos como psíquicos —escribió Mircea Eliade a propósito de los ritos de pasaje—, son para los primitivos una prueba iniciática; es preciso 'morir' de algo para poder ser otro"... Mi propio camino muestra la más importante de esas ceremonias: el secreto mismo del hombre. Richard McKenna nació en 1913 y empezó a escribir en 1957. Su primera novela, The sand pebbles, obtuvo en 1962 el premio Harper.

MI PROPIO CAMINO

Richard McKenna

WALTER CORDICE HABÍA ENGORDADO, se sentía viejo y le gustaba la vida tranquila. Aquel mismo día sería el último de su último trabajo de campo antes de retirarse a Nueva Zelandia. Miró a su mujer en la pantalla de observación, consternado.

La vida no había sido muy tranquila en el tiempo en que él y Leo Brumm y Jim Andries habían estado instalando la elevadora de hiperespacio en el planeta Robadur. Habían traído consigo a sus mujeres, y habían tenido que vivir y trabajar escondidos bajo la roca sólida en lo alto de una elevada montaña. Había sido necesario, pues los robadurianos eran asimbólicos, y el contacto con una cultura podía trastornarlos, de modo que el Instituto del Hombre, que tenía ju-

risdicción sobre todos los planetas de homínidos, había prohibido todo contacto con los naturales del lugar. Martha se había aburrido mucho, aun cuando le construyeron el refugio en un pico cercano. Cordice, en cambio, se había puesto contento cuando él y Andries habían establecido contacto Tau con la unidad elevadora de comunicaciones.

Habían sido dos meses de pacífico aislamiento, mientras los circuitos Tau de la unidad copiabán ciertas estructuras neurales de los hombres con el propósito de adquirir cierta conciencia y ser capaz de telepatía electrónica. Había sido una época agradable y tranquila. Ahora habían terminado, y estaban preparándose para sellar la estación y regresar a la Tierra en la cápsula automáti-

ca. Sólo los antropólogos del Instituto del Hombre visitarían Robadar en el futuro.

Y ahora Walter Cordice, de pie entre las ruinas del refugio, miraba descorazonado la imagen de la ilícita pantalla observadora.

Los robadurianos no empleaban símbolos. No podían haber asaltado el refugio. Pero la pantalla mostraba a Martha, a Willa Brumm y a Allie Andries sentadas en el suelo y atadas a estacas en las cercanías de un bosque. Nada había alterado el impecable vestido azul y los ordenados rizos rojizos de Martha. Estaba sentada con las piernas regordetas muy juntas y estiradas, frunciendo la boca, y era evidente que ella tampoco creía en lo que estaba viendo.

Cerca de un arroyo, del otro lado de un prado verde salpicado de flores amarillas, unos desnudos y barbudos robadurianos cavaban un pozo con unas estacas afiladas. Otros apilaban ramas secas. Era criaturas de elevada estatura; de vello escaso (que no ocultaba las masas de músculos), frentes bajas, y caras hocicudas. Uno de los del grupo, que llevaba una máscara de demonio hecha con ramas y plumas, parecía vigilar los trabajos. Junto a Martha, la pizpireta, morena y menuda Allie Andries lloraba en silencio. Willa luchaba con las cuerdas que le apretaban los brazos blancos. Las tres mujeres entendían muy bien que estaban en dificultades.

Cordice se apartó de la pantalla evitando los ojos de Leo Brumm y de Jim Andries. En aquel decorado de color plateado y escarlata, los dos hombres, vestidos con oscuros trajes de faena, parecían tan fuera de lugar como el joven robaduriano muerto tendido en el piso del refugio. La cara rechoncha y agradable de Leo tenía una expresión agobiada. Jim Andries fruncía el ceño. Era un hombre corpulento, desgarrado, de facciones recortadas y pelo negro. Los dos eran jóvenes y novatos, y Cordice sabía que estaban pidiéndole en silencio que tomase una decisión.

Una decisión. Ya no podría retirarse con el grado 8. Necesitaría un poco de suerte para conservar el grado 7. Pero acababa de salir de un *rapport* y por ahora lo veía todo claro, y la ley era clara también y había que reducir al mínimo los efectos del *shock* cultural, a cualquier precio. ¿Pero abandonar a Martha? Miró el cadáver del niño robaduriano. La tersa piel marfileña estaba libre de pelo azul, excepto en el cráneo aplastado. Sintió que la sangre se le subía a la cabeza.

—Nuestras mujeres lo bañaron, lo afeitaron y lo transformaron en un animal doméstico —dijo, con un ligero temblor en la voz—. Leo... Leo...

—Es culpa mía, señor. Les instalé una pantalla observadora y fui a buscar al niño —dijo Leo—. No quise molestar a usted y a Jim durante el *rapport*. —Leo era

un joven grueso, rubio, y estaba muy pálido ahora.—Ellas... bueno, yo me hago responsable.

—Las responsabilidades las fijará el Instituto del Hombre —dijo Cordice.

El culpable soy yo, pensó. Por traer aquí a Martha, contra mis propios deseos. Pero Leo había violado las normas con la pantalla observadora, y la consecuencia había sido un contacto ilícito y... *¿este problema!* Leo era joven, habían sido demasiado complacientes con él. Muy bien, la culpa era de él, Cordice. Habló con una voz crispada:

—Minimizaremos —dijo—. Destrucción del refugio, sellado de la estación, vuelta a la Tierra en la cápsula, y un informe.

Jim puso muy mala cara.

—Yo quiero a mi mujer, Cordice, y no me importa lo que usted piense de la suya. Sacaré a Allie de aquí aunque tenga que reducir a esos monos azules a cenizas con la *shock* cultural de un lanzallamas.

—Usted hará lo que yo diga, Andries. Usted y su mujer firmaron un convenio, ¿recuerda? —Cordice miró fijamente a Andries.— De acuerdo con la ley, la vida de toda una especie que un día puede llegar a ser humana vale mucho más que la vida de ella.

—Me importa un bledo la ley. ¡Mi mujer vale más para mí! Cordice, esos monos azules ya son humanos. ¿Cómo, si no, hubieran podido asaltar el refugio, matar a la criatura, llevarse a las muje-

res? —Jim lanzó un escupitajo.— Encárguese usted de sellar la estación, no se ensucie las manos en esto. Leo y yo rescataremos a las mujeres.

Cordice bajó los ojos. Qué insolencia. Sin embargo... Leo podría atestiguar que Andries lo había obligado...

—Iré también, para asegurar la minimización —dijo—. Aunque bajo expresa protesta. Leo, usted es testigo. Pero hay que destruir en seguida el refugio.

Minutos más tarde, Leo volaba en la máquina mientras Cordice movía el lanzallamas sobre la superficie rocosa. La piedra humeaba, se deshacía, se fundía y caía en un agujero de vapor y burbujas. El muchacho muerto, de miembros musculosos y piel lisa, ya no era más que unos restos de carbón. Cordice se sintió aliviado.

Media hora más tarde, Leo volvió sobre el prado, al pie de la misma montaña. Todos los robadurianos corrieron desordenadamente a ocultarse en el bosque, y Jim no tuvo que utilizar el lanzallamas. Leo descendió, y los hombres salieron, y Cordice sintió que algo se le alojaba en el estómago. Corrieron todos hacia las mujeres. Allie Andries sonreía, pero Martha gritaba algo, colérica. En el momento en que Cordice iba a librar a Martha de sus ataduras, la horda azul salió otra vez del bosque. Venían gritando y saltando y sacudiendo unas ramas húmedas con hojas, y el olor acre...

Cuando Cordice recobró el conocimiento, descubrió que lo habían atado a una estaca, como un animal, y que era su vida, no su carrera, lo que tenía que salvar ahora. Se hizo el dormido y espío con los ojos entornados. Martha parecía furiosa y no se atrevió a mirarla de frente. No podía ver a los otros, excepto a Allie Andries que sonreía... le sonreía a Jim sin duda.

Esos dos chicos tienen que escapar, pensó Cordice.

Debía de haber estado inconsciente bastante tiempo, pues el cielo del atardecer era rojo y dorado, y parecía que el pozo había sido concluido. Tenía forma elíptica, y unos diez metros de largo y uno de profundidad. Unos pocos robadurianos amontonaban aún tierra negra a los lados, y otros juntaban malezas formando una pila aproximadamente triangular. Se oía un rumor de charla, pero Cordice sabía que no era sino un sonido que acompañaba a un estado de ánimo común. Por eso precisamente era también tan horrible. Los robadurianos eran asimbólicos, y carecían de lenguaje, y de nociones de bien y mal. Eran una fuerza de la naturaleza, como una cascada. No era posible influir en ellos con amenazas, regalos o aun ruegos. A pesar de una nariz roma y de unos labios demasiado abultados, Cordice podía impresionar con su aspecto... allá en la Tierra. Pero no a estas criaturas.

El robaduriano que llevaba la

máscara de demonio estaba de pie junto al pozo como un centinela. De pronto se volvió y caminó hacia Cordice, arrastrando su lanza de madera. Cordice se encogió y sintió que un grito le subía a la boca. El demonio se irguió ante él, alto y fuerte. Le faltaba el dedo meñique en la mano que sostenía la lanza. Unos ojos grises espíaban entre hojas y plumas.

—Cordice, insensato, ¿por qué ha traído a las mujeres? —preguntó el demonio en fluido inglés—. Ahora no saldrán de aquí con vida.

El grito de Cordice se apagó en un jadeo de alivio. Se sintió animado otra vez, casi libre. El lenguaje... pero Martha habló primero.

—¡Los hombres necesitan a las mujeres para inspirarse y para que ellas les den coraje! ¡Walto! ¡Dile quién eres!

Walto significaba que Martha estaba furiosa. En los momentos de afecto ella lo llamaba *Wally*. Pero, como de costumbre, Martha tenía razón. Apretando las mandíbulas clavó una mirada de status 7 en la máscara de demonio.

—Escuche —dijo amablemente—, si conoce usted nuestro lenguaje sabrá que nunca descendemos en un planeta homínido. Hay muchos otros planetas. Si estamos aquí es por motivos técnicos. Hemos terminado el trabajo. Tenemos almacenes y herramientas que podemos dejar aquí. —Se rió.— Tómelas y déjenos ir. No volverá a vernos.

El demonio meneó la cabeza.

—No se trata de lo que pueden ver, sino de lo que las mujeres han visto —dijo—. Conocen un secreto sagrado, y el dios Robadur exige la muerte de todos ustedes.

Cordice empalideció, pero habló con calma.

—Yo y Andries no hemos tenido contacto con los otros durante dos meses. Yo no conozco ningún secreto. Mientras estábamos aislados, Brumm instaló para las mujeres una pantalla de observación y rescató a ese niño...

—Que estaba destinado a Robadur. Robadur devora a sus hijos. —*Torturaban* a Arthur cuando el chico logró escapar —dijo Martha—. ¡Yo lo vi a usted allí!

—En la pantalla de observación, que está estrictamente prohibida.

—¿Y por qué no? ¡Ustedes son animales, con sus cosas colgando!

El demonio puso la punta de la lanza en el cuello de Martha.

—¡Cállese o la atravieso ahora mismo!

Los ojos de Martha desafiaron a la criatura emplumada.

—¡No! ¡Cállate, Martha! —gritó Cordice con voz ronca. Bajó la cabeza.— Brumm lo hizo todo. Mátele y déjenos ir.

—Sí —dijo Leo desde atrás con una voz aguda y temblorosa.— Tómeme y suelte a los otros.

—¡No! ¡Oh, por favor, no!

Era la voz de Willa, que sollozaba.

—¡Basta! —rugió Jim Andries—. ¡Todos o ninguno! Oiga, usted,

que se esconde con esas plumas. Conozco su secreto. Es usted un renegado que se hace pasar por un dios entre estos asimbólicos. Pero estamos aquí enviados por el Instituto del Hombre, y pronto vendrán a buscarnos. El juego terminó. Déjenos ir y sólo se lo acusará de haber perturbado una cultura.

El demonio apoyó la lanza en el suelo y ladeó la cabeza. Los robadurianos que rodeaban el pozo se incorporaron y miraron. Martha chilló.

—¡Mi propio hermano es el Instituto!

—¡Le dije que se callara! —El demonio le golpeó la cara con el mango de la lanza.— Conozco a su hermano. Tom Brennan la mataría él mismo para guardar el secreto.

—¿Qué secreto, cara emplumada? ¿Que es usted un dios? —preguntó Jim.

—El secreto de que el hombre se creó a sí mismo, y de que puede hacer ahora lo que hizo antes —dijo el demonio—. No soy de Robadur, Andries, pero estoy en este planeta por orden del Instituto del Hombre. El Instituto cargará con la responsabilidad de estas muertes. Lo mismo ha ocurrido en centenares de otros planetas homínidos, para guardar el secreto.

—¡Roland Krebs! ¡Rollo! Golpeaste a una dama...

Como una serpiente, la lanza saltó a la garganta de Martha, que echó atrás la cabeza.

—Ah... ah... ah... —dijo, pálida de pronto, con una mirada de incredulidad.

—¡No le haga daño! —gritó Cordice—. Le juro que olvidaremos, si no se deja ir.

El demonio retiró la lanza y se rió.

—¿Y sobre qué jura, Cordice? ¿Su honor? ¿Su alma? —Escupió en el suelo.— Lo que el hombre hizo antes puede no hacerlo ahora. Es usted la prueba viviente.

—Se lo juro por Robadar —suplicó Cordice.

El demonio miró el sol poniente.

—Es posible, es posible —dijo pensativamente—. Hay un grupo de muchachos preparado para la ceremonia de la noche, usted podría ir con ellos. —Se volvió.— Usted manda, Andries. ¿Qué opina?

—¿De qué se trata? —preguntó Jim.

—Es un rito que transforma a animales en seres humanos —dijo el demonio—. Ciertas pruebas eliminan a los animales. Si ustedes son realmente hombres, no les pasará nada.

Jim habló con una voz tensa.

—¿Y las mujeres?

—No tienen alma. Robadar las dejará al cuidado de ustedes.

—Tiene usted mucha fe en Robadar —dijo Jim.

—No es fe, Andries. Un conocimiento científico tan duro como el suyo —dijo el demonio—. Si mete a un robadoriano en una máquina peluquera, no necesita-

ra de la fe para que le corten el pelo. Bueno, un rito viviente es una especie de máquina psíquica. Ya verán.

—Muy bien, de acuerdo —dijo Jim—. Pero que no les hagan daño a nuestras mujeres. ¿Entiende, emplumado?

El demonio no respondió. Llamó y los nativos se amontonaron alrededor de las estacas. Unos manos desataron a Cordice y lo ayudaron a mantenerse en pie. El corazón le latía con tanta fuerza que se sentía mareado.

—¡No permitas que te hagan daño, Wally!

En el rostro descompuesto de Martha, Cordice vio la forma huidiza de un espectro: la muchacha con quien se había casado hacía treinta años. Había en ella algo de esa belleza viviente que iluminaba el rostro de Allie Andries, vuelto hacia Jim. Cordice le dijo adiós al fantasma, paralizado de miedo.

Cordice subió arrastrándose por la oscura cañada, como un toro herido. Sabía que los sacerdotes que venían detrás lo atravesarían con sus lanzas, pues él no era más que un animal de presa, si no llegaba antes a una laguna sagrada que estaba en algún sitio, más allá. Jim y Leo y los aterrorizados jóvenes robadorianos se le habían adelantado hacia tiempo. Las piedras afiladas le lastimaban los pies, y las espinas de los matorrales le desgarraban la piel desnuda. Leo y

Jim eran culpables y jóvenes y tenían que vivir. El era inocente y viejo y tenía que morir. No era justo. Que ellos murieran también. Un fuego le quemaba el pecho, y al pie de una cascada se le doblaron las rodillas.

Moriría allí. No era justo. Oyó a los sacerdotes que venían, y el terror le retorció los músculos de la espalda. Moriría luchando. Se arrastró en el agua en busca de una piedra y se volvió acurrucándose hacia las lanzas.

Jim y Leo salieron de la cascada y lo ayudaron a levantarse.

—¡Coraje, Cordice! —gritó Jim.

Lo llevaron a la rastra, jadeando y maldiciendo, hasta que la cañada se abrió en una laguna de aguas serenas, al pie de una montaña rocosa que los últimos rayos de sol coronaban de rojo. Veinte jóvenes robadorianos se apretaban lloriqueando en la pendiente de la izquierda. En seguida llegaron los sacerdotes, dando gritos, y todo fue desde entonces para Cordice como una sucesión de relámpagos.

Un demonio guardián, una criatura monstruosa con unas barras blancas pintadas con arcilla en el pecho, y otros sacerdotes lo llevaron loma arriba, y lo tendieron de espaldas con los brazos y piernas abiertos sujetándole la muñecas y los tobillos con brizas de hierba. Luego le colocaron un guijarro en el pecho. Cordice trató de recordar que éstos eran impedimentos simbólicos, y que Barras Blancas lo mataría si

quebraba las brizas o movía el guijarro. En un sitio más bajo de la pendiente un muchacho nativo gritó y rompió las ligaduras y los sacerdotes le aplastaron el cráneo. Cordice se estremeció y se quedó muy quieto. Pero cuando le clavaron la espina en el tendón de Aquiles izquierdo, emitió un gémido entrecortado y alzó bruscamente la pierna. El guijarro cayó, y la maza de Barras Blancas le golpeó un lado de la cabeza, y él, Cordice, murió.

Despertó con el cuerpo dolorido y helado a la luz de las estrellas y comprendió que no había sido más que un desmayo. Barras Blancas estaba sentado sombríamente a su lado, con la maza en las peludas rodillas. En la pendiente, más abajo, los muchachos nativos entonaban una quejosa canción sin palabras, que expresaba pena y un temeroso asombro. Casi podría contar con ellos, pensó Cordice. Tenía otra vez el guijarro en el pecho, y sentía los lazos de hierba en las muñecas y los tobillos. Una piedra le lastimaba la espalda y cambió de posición muy lentamente para no mover los símbolos. Cerca, pero no a la vista, Jim y Leo comenzaron a hablar en voz baja.

Malditos sean, pensó Cordice. Ellos vivirán y yo moriré. Ya estoy muriendo ahora. ¿Por qué he de soportar este dolor y esta indignidad si de cualquier modo tendré que morir? Me sentaré y Barras Blancas terminará con esto de una vez. Pero primero...

—Leo... —dijo.
—¡Señor Cordice! ¡Qué alivio Pensábamos... ¿Cómo se siente, señor?

—Mal. Leo... quiero decirle... ha hecho un buen trabajo aquí. Podrá pasar al status 3. Quiero decirle... que soy el único culpable. Lo siento.

—No, señor —dijo Leo—. Estaba usted en *rapport*. Cómo podría usted...

—Antes de eso. Cuando permití que viniese Martha... de modo que ustedes los más jóvenes no pudieron dejar allá a sus mujeres. —Cordice hizo una pausa.— Mi obligación... Soy lo que soy en parte gracias a Martha, Leo.

El orgullo de Martha, pensó Cordice. Martha tenía sentimientos más delicados, sabía en seguida dónde estaba la verdad, y no había para ella indecisiones morales. De modo que Martha mostraba siempre el camino.
—Ya lo sé —dijo Leo—. Willa me da también orgullo y ambición.

Martha había estado influyendo en Willa, pensó Cordice. Le había insinuado que podía ayudar a Leo en su carrera. Y así consiguieron la pantalla de observación. Bueno, él, Cordice, había estado poniendo a Leo muy por encima de Jim. A Martha no le gustaba la actitud de Allie, ni la de Jim.

—Moriré pronto, muchachos —dijo Cordice—. ¿Me perdonarán?

—No —dijo Jim. No se deje aba-

tir, Cordice. Perdónese a sí mismo, si puede.

—Cuidado, Andries, recordaré eso —dijo Cordice.

—Me llevaré a Allie a un planeta de la frontera —dijo Jim—. No veremos nunca más un mono pelado como usted.

Leo murmuró una protesta. Viviré para arreglar cuentas con Andries, pensó Cordice. Maldito insolente. Sintió un latido en el tobillo y la piedra le resbaló sobre las costillas. Se movió con cuidado y se sintió mejor. Tarareó entre dientes la canción nativa y eso ayudó también. Cerró los ojos, adormeciéndose. Si vivo, dejaré que me crezca el vello del cuerpo, pensó. Por lo menos el vello del pubis.

Lo despertó la voz de Jim:

—¡Cordice! ¡No se mueva ahora!

Cordice abrió los ojos y vio a su alrededor unas piernas peludas y unas caras bestiales que mostraban los dientes a la luz de las antorchas y rugían una canción, y a Barras Blancas que esgrimía una maza temblorosa y no tenía dedo meñique en la mano derecha. La canción rugió sobre Cordice como un trueno y unas chispas llameantes bajaron a devorarlo. Cordice gimio y se retorció pero el pedrusco no se le cayó del pecho. El grupo continuó su marcha. Más abajo un muchacho gritó y las mazas lo hicieron callar. Y otra vez, y Cordice sintió pena por los muchachos.

—Maldición, eso duele de veras —dijo Jim.

—Esta fue la prueba que no soportó ese chico Arthur, pero él se escapó —dijo Leo—. La señora Cordice lo observó en la pantalla hasta que pude rescatarlo.

—¿Cómo reaccionó? —preguntó Jim.

—Confío en mí, en seguida. Willa dijo que era muy afectuoso y que le enseñaron toda clase de habilidades. Pero nunca habló. Perdía la cabeza cuando trataban de que aprendiese a hablar, me dijo Willa.

Yo también soy afectuoso, y aprendí toda clase de habilidades, pensó Cordice. Allá abajo se habían apagado las antorchas, y los sacerdotes cantaban con los muchachos. Barras Blancas, sentado junto a Cordice, cantaba también, en voz baja. Era una canción nueva, con palabras, que turbaba a Cordice. Oyó luego unas pisadas detrás de su cabeza y Jim habló roncamente.

—Hola, cara emplumada, todavía estamos aquí —dijo Jim—. La señora Cordice lo llamó con un nombre, Krebs, ¿no es así? ¿Quién diablos es usted?

—Roland Krebs. Soy un antropólogo —dijo la voz del demonio emplumado—. Estuve a punto de casarme con Martha, pero empecé a llamarme Rollo justo a tiempo.

—¿Ese individuo? Cordice abrió la boca, y la cerró. Maldita sea. Fingió un desmayo, y trató de no oír.

—No podrán participar de la próxima fase del ritual y es una pérdida muy lamentable —dijo Krebs—. Ahora cada uno de los muchachos está aprendiendo el nombre que reclamará como suyo en la última fase, si sobrevive. Los hombres tienen un lenguaje rudimentario y los muchachos aprendieron hace tiempo las palabras, como loros. Ahora, mientras cantan con los sacerdotes, las palabras se hacen vivas en ellos.
—¿Qué quiere decir? —preguntó Jim.

—Eso exactamente. Las palabras se juntan unas con otras y por primera vez *significan*. Lo que cantan ahora es el mito de la creación robaduriana. —Krebs bajó la voz.— No son ahora como usted, Andries. Asisten directamente con todos sus sentidos a la creación primigenia de un mundo humano.

Jim parecía preocupado.

—¿Una pérdida? Sí... muy lamentable.

—Sí. Durante mucho tiempo las palabras fueron sólo una enfermedad para nuestra especie —dijo Krebs—. Pero las ideas pueden aún tener significado. Escuche esto, por ejemplo: hemos encontrado homínidos en miles de planetas, pero ninguno que hubiera entrado muy profundamente en la etapa de los símbolos. La paleontología prueba que los homínidos nativos han estado detenidos en el umbral del desarrollo de la mente humana durante doscientos millones de años. Pero en

la Tierra la mente que maneja símbolos se desarrolló en unos trescientos mil años.

—¿La mente se desarrolla?— preguntó Jim suavemente.

—El cerebro se desarrolla, así como las aletas se desarrollan en pies—dijo Krebs—. Los homínidos son incapaces de desarrollar un sistema nervioso central adecuado para el uso de símbolos. Pero en la Tierra, y de un modo inmediato, algo provocó un cambio estructural en el sistema nervioso central, mucho más importante que la transformación de un reptil en mamífero.

—Yo soy ingeniero—dijo Jim—. Los zoológicos conocen la causa.

—Los zoológicos supieron siempre que la selección natural no pudo haber sido la causa de un cambio tan rápido—dijo Krebs—. Y lo que hemos aprendido en los planetas homínidos es también una prueba. Si sólo hubiésemos contado con la selección natural, hubiésemos tardado quinientos millones de años. Nuestros padres tomaron un atajo.

—Muy bien—dijo Jim—. Muy bien. Nuestros padres se convirtieron en su propio factor selectivo, con rituales como éste. Eran animales y se cambiaron a sí mismos en hombres. ¿Es eso lo que quiere decirme?

—Quiero que sienta algo de lo que sienten los muchachos ahora—dijo Krebs—. Sí. Nuestros padres inventaron un ritual, como una extensión artificial del instinto. Inventaron un ritual para

detectar y conservar todas las mutaciones orientadas hacia lo humano, eliminando las regresiones animales. Inventaron pruebas donde una conducta normal animal-instintiva significara la muerte y sólo aquellos capaces de apartarse del instinto pudiesen sobrevivir y ser humanos y padres de la nueva generación.—La voz le tembló ligeramente a Krebs—. ¡Piense un poco, Andries! Hermanos animales y humanos, nacidos de la misma madre, y los animales muertos en la pubertad, cuando son incapaces de pasar por ciertas pruebas que sólo las mentes humanas pueden soportar.

—Sí. Nuestro secreto. Nuestro verdadero secreto.—La voz de Jim tembló también.—Caín matando a Abel durante diez mil generaciones. Esa muerte me creó a mí.

Cordice se estremeció y la piel le resbaló en las costillas.

—El pecado de la Sombra de Robadur es la gracia de la Luz de Robadur, y los dos son uno—dijo Krebs—. El Instituto ha elaborado una ciencia del mito, Andries. La Sombra de Robadur es la personalidad de la especie, el instinto personificado. La Luz de Robadur es el potencial humano de estas criaturas. Ata a la Sombra de Robadur con símbolos y lo coerciona con rituales. Lo hace con amor, para transformar a su gente en seres humanos.

—Con amor y miedo y dolor y muerte—dijo Jim.

—Y dolor y muerte. Los que han muerto esta noche son animales. Los que morirán mañana serán humanos fracasados que tienen conciencia de la muerte. Oiga cómo cantan.

—Oigo. Y sé cómo se sienten. Gracias por todo, Krebs—dijo Jim—. ¿Sólo los muchachos?

—Sí—dijo Krebs—. Las muchachas recibirán del padre la mitad de los cromosomas, y todo el afecto de la selección excepto la porción del cromosoma y masculino. Permanecerán sin culpa, encerradas en la Sombra de Robadur. Una diferencia psíquica.

—Ah. Y ustedes la gente del Instituto inicia estos rituales en los planetas homínidos, y hace que se continúen, como alimentando una hoguera ya encendida—dijo Jim lentamente—. El shock cultural es una mentira.

—No es una mentira. Sirve como útil pantalla de humo.

—Ah. Krebs, gracias. Krebs...

—Jim bajó la voz y Cordice aguzó el oído—. ¿Diría usted que en la Luz de Robadur hay un potencial transhumano?

—Espero que llegue a haberlo—dijo Krebs—. Bien, ya conoce usted toda la medida de nuestra traición. Y ahora me voy.

Las pisadas de Krebs se perdieron a lo lejos. Leo habló por primera vez.

—Jim, estoy asustado. Esto no me gusta. ¿Este ritual va a hacernos transhumanos? ¿Qué significa?

—No podemos saberlo. ¿Le pre-

guntarías a un mono qué significa ser humano?—dijo Jim—. Nuestros padres se cambiaron a sí mismos, y luego se detuvieron, aunque no había por qué. Espero que en uno de estos planetas homínidos los humanos se transformen en otra especie.—Se rió.— Esa posibilidad es precisamente el secreto que tenemos que guardar.

—No me gusta. No quiero ser transhumano—dijo Leo—. ¡Señor Cordice! Señor Cordice, ¿qué piensa usted?

Cordice no respondió. No permitiría que ese maldito Andries lo insultara otra vez. Además, no sabía qué pensar.

—Está desmayado o muerto, pobre bastardo, rechoncho y viejo—dijo Jim—. Leo, este ritual te invita a probar tu masculinidad humana, lo mismo que a los muchachos. Nuestra masculinidad no es por ahora sino un accidente de fertilización.

—No me gusta—dijo Leo—. Esa cuestión transhumana. Es... in-moral.

—Faltan todavía cien mil años—dijo Jim—. Pero me gusta. Lo que no me gusta es pensar que la historia de la galaxia asciende para luego detenerse para siempre en el nivel del viejo Wally.

—No es tan malo—dijo Leo—. Espero que esté todavía con vida. Lo estoy, malditos sean, pensó Cordice. Los hombres callaron.

Las voces de los sacerdotes se apagaron al pie de la pendiente

y los muchachos entonaron solos el canto de la creación. Barras Blancas se alejó de Cordice. El cielo palideció sobre el muro rocoso revelando unos planetas brillantes. Cordice se sentía afebrado, somnoliento.

Vio una red de líneas doradas, en abanico. Los nudos crecieron y se convirtieron en peces, lagartos y hombres. Una voz murmuró: Toda vida es un continuum en el tiempo. De hijo a padre, la continua línea del germen retrocede hasta el océano primigenio. Por ti la vida engendró sexo y muerte. Por ti aspiró aire con unos débiles pulmones. Por ti soportó el dolor de la fuerza de gravedad con unos huesos demasiado blandos. Diez mil de tus velludos padres, uno por vez, pasaron por esta prueba de dolor y terror para que fueras un hombre.

¿Por qué?

No sé por qué.

¿Eres un hombre?

¿Qué es un hombre? Soy un hombre por definición. Por derecho natural. Por accidente de fertilización. ¿Qué otra cosa es un hombre?

Dos billones de años te golpean como una marea, Walter Cordice. Los veinte mil puños de tus velludos padres te golpean como llamando a una puerta. Abre el camino, o te harán pedazos.

No sé cómo abrirles. He perdido la clave.

Cordice huyó de sus padres velludos en una niebla de sueño. Pero esos padres preservaban en

él, intactas, las secas ataduras que lo retenían con la tensa fuerza del significado. Sostenían el guijarro que le aplastaba el pecho con el peso de una montaña, el peso del símbolo. Nunca había dejado de saberlo.

El día siguiente amaneció nublado, y al mediodía la sed era el tormento mayor. Cordice oía apenas los chasquidos de los insectos que se le posaban sobre las cóstras de sangre y suero. Pero oía los chapoteos de los sacerdotes que guardaban el agua al pie de la pendiente. Oía también, una y otra vez, los gritos de muerte de los muchachos cuando la sed animal vencía en ellos los lazos precarios y recientes que los unían a los símbolos. Sólo sobrevivían aquellos que recordaban el significado de las ataduras de hierbas, pensó Cordice. ¡Pobres chicos! Para vivir y ser humano había que ser capaz de sufrir y de pecar contra el instinto.

Las voces de Jim y Leo se apagaban y asomaban en los sueños febriles de Cordice. Tenía entumecida la espalda ahora, donde se le clavaba el borde de piedra.

Cuando Barras Blancas lo empujó cuesta abajo con la maza, el cielo rosa del crepúsculo coronaba ya las rocas, sobre la laguna. Cordice bajó cojeando y frotándose las articulaciones y los músculos doloridos que le reclamaban agua. Jim y Leo estaban bien, aparentemente. Cordice no contestó a sus saludos. Moriré,

pero no quiero la piedad de estos malditos, pensó. Se apartó de ellos y fue hacia el grupo de muchachos nativos que esperaba de pie junto al borde rocoso de la laguna. Los labios delgados se retorcerían y las chatas narices se ensanchaban aspirando el olor del agua. Cordice aspiró también el olor. Luego vio a Krebs, aún con la máscara de ramas y hojas, que salía de las filas de los sacerdotes y hablaba con Jim.

—Se los arrojará a todos al agua, Andries. La Sombra de Robadur exige que naden hasta la orilla o mueran ahogados. La Luz de Robadur impedirá que beban, pues si no serán aplastados por las mazas. Las dos fuerzas actuarán a la vez. ¿Entiende?

Jim asintió y Krebs se volvió hacia los sacerdotes. Estos niños no serán capaces, pensó Cordice. Yo tampoco. Sacudió el brazo del muchacho que tenía al lado y miró aquellos ojos castaños y temerosos. *No bebas*, trató de decir, pero tenía la garganta demasiado seca. Sonrió y asintió con un movimiento de cabeza y se apretó los labios con los dedos. El muchacho sonrió y se apretó también los labios. En seguida todos los muchachos estaban haciendo lo mismo. Cordice se sintió invadido por un raro sentimiento. Era algo que se parecía al amor. Como si todos aquellos muchachos fueran sus hijos.

Luego la humedad le enfrió el cuerpo y le golpeó la cara. Nadó torpemente, y se mordió la len-

gua para no tragar agua. Barras Blancas lo esperaba otra vez en la orilla, y Cordice oyó detrás los gritos terribles y los mazazos. Sintió que las lágrimas le quemaban los ojos.

Luego se encontró otra vez cojeando y tropezando en la cañada oscura. En los lugares abruptos los jóvenes nativos lo ayudaban tomándolo por los brazos. Atravesaron un telón de sauces y vio un fuego que ardía cerca del pozo cercado de matorrales. Las tres mujeres estaban todavía allí. Parecía que estaban bien. Cordice fue con los muchachos hacia el pozo.

—¡Wally! ¡No permitas que te hagan daño! —gritó Martha.

—¡Cállate! —aulló Cordice.

El aullido le desgarró la garganta reseca.

Los muchachos de espaldas al pozo bailaron en círculo. Los sacerdotes bailaron también, en un círculo más amplio, de cara al pozo. El espacio anular entre los círculos era de unos tres metros. De pronto los sacerdotes gritaron y extendieron los brazos. Cordice estaba muy cansado. Le dolía la cabeza y sentía un bulto en la espalda. Barras Blancas gritaba y lo señalaba con la mano cuando pasaba frente a él. Cordice veía a Martha cada vez que el círculo lo llevaba al área del fuego. Un sacerdote dio un salto y arrastró al muchacho que estaba junto a Cordice hacia el espacio que separaba los anillos. Cordice siguió bailando, pero oyó los gritos y la

maza que golpeaba. Cuando dio otra vuelta vio que los sacerdotes arrojaban un cuerpo inerte entre los bailarines, dentro del pozo.

Los sacerdotes tomaron a otros muchachos y los obligaron a arrodillarse y les hicieron algo. Si los muchachos no lo soportaban, se los mataba en seguida. Y si lo soportaban, los sacerdotes los arrojaban al pozo. Tengo que soportarlo, pensó Cordice. Si no, me matarán. En ese momento, Barras Blancas aulló y saltó y cayó sobre él.

Lo pusieron de rodillas.

Le extendieron la mano derecha sobre una piedra chata.

Le apartaron el dedo meñique.

¡Se lo cortarían con un hacha de piedra! ¡No podría soportarlo!

Cordice estalló en un grito de dolor. Todo lo que había aguantado, lo que había contenido asomó entonces como una fuerza que se rebelaba. En ese momento los antepasados velludos se acercaron y lo tranquilizaron. Cordice no se movió. Barras Blancas le masajeó los tendones, y cuando al fin el dedo se soltó y le quemaron el muñón con un tizón rojo, los sacerdotes arrojaron a Cordice al pozo.

Sintió que otros cuerpos caían junto a él, y que los padres velludos no estaban muy lejos. Lo rodeaban sonriendo y murmurando: *Eres un hombre. Has abierto el camino.* Cordice se sentía bien, seguro de sí mismo, en paz y fuerte, como nunca se había sentido antes. Quería conservar esas

sensaciones y trató de no prestar atención a la voz de Jim que lo llamaba. Pero al fin abrió los ojos y se puso de pie. Leo y Jim lo miraban sonriendo.

—Yo sabía que aguantaría, y estoy contento —dijo Jim.

Cordice tenía aún aquellas sensaciones. Sonrió mostrando los dientes y estrechó las manos ensangrentadas de sus amigos. Alrededor del pozo, sobre sus cabezas, las llamas enrojecieron los matorrales.

Del otro lado del fuego los sacerdotes se pusieron a cantar, y Cordice vio que bailaban dando saltos. Los muchachos nativos todavía con vida emergieron entre los cuerpos muertos y se pusieron de pie. Cordice contó catorce. El humo cubría la boca del pozo y el aire era denso y sofocante. Hacía mucho calor, y todos tosieron y fueron de un lado a otro dando vueltas.

Afuera cesó el canto y alguien gritó una palabra. Un muchacho nativo alzó los brazos y caminó a lo largo del borde del pozo. Se acercó al fuego y retrocedió.

—Lo llamaron por su nombre —dijo Jim—. Ahora tiene que atravesar el fuego. Ahora tiene que atravesar la prohibición más sagrada de la Sombra de Robadur.

Otra vez el grito. El muchacho dio un paso adelante, dos veces, y retrocedió, dos veces. Entornó los ojos y miró a Cordice sin verlo, con una expresión de terror animal.

Leo lloraba.

—No pueden ver desde arriba. Empujémoslo —dijo.

—No —dijo Cordice.

Sentía una Presencia sobre el pozo. Era una Presencia ansiosa y triste. Era familiar y extraña y expectante y justa. Los antepasados velludos no eran parte de la Presencia, pero le dieron la bienvenida y le hablaron con la voz de Cordice.

—Robadur, Robadur, dale fuerza para pasar —rogó Cordice.

Un tercer llamado. El muchacho saltó y pasó a través del fuego. Una inmensa alegría, que parecía iluminar el mundo, giró y tronó en la Presencia.

—Jim, ¿lo sientes? —preguntó Cordice.

Jim lloraba.

—Lo siento —dijo.

El muchacho siguiente trató de saltar y cayó hacia atrás. Escuchó el tercer grito rigidamente, en silencio. Era un silencio terrible. El muchacho tenía el pelo chamuscado y la cara ennegrecida y abría la boca mostrando unos dientes fuertes y blancos. Miraba fijamente con unos ojos muy tristes que ya no eran humanos.

—Hay que ayudarlo —dijo Leo.

Jim y Cordice sujetaron a Leo. El muchacho cayó de pronto, y se abrió paso en cuatro patas entre los muchachos muertos que tampoco tenían nombre. La Presencia difundió una inmensa pena envolvente. Cordice sollozó.

Los otros muchachos pasaron, uno tras otro, abriendo con los

pies una hendidura en el muro de fuego. Luego la voz llamó: *¡Walter Cordice!*

Cordice saltó y pasó por la hendidura oscura y el fuego estaba casi apagado y fue fácil.

Buscó en seguida a Martha. Martha había perdido toda su brillante dureza y su enfurruñamiento y tenía ahora la cara espectral. Una cara que resplandecía tan suavemente como la de la pequeña Allie Andries, que aún esperaba a Jim. Cordice llevó a Martha a las sombras y allí se quedaron un rato, abrazados, sin hablar. Miraron cómo los otros salían y cómo luego los sacerdotes empujaban con unas varas largas el muro flameante y lo metían en el pozo. Miraron cómo el fuego moría, y no hablaron aún, y las figuras danzantes se fueron y Cordice sintió que la Presencia se iba también, insensiblemente. Pero algo quedaba.

—Te quiero, Martha —dijo.

Los dos supieron que él podía decir ahora esas palabras y tener también una mujer.

Luego pasó otro largo rato, y cuando Cordice alzó de nuevo los ojos, la máquina voladora estaba allí. Willa y Allie esperaban junto a la máquina, a la pálida luz del fuego.

Krebs se acercó.

—Venga, Cordice. Le vendará esa mano —dijo.

—Esperaré junto al fuego, Walter —dijo Martha.

Cordice fue con Krebs hacia los bosques. Sentía que la fuerza

nerviosa que lo mantenía en pie estaba dejándolo, y que se le doblaban las piernas. Le dolía el cuerpo y estaba sediento, pero aun así se sentía bien. Llegaron a una choza de ramas donde brillaba una luz. Leo y Jim estaban ya adentro, vestidos, junto a una mesa tosca y una cómoda. La venda plástica alivió casi en seguida las heridas y ampollas de Cordice. Se vistió y bebió unos sorbos de la copa de agua que le tendió Jim.

—Bueno, hombres... —dijo. Todos se rieron.

Krebs estaba sacándose las ramas y plumas de la máscara. Tenía el mismo rostro prognato de los sacerdotes robadurianos. No era un rostro feo.

—Cordice, ya sabe usted que pueden regenerarle ese dedo, en

la Tierra —dijo, peinándose la barba con tres dedos—. La terapéutica biológica hace hoy maravillas.

—No me importa —dijo Cordice—. ¿Cuándo juramos? Yo puedo jurar ahora.

—No es necesario —dijo Krebs—. Usted ya es parte de Robadur. Guardará el secreto.

—Yo lo hubiera guardado de cualquier modo —dijo Jim.

Krebs asintió con un movimiento de cabeza.

—Sí. Usted fue siempre un hombre.

Se dieron la mano y se despidieron. Cordice fue adelante, hacia la máquina voladora. Caminaba apoyando con fuerza el talón izquierdo para sentir el dolor, diciéndose que no era poca cosa ser hombre. ♦

Título original: Mine own ways. Traducción de G. Lemos

La política - ficción

Un notable debate sobre temas de política-ficción puede leerse en Planeta 2. Ray Bradbury, Isaac Asimov, Theodore Sturgeon, Poul Anderson, Howard Fast, Algis Budrys, Frederik Pohl, Arthur C. Clarke y otros escritores del género discuten los problemas de la guerra y la paz, la "hiperdemocracia", las nuevas armas, y la actualidad y significado de la ciencia-ficción.

En estos días de tensiones nerviosas, engramas, complejos et altera no es raro que aparezca de pronto una nueva y patética psicosis.

NARAPOIA

Alan Nelson

—NO SÉ REALMENTE CÓMO EXPLICÁRSELO, doctor —empezó a decir el joven McFarlane. Se pasó la mano por los sedosos cabellos negros, que brillaban con un disco de fonógrafo, y parpadeó mirando al médico con unos azules ojos de bebé.— Parece ser lo contrario de un complejo de persecución.

El doctor Manly J. Departure era un hombre bajo y severo que tenía como norma no mostrarse nunca sorprendido.

—¿Lo contrario de un complejo de persecución? —dijo, permitiéndose elevar una ceja—. ¿Qué quiere decir exactamente, señor McFarlane?

McFarlane se acomodó plácidamente en el sillón, con las manos cruzadas, las mejillas rosadas y brillantes: una verdadera imagen de la salud y la tranquilidad.

—Bueno, tengo siempre la impresión de que sigo a alguien.

El doctor Departure se movió incómodo en su asiento.

—De que alguien lo sigue a usted, querrá decir —corrigió.

—No, no, de ningún modo. Ocurre simplemente que ando por la calle y tengo de pronto esta impresión de que alguien marcha delante de mí, alguien a quien yo sigo. A veces hasta corro para alcanzarlo. Por supuesto, no hay nadie. Es muy molesto. Terriblemente molesto. Y no me gusta nada correr.

El doctor Departure jugueteó con su lápiz.

—Ajá. ¿Algún otro síntoma?

—Bueno, sí. Pienso también que la gente... la gente... Bueno, es algo realmente estúpido.

—No se preocupe —ronroneó el doctor Departure—. Hable sin ningún temor.

—Bueno, tengo la rara impresión de que la gente trata de hacerme bien. Que quiere ser buena y amable conmigo. No sé exactamente quiénes son, o por qué quieren favorecernos, pero... Todo es muy fantástico, ¿no?

Había sido un duro día de trabajo para el doctor Departure. De algún modo no se sentía con fuerzas para oír la descripción de

otros síntomas. Se pasó el resto de la hora anotando la historia de su cliente: McFarlane, 32 años; matrimonio feliz; infancia sana y normal; trabajo satisfactorio, reparación de radios; ningún mal físico; no había habido conflictos entre los padres; no tenía preocupaciones de dinero. Nada, en una palabra.

Sonriendo, acompañó a McFarlane hasta la puerta.

—¿El martes a las diez?

A las diez menos diez del martes, el doctor Departure consultó su libro de citas y frunció el ceño. Bueno, quizá no apareciese. Había ocurrido muy a menudo, y ojalá ocurriera esta vez. ¡Lo contrario de un complejo de persecución! ¡Psicosis de beneficencial! ¡Qué idea! El hombre tenía que ser... Se detuvo a tiempo. Iba a decir "loco" En ese momento llamaron a la puerta. McFarlane entró sonriendo y le estrechó la mano.

—Bien, bien —dijo el médico con una cordialidad un poco tiesa—. ¿Qué hay de nuevo?

—Me parece que estoy peor —dijo McFarlane, radiante—. Hablo de esa impresión de seguir a alguien. Sí, señor. ¡Ayer caminé diez kilómetros!

El doctor Departure puso las manos en los brazos del sillón, del otro lado del escritorio.

—Bien, qué le parece si me dice algo más. Todo. Lo que se le oculta.

McFarlane frunció el ceño.

—¿Lo que se me ocurra? ¿Cómo, doctor?

—Hable simplemente. De cualquier cosa. Lo que le pase por la cabeza.

—No entiendo muy bien, doctor. ¿No me podría dar un ejemplo?

El médico se permitió una risita.

—Por supuesto, es muy simple... En este preciso momento estoy pensando en un día de mi infancia, cuando robé un dinero del bolso de mi madre... y pienso ahora en mi mujer, y me pregunto qué podría regalarle para el aniversario de bodas... —El doctor alzó los ojos, animado.— ¿Entiende? Cosas así.

—¿Cosas así? No me doy cuenta del todo. —Pero McFarlane no parecía estupefacto, sino ansioso.— ¿No me podría dar otro par de ejemplos? Son muy interesantes.

El doctor se puso a describir imágenes inconexas, en parte olvidadas. McFarlane se recostó en el sillón, curiosamente satisfecho.

Al fin de la hora, el doctor Departure, completamente agotado, con el cuello de la camisa abierto y la corbata suelta, decía roncamente:

... y bueno, mi mujer... hace conmigo lo que quiere... bizco que un poco, y siempre me he sentido un poco molesto...

Se interrumpió de mala gana, se frotó los ojos, y miró el reloj.

En seguida oyó que McFarlane decía:

—Me siento mucho mejor. ¿El martes a las diez?

El martes siguiente a las diez el doctor Departure se puso firme. Las tonterías de la otra sesión no se repetirán más, se dijo. Pero no tenía por qué sentirse inquieto. McFarlane entró en silencio, con aire preocupado. Traía una enorme caja de cartón que puso cuidadosamente en el piso antes de sentarse en el sillón de cuero. El médico lo sondeó con unas pocas preguntas preliminares.

—Temo haber comenzado a sufrir de alucinaciones, doctor —dijo al fin McFarlane.

El doctor Departure se frotó mentalmente las manos. Estaban otra vez en terreno conocido. Se sintió más cómodo.

—¡Ah, alucinaciones!

—Sí, aunque no son realmente alucinaciones, doctor. Yo diría que son lo contrario de una alucinación.

El doctor Departure se quedó mirando un rato a McFarlane. Dejó de sonreír.

—Anoche, por ejemplo, doctor —continuó McFarlane—. Tuve una pesadilla. Soñé que un pajaraco se había posado en el aparato de radio de ondas cortas esperando a que yo despertara. Era horrible, con un cuerpo bulboso y un pico vuelto hacia arriba, y bolsas bajo los ojos inyectados de sangre. Y orejas, doctor. ¡Orejas! ¿Ha oído hablar de un pájaro con orejas? Orejas menudas,

caídas, como de perro de aguas. Bueno, me desperté, con el corazón en la boca, ¿y qué cree usted que vi? Había realmente un pajaraco orejudo posado en mi aparato de radio.

El doctor Departure se animó otra vez. Un caso tradicional, casi clásico, de confusión de lo irreal con lo real.

—¿Un pájaro real en el aparato de onda corta? —preguntó suavemente—. ¿Con ojos inyectados de sangre?

—Sí —respondió McFarlane—. Sé que parece tonto. Es difícil de creer.

—De ningún modo. De ningún modo. Ese tipo de aberración visual es un fenómeno bastante común. —El médico mostró una sonrisa tranquilizadora.— Nada que...

McFarlane lo interrumpió agachándose y poniendo la caja de cartón sobre el escritorio.

—Usted no entiende, doctor —dijo—. Abra la caja, Adelante.

El doctor miró a McFarlane un momento, y luego volvió los ojos hacia la caja agujereada, de color castaño. Desconcertado, cortó al fin el cordel y apartó las alas de la tapa. Se inclinó, miró... y se quedó sin aliento. Unos ojos sanguinolentos y bolsudos lo miraban ferocemente. El pájaro tenía un par de orejas caídas. Era un pico vuelto hacia arriba. Era un animal obscuro.

—Se llama Lafayette —dijo McFarlane, mientras echaba dentro de la caja unos mendrugos

que fueron rápidamente devorados con un cloqueo repulsivo—. Pasado el primer momento, uno le toma cariño, ¿no le parece?

Cuando McFarlane se fue con su alucinación, el médico se quedó un rato meditando. Se sentía un poco aturdido, como si acabara de salir del Túnel de Horrores de alguna feria.

Quizá, se dijo, he tropezado con una psicosis desconocida. Hoy pasan tantas cosas raras en el mundo. Se imaginó presentando una monografía en el Congreso de Psiquiatría: *La aparición de una psicosis*. Este nuevo desorden parecía tener síntomas opuestos a los de la paranoia; lo llamaria naraipoia. Pero no había por qué renunciar a la esperanza de que algunos de sus colegas insistiesen en darle el nombre de su descubridor: departureomanía. Sería famoso. Lo compararían con Freud.

De pronto se estremeció. ¿Y si este McFarlane era un impostor, un simulador? Cielos, tenía que investigar.

Llamó rápidamente a su secretaria, la señorita Armstrong, y le dijo que cancelara todas las citas por el resto del día. Se puso el sombrero, y salió precipitadamente.

Tres días más tarde, la señora Departure llamó por teléfono al consultorio.

—No, no está aquí —le dijo la señorita Armstrong—. En realidad en estos últimos tres días no

ha venido más que a retirar la correspondencia.

—No entiendo. —La voz exasperada de la señora Departure chilló en el receptor.— Se pasa la mitad de la noche fuera de casa. Regresa agotado. ¿No sabe usted qué andará escribiendo en esa libretita?

—Francamente, señora, estoy un poco preocupada —dijo la señorita Armstrong—. Está tan irritable. Parece como si estuviese corriendo detrás de alguien.

—No tiene usted muy buen aspecto, doctor —dijo McFarlane en la sesión del martes siguiente.

Era la primera vez que el médico se sentaba al escritorio desde hacía varios días. Le dolían las piernas y se le habían ampollado los pies. Se sacó disimuladamente los zapatos detrás del escritorio.

—No se preocupe por mí —dijo bruscamente—. ¿Cómo está usted? Le temblaban los dedos. Estaba mucho más delgado, y tenía una cara pálida y consumida.

—Me parece que estoy mejor —anunció McFarlane—. Ultimamente tengo la impresión de que alguien me sigue a mí.

—¡Tonterías! —exclamó irritado el doctor Departure—. Son imaginaciones tuyas.

Entornó los ojos y observó a McFarlane. Si por lo menos pudiera saber que este hombre no estaba simulando. Nada parecía indicar otra cosa. Al fin y al cabo la conducta de McFarlane en la calle parecía enteramente genui-

na. McFarlane alzaba de pronto la cabeza, apresuraba el paso, y allá iba. Bueno, tendré que observarlo un poco más, se dijo el médico. Cerró un momento los ojos, recapitulando las actividades de la semana: sus interminables caminatas por la ciudad, durante las que casi había perdido a McFarlane una docena de veces; las larguísimas esperas en las puertas de los bares y restaurantes. Tengo que seguir hasta tener todos los datos, pensó. Pero estaba un poco preocupado por los kilos que había perdido, y ese campanilleo que sentía en la cabeza desde hacía un tiempo...

Al cabo de la hora McFarlane salió en puntillas del consultorio. El doctor Departure roncaba ruidosamente.

Cuando McFarlane se presentó para la sesión siguiente, se encontró en la puerta con la señorita Armstrong.

—El doctor no está —le informó la mujer—. Y no volverá hasta dentro de tres meses, un año quizá.

—Oh —dijo McFarlane—. Parecía realmente agotado. ¿Dónde pasará esas vacaciones?

—Bueno, descansará en una casa de reposo.

McFarlane se quedó mirando el aire un momento, con una rara expresión de perplejidad. Al fin le sonrió a la secretaria.

—Qué sensación extraña —dijo—. De pronto me sentí completamente curado. En el momento en que usted me hablaba del doctor Departure.

Los médicos del sanatorio estaban realmente ocupados con el doctor Departure.

—Díganos todo. Lo que se le pase por la cabeza —le pidieron.

—Tengo que seguirlo, ya lo expliqué. No puedo perderlo de vista. Ni por un instante. Tiene un pájaro con ojos bolsudos y orejas caídas.

Los doctores se hablaban en voz baja, sacudiendo científicamente las cabezas.

—Muy interesante. Todo muy interesante.

—Algo totalmente nuevo.

—Parece un complejo de persecución, ¿no es cierto? Sólo que al revés.

—Tiene la ilusión de que sigue a alguien. Asombroso, ¿no es cierto?

—Asistimos sin duda a la aparición de una nueva psicosis. Sugiero que lo observemos muy de cerca.

Y uno de los médicos hasta llegó a proponer que dejaran que el doctor Departure caminase libremente por la ciudad, vigilado de cerca, naturalmente, por miembros escogidos del cuerpo médico, que anotarían cuidadosamente todas sus idas y venidas... ♦

¿Hay vida en el universo? Por supuesto, responde aquí lúcidamente Isaac Asimov, ya que el universo se expande.

LA OSCURIDAD DE LA NOCHE

Isaac Asimov

LA HISTORIA DE LA OSCURIDAD DE la noche comenzó con las investigaciones de un físico alemán, Heinrich Wilhelm Matthias Olbers, nacido en 1758. Olbers era aficionado a la astronomía, y en su edad madura sufrió un peculiar desengaño.

A fines del siglo XVIII los astrónomos empezaron a sospechar, muy razonablemente, que entre las órbitas de Marte y de Júpiter había seguramente algún planeta. Un equipo de astrónomos alemanes, de los que Olbers era uno de los más importantes, decidieron dividirse la eclíptica, e investigar cada uno por separado una parte, en busca del planeta.

LA PARADOJA DE OLBERS

Olbers y sus amigos eran investigadores tan sistemáticos y cabales que tenían derecho, realmente, a haber descubierto el planeta, y a obtener el aplauso del mundo. Pero la vida encierra muchas sorpresas, se dice. Discutían aún los detalles de la futura in-

vestigación cuando un astrónomo italiano, Giuseppe Piazzi, que no buscaba ningún planeta, descubrió en la noche del 1º de enero de 1801 un punto de luz que había cambiado de posición en el cielo estrellado. Lo siguió durante un cierto tiempo, y descubrió que continuaba desplazándose con un movimiento uniforme. Se movía menos rápidamente que Marte y más rápidamente que Júpiter, de modo que podía asegurarse que era un planeta de órbita intermedia. Así informó al mundo, y fue el casual Piazzi y no el cuidadoso Olbers quien recibió el espaldarazo en los libros.

Sin embargo, Olbers no perdió enteramente la partida. Parece que al cabo de un tiempo Piazzi cayó enfermo y no pudo continuar sus observaciones. Cuando volvió a su telescopio, el planeta estaba demasiado cerca del Sol, y ya no se lo veía.

Piazzi no había hecho bastantes observaciones como para calcular una órbita, lo que era lamentable. El lento planeta tardaría me-

ses en aparecer del otro lado del Sol, y como no se conocía la órbita quizá pasasen años antes que se lo descubriera otra vez.

Afortunadamente, un joven matemático alemán, Karl Friedrich Gauss estaba ya ascendiendo en el firmamento matemático. Había concebido algo que se llamaba "el método de los cuadrados mínimos", y que permitía calcular una órbita a partir de no más de tres posiciones planetarias.

Gauss calculó la órbita del nuevo planeta de Piazzi, y cuando el cuerpo celeste entró de nuevo en un área observable, allí estaba Olbers y su telescopio vigilando el sitio indicado. Gauss tenía razón, y el 1º de enero de 1802, Olbers encontró el planeta.

El nuevo planeta, Ceres, era sin duda bastante peculiar, de unos 800 kilómetros de diámetro. Era mucho más pequeño que todos los planetas conocidos, y más pequeño también que por lo menos seis de los satélites conocidos.

¿No había más cuerpos que Ceres entre Marte y Júpiter? Los astrónomos alemanes siguieron buscando (hubiese sido una lástima no aprovechar todo aquel trabajo previo) y pronto se descubrieron tres nuevos planetas. Dos, Pallas y Vesta, fueron descubiertos por Olbers.

Pero, por supuesto, la gloria no es para los que ocupan el segundo lugar. No recibió otro premio que el nombre de un planetoteide. El planetoteide milésimo entre Júpiter y Marte fue llamado Piazzi,

el milésimo primero Gaussia, y el milésimo segundo Olberia.

Olbers no tuvo mayor suerte con otras observaciones. Se especializó en cometas y descubrió cinco, pero esto está al alcance de cualquiera, prácticamente. Hay un cometa denominado cometa Olbers, pero la distinción no es muy importante.

¿Nos olvidaremos, pues, de Olbers? De ningún modo.

Es difícil saber por qué puerta se va a entrar en los anales de la ciencia. A veces la clave es una ensoñación interesante. En 1826 Olbers se permitió unas ociosas especulaciones acerca del color de la noche y sacó unas conclusiones aparentemente ridículas.

Pero esta especulación llegó a conocerse como la paradoja de Olbers, y un siglo más tarde alcanzó una profunda significación. En verdad, podemos empezar con la paradoja de Olbers y llegar a la conclusión de que hay vida en todo el universo sólo porque las galaxias distantes están alejándose de nosotros.

150 MIL SOLES EN LA NOCHE

Cuando en los viejos tiempos se le preguntaba a un astrónomo por qué el cielo nocturno era negro, el hombre hubiera respondido, muy razonablemente: porque falta la luz del sol. Si alguien hubiese querido saber entonces por qué las estrellas no iluminaban como el sol, el astrónomo habría contestado, también razo-

nablemente, que el número de estrellas era limitado y que difundían una luz débil. En efecto, si juntásemos todas las estrellas visibles darían una luz igual a la mitad de la mil millonésima parte de la luz del sol. La influencia de las estrellas en la oscuridad de la noche es, pues, insignificante.

En el siglo XIX, sin embargo, este argumento había perdido su fuerza. El número de estrellas es enorme. Los grandes telescopios revelan innumerables millones.

Por supuesto, se puede argumentar que estos innumerables millones de estrellas no tienen importancia ya que no son visibles al ojo humano y no contribuyen por lo tanto a iluminar el cielo nocturno. Este argumento tampoco es válido. Las estrellas de la Vía Láctea son, individualmente, demasiado débiles para que se las distinga a simple vista, pero en su totalidad forman un cinturón luminoso que cruza el cielo. La galaxia de Andrómeda está mucho más alejada que las estrellas de la Vía Láctea, y sus distintas estrellas no son individualmente visibles excepto (y apenas) a través de un gran telescopio. Sin embargo, el ojo humano alcanza a distinguir la galaxia de Andrómeda como conjunto. Esta galaxia es en verdad el más lejano objeto visible que pueda distinguir el hombre sin aparatos auxiliares, de tal modo que podría decirse que el ojo humano ve a una distancia de 2 millones de años luz.

Brevemente, las estrellas lejanas —y no importa a qué distancia se encuentren ni qué débiles sean separadamente— tienen que iluminar de algún modo el cielo nocturno, y esta luz tiene que ser visible aun sin el auxilio de instrumentos de detección, si el número de estos astros distantes es suficientemente grande.

Olbers, que conocía la existencia de la galaxia de Andrómeda, pero que había estudiado la Vía Láctea, se preguntó de pronto cuánta luz difundían realmente las estrellas lejanas, y partió de tres presunciones:

1. El universo es infinito en extensión.

2. Las estrellas son infinitas en número y se extienden por todo el universo.

3. Las estrellas tienen un brillo uniforme en todo el espacio.

Imaginemos ahora el espacio dividido en capas, como las de una cebolla, con la Tierra como centro. Estas capas serán comparativamente delgadas en relación con la vastedad del espacio, pero suficientemente grandes como para contener estrellas, y recuérdese que la cantidad de luz que nos llega de cada estrella individual de luminosidad semejante varía inversamente con el cuadrado de la distancia que separa a esa estrella de la Tierra. En otras palabras, si la estrella A y la estrella B son igualmente brillantes, pero la estrella A está tres veces más lejos que la estrella B, A difundirá sólo $1/9$ de la luz de B. Si la es-

trella A estuviese cinco veces más lejos que B, difundiría entonces $1/25$ de la luz de B, y así sucesivamente.

La luz de la estrella media, de la capa situada a una distancia de 2.000 años luz, tendría pues $1/4$ del brillo de la estrella media perteneciente a la capa que se encuentra a 1.000 años luz. (La presunción tres se refiere por supuesto al brillo intrínseco de la estrella media, que es el mismo en las dos capas, de modo que no necesitamos aquí considerar otro factor que la distancia.) A su vez, la estrella media de la capa situada a 3.000 años luz tendrá un brillo aparente igual a $1/9$ de la estrella de la capa de los 1.000 años luz, y así sucesivamente.

Pero a medida que nos alejamos del centro, cada capa es más extensa que la anterior. Y como cada capa es bastante delgada como para que se la considere —sin error apreciable— la superficie esférica que encierra a todas las otras capas, es evidente que la extensión de las capas aumenta en relación con la superficie de las esferas, es decir en relación con el cuadrado del radio. La capa de los 2.000 años luz será cuatro veces más extensa que la capa de los 1.000 años luz. La capa de los 3.000 años luz tendrá por su parte una extensión nueve veces superior a la de la capa de los 1.000 años, y así sucesivamente.

Si consideramos ahora que las estrellas están distribuidas uniformemente por el espacio (presun-

ción 2) el número de estrellas de una capa cualquiera será entonces proporcional a la extensión de la capa. Si la capa situada a 2.000 años luz es cuatro veces más extensa que la capa de los 1.000 años luz, contendrá también un número de estrellas cuatro veces superior. Si la capa de los 3.000 años luz es nueve veces más extensa que la de los 1.000 años luz contendrá también nueve veces más estrellas, y así sucesivamente.

Pues bien, si la capa de los 2.000 años luz contiene un número cuatro veces superior de estrellas al de la capa de los 1.000 años luz, y si cada estrella de la primera capa tiene un brillo (medio) cuatro veces menor que el de cada estrella de la segunda, la luz total difundida por la capa de los 2.000 años luz será igual a 4 veces $1/4$ la luz de la capa de los 1.000 años luz. De otro modo, la capa situada a 2.000 años luz difundirá tanta luz como la capa situada a 1.000 años luz. El brillo total de la capa de los 3.000 años luz será por su parte igual a 9 veces $1/9$ la de los 1.000 años luz, y el brillo de las dos capas será también igual en este caso.

Resumiendo, si dividimos el universo en capas sucesivas, cada una de las capas difundirá, *in toto*, tanta luz como cualquiera de las otras. Y si el universo es infinito en extensión (presunción 1) y tiene por lo tanto un número infinito de capas, las estrellas del universo, por más débiles que sean, individualmente, debieran

difundir una infinita cantidad de luz sobre la Tierra.

Aunque, por supuesto, la luz de las estrellas más cercanas bloquearía la luz de las más lejanas.

Tengamos esto en cuenta y examinemos el problema de otro modo. No importa en qué dirección uno mire, el ojo encontrará eventualmente una estrella, si es cierto que el número de estrellas es infinito y que están distribuidas regularmente por el espacio (presunción 2). La estrella puede ser individualmente invisible, pero contribuirá con su porción de luz, la que se difundirá inmediatamente en todas direcciones con otras porciones de luz.

El cielo de la noche no debería ser, pues, negro, de ningún modo, sino un absoluto resplandor de luz estelar. Y el día mismo debería ser también un absoluto resplandor de luz estelar, con un sol invisible, perdido en ese fondo luminoso.

Un cielo semejante sería tan brillante como 150 mil soles, y es indudable que entonces no habría posibilidad de vida terrestre.

Sin embargo, el cielo no es tan brillante como 150.000 soles. El cielo nocturno es negro. En la paradoja de Olbers ha de haber pues alguna circunstancia atenuante o algún error de lógica.

LA GALAXIA DE HERSCHEL

Olbers mismo pensó que había descubierto el error. Sugirió que el espacio no era realmente trans-

parente, que unas nubes de polvo y gas absorbían la mayor parte de la luz estelar, permitiendo que sólo una fracción insignificante llegase a la Tierra.

Esto parece adecuado, pero no lo es. Hay realmente nubes de polvo en el espacio, pero si absorbieran toda la luz estelar que cae sobre ellas (de acuerdo con los razonamientos de la paradoja de Olbers) aumentarían de temperatura hasta llegar a ser luminosas. Al fin emitirían tanta luz como la que hubiesen absorbido, y la luz de las estrellas iluminaría todo el cielo terrestre.

Pero si no hay falla en la lógica del argumento, y la conclusión es sin embargo errónea, será necesario que examinemos las presunciones. La segunda presunción, por ejemplo. ¿Son en verdad las estrellas infinitas en número y están distribuidas regularmente por el universo?

Aun en la época de Olbers había razones para creer que esta presunción era falsa. El astrónomo alemán-inglés William Herschel estudió estrellas de diferente magnitud y opinó que, en general, las estrellas más débiles estaban más lejos que las más brillantes (lo que coincide con la presunción 3) descubriendo además que la densidad de las estrellas decrece con la distancia.

De los valores de esta disminución progresiva de la densidad, en distintas direcciones, Herschel concluyó que las estrellas se agrupan en formas parecidas a lentes.

El diámetro mayor, decidió, era 150 veces la distancia del Sol a Arturo (o 5.000 años luz, como diríamos ahora) y que la totalidad del grupo comprendería unos 100 millones de estrellas.

Esto pareció terminar con la paradoja de Olbers. Si el conglomerado en forma de lente (ahora llamado la galaxia) contiene realmente todas las estrellas que existen, entonces la presunción es falsa. Aunque imaginásemos que el espacio exterior a la galaxia fuese infinito en extensión (presunción 1) no contendría estrellas y no contribuiría con ninguna luz. En consecuencia habría un número finito de capas con estrellas y la Tierra recibiría una finita (y no muy grande) cantidad de luz. Se explicaría así que el cielo de la noche sea negro.

El presunto tamaño de la galaxia ha aumentado desde los días de Herschel. Hoy se le atribuye un diámetro de 100 mil años luz, no 6.000, con 150.000 millones de estrellas, no 100 millones. El cambio sin embargo, no es esencial. No suprime la oscuridad de la noche.

HACIA LOS LÍMITES DE LA LUZ

En el siglo xx la paradoja de Olbers resucitó otra vez, al descubrirse que había realmente estrellas fuera de la galaxia.

Durante todo el siglo xix se había creído que el borroso resplandor de Andrómeda era una neblina luminosa que pertenecía

a nuestra propia galaxia. Sin embargo, en otras áreas neblinosas (como la nebulosa de Orión, por ejemplo) había estrellas que iluminaban la niebla. El área de Andrómeda, además, parecía brillar con luz propia, sin estrellas.

Algunos astrónomos empezaron a sospechar la verdad, pero el problema no se resolvió realmente hasta 1924 cuando el astrónomo norteamericano Edwin Powell Hubble volvió el telescopio de 100 pulgadas hacia la niebla brillante y llegó a distinguir unas estrellas aisladas en los bordes. Estas estrellas eran de luz tan débil que fue evidente desde un principio que el área tenía que encontrarse a una distancia de centenares de miles de años luz de la Tierra y muy lejos de los límites de la galaxia. Además, para ser visible desde tan lejos, Andrómeda tenía que ser tan vasta como nuestra propia galaxia, tenía que ser otra galaxia.

Y así es. Se opina hoy que Andrómeda se encuentra a 2 millones de años luz de nosotros y que comprende por lo menos 200.000 millones de estrellas. Se han descubierto otras galaxias a distancias todavía mayores, y se cree actualmente que en los límites del universo observable hay por lo menos 100.000 millones de galaxias, encontrándose algunas de ellas a una distancia aproximada de 6.000 millones de años luz.

Volvamos ahora a las tres presunciones de Olbers sustituyendo "estrellas" por "galaxias".

La presunción 1, que el universo es infinito, parece correcta. Por lo menos no hay signos de un fin ni siquiera a distancias de miles de millones de años luz.

La presunción 2, que las galaxias (no las estrellas) son infinitas en número y se encuentran distribuidas regularmente por todo el universo parece correcta también. Por lo menos están distribuidas regularmente, hasta donde alcanzamos a ver, y alcanzamos a ver bastante lejos.

La presunción 3, que las galaxias (no las estrellas) tienen un brillo medio uniforme es difícil de sostener. Sin embargo, no tenemos razones para sospechar que las galaxias distantes sean más grandes o más pequeñas que las cercanas, y si las galaxias son de un tamaño uniforme, y contienen un número aproximadamente semejante de estrellas, parece también razonable suponer que son uniformemente brillantes.

Bien, ¿por qué entonces es negro el cielo nocturno?

Probemos otro camino. Los astrónomos pueden determinar fácilmente si un objeto luminoso distante está alejándose de nosotros o acercándose a nosotros estudiando el espectro del objeto, es decir la luz que se extiende en un arco iris de ondas, desde las ondas cortas del violeta hasta las ondas largas del rojo.

Cuando el objeto está inmóvil en relación con nosotros, unas rayas oscuras fijas cruzan el espectro. Si el objeto se acerca a nos-

otros las rayas se desplazan hacia el violeta. Si el objeto se aleja de nosotros las mismas rayas se desplazan hacia el rojo. De acuerdo con el tamaño de estas rayas de color los astrónomos determinan la velocidad de acercamiento o distanciamiento.

En la década de 1910 y 1920 se estudiaron los espectros de algunas galaxias (o cuerpos que más tarde serían reconocidos como galaxias) y se descubrió que excepto las muy cercanas todas estaban alejándose de nosotros. Pronto en verdad se supo que las más distantes se alejaban mucho más rápidamente que las cercanas. En 1929 Hubble fue capaz de formular lo que hoy se conoce como ley de Hubble. Esta ley establece que la velocidad de recesión de una galaxia es directamente proporcional a la distancia que la separa de nosotros. Si la galaxia A está dos veces más lejos que la galaxia B, se aleja también a una velocidad dos veces mayor. La galaxia más lejana observada hasta hoy, y que se encuentra a 6.000 millones de años luz, está alejándose a una velocidad que equivale a la mitad de la velocidad de la luz.

La ley de Hubble se funda en la misma expansión del universo, una expansión que puede derivarse de las ecuaciones establecidas por Einstein en su teoría general de la relatividad.

Pues bien, ¿cómo afecta esta expansión del universo las presunciones de Olbers?

Si a una distancia de 6.000 millones de años luz una galaxia se aleja a la mitad de la velocidad de la luz, entonces a una distancia de 12.000 millones de años luz una galaxia se alejaría a una velocidad igual a la de la luz, si la ley de Hubble vale aún entonces. Distancias mayores no tendrían significado, ya que no hay velocidades superiores a la de la luz. Y aunque esto fuese posible, no nos llegaría ninguna luz, ningún "mensaje" de una galaxia situada a mayores distancias, y esa galaxia misma no se encontraría en realidad en nuestro universo. Podemos decir por lo tanto que el universo es finito y que tiene un "radio de Hubble" de 12.000 millones de años luz.

Pero esto no significa aún la desaparición de la paradoja de Hubble. De acuerdo con las teorías de Einstein a medida que una galaxia se aleja a una velocidad cada vez mayor, respecto de un observador determinado, se acorta cada vez más en la línea de la trayectoria, y ocupa cada vez menos espacio, de modo que hay entonces cada vez más espacio para más galaxias. En verdad, aun en un universo finito, con un radio de 12.000 millones de años luz, puede haber aún un infinito número de galaxias, casi todas ellas (delgadas como una hoja de papel) en los últimos kilómetros de la esfera del universo.

De modo que la presunción 2 se mantiene en pie aunque la presunción 1 sea falsa, y la pre-

sunción 2, por sí sola, puede bastar para asegurar un brillante cielo estelar. ¿Qué significa aquí la banda roja del espectro?

Los astrónomos miden esta banda por el cambio de posición de las rayas espectrales, pero estas rayas se mueven sólo porque todo el espectro se mueve también. Un desplazamiento hacia el rojo es un desplazamiento en la dirección de la menor energía. Una galaxia que retrocede libera menos energía radiante hacia la Tierra que si estuviese fija respecto de nosotros. Y cuando más rápidamente se aleja una galaxia, menor es la energía que libera. Una galaxia que retrocede a la velocidad de la luz no libera ninguna energía radiante hacia nosotros, aunque sea muy brillante.

LA VIDA EN EXPANSIÓN

La presunción 3 no es, pues, correcta. Lo sería si el universo fuese estático, pero no en un universo en expansión. Cada capa sucesiva en un universo semejante libera menos energía que la capa inmediatamente anterior, pues las galaxias de cada capa sucesiva están más y más alejadas de nosotros, y liberan menos y menos energía radiante.

La tercera presunción es incorrecta, y por lo tanto recibimos del universo sólo una cantidad finita de energía y el cielo nocturno es negro.

De acuerdo con las teorías más generalizadas sobre el universo

esta expansión no cesará nunca. Y como no habrá nuevas galaxias, al cabo de algunos billones de años nuestra galaxia (más unas pocas galaxias vecinas) estará sola en el universo. Todas las otras galaxias se encuentran demasiado lejos. Pero es posible también que aparezcan nuevas galaxias, de modo que el universo estará siempre ocupado por ellas, a pesar de esta expansión. De cualquier modo el cielo nocturno seguirá siendo negro.

Hay otra teoría sin embargo, y según la cual el universo oscila. La expansión irá aminorándose gradualmente y al fin el universo hará una pausa y luego empezará a contraerse otra vez, más y más rápidamente, hasta formar una esfera apretada y pequeña que estallará reiniciándose una nueva expansión.

La disminución de la expansión estará acompañada, naturalmente, por una disminución del efecto del desplazamiento hacia el rojo, y el cielo de la noche será cada vez más brillante. Cuando el universo se detenga en una pausa estática el cielo tendrá el brillo estelar que anuncia la paradoja de Olbers. Luego, cuando el universo empiece a contraerse, habrá

en el espectro un desplazamiento hacia el violeta, y la energía liberada aumentará gradualmente de modo que el cielo será cada vez más brillante.

Esto no sólo será cierto para la Tierra (si todavía existe en el lejano futuro de un universo en contracción) sino para cualquier cuerpo del universo. En el universo estático, o peor aún en el universo en contracción, no habrá —de acuerdo con la paradoja de Olbers— cuerpos fríos, cuerpos sólidos. En todas partes la temperatura será uniformemente alta —de millones de grados, supongo— y no habrá vida.

Vuelvo así a mi primera afirmación. Hay vida en la Tierra, o en cualquier otro lugar del universo, porque las galaxias lejanas están alejándose de nosotros. Hasta podríamos decir que la recesión de las galaxias distantes es una natural consecuencia del color negro de la noche. Y aun quizá podamos enmendar la famosa declaración del filósofo francés, René Descartes.

Pienso, luego existo, dijo Descartes.

Nosotros podríamos añadir: Existo, luego el universo se expande. ♦

Titulo original: The black of night. Traducción de M. Figueroa

F. A. Javor nació en Nueva Jersey en 1916 y fue fotógrafo en la marina, prestidigitador profesional y redactor de artículos científicos para revistas populares. En sus ratos de ocio toca el órgano y el violín. El triunfo de Pegaso, su debut literario, narra la historia de Colin Hall y Ed West, genetistas, y de la desagradable señora Abby Bullitt, una mujer que deseaba algo insólito y al fin lo consiguió realmente.

EL TRIUNFO DE PEGASO

F. A. Javor

RESULTABA, RESULTABA REALMENTE, y si Colin Hall hubiese sido un joven menos reconcentrado, se hubiera frotado las habilidosas manos y hasta hubiera palmeado las amplias espaldas de su socio, Ed West, igualmente joven, pero no-tan-sosegado.

El caballo que presentaban en la exhibición de saltos, El Orgullo del Ama, nombre este último derivado de las iniciales de la nueva compañía, Animales a Medida, un reluciente padrillo negro de manos blancas, y un rombo blanco en la frente, era llevado en ese momento al borde de la pista de obstáculos.

La multitud manifestó ruidosamente su aprobación. Los ojos de Colin se volvieron instintivamente a la pantalla de quince centímetros cuadrados que había im-

provisado para observar algunos pocos selectos fenómenos. La información procedía de docenas de microtransmisores plantados bajo la piel, junto a los órganos, los nervios, y que en algunos casos hasta sacaban muestras de la corriente sanguínea del animal.

La información recogida por las lentas cintas grabadoras podía ser analizada luego por la computadora de la universidad, si ellos, él y Ed, deseaban un análisis más completo, o —lo que importaba más— si conseguían el dinero para pagar el análisis.

Pero las formas luminosas, complejas y móviles, de la diminuta pantalla le bastaban a Colin para saber cómo estaba reaccionando el animal ante el público más numeroso que había visto hasta entonces. Un público emotivo que

nunca dejaba de asistir a esta exhibición, quizá la más importante del año.

Exceso de salvación... respuesta al dolor un poco elevada. Le dije a ese jinete que el animal tiene la boca tierna, reflexionó Colin. Pero a pesar de todo El Orgullo del Ama soportaba tan bien la adulación de la multitud como había soportado la de otras menores a lo largo del país, acumulando suficientes primeros premios como para poder presentarse en esta exhibición particular.

El y Ed habían decidido probar suerte aquí, movidos a la vez por la esperanza y la desesperación. Luego la prensa trituradora del trabajo y las privaciones. La implantación cuidadosa en el tanque embrionario de la célula que iba a ser luego aquel magnífico animal les había parecido casi un anticlimax.

El anticlimax de la ardua tarea de trazar el mapa genético, y de planear y preparar las soluciones químicas —de un modo tan delicado y preciso, de acuerdo con la estructura del mapa—; pero sólo el comienzo de este intento de salvar Animales a Medida, una asociación que agonizaba en la matriz.

Una pila de cartas que reclamaban pagos acababa de aparecer en el tubo neumático de la puerta. Colin mostró el aviso rosado del banco.

—Un gene letal —le dijo a Ed con la mueca de una sonrisa. Ed estaba sentado en el escritorio de

la secretaria que nunca habían podido tener, enderezando y torciendo un broche para papeles—. Un gene letal. Una fatal deficiencia en la enzima formadora de clientes.

—He estado pensando en eso —dijo Ed, mortalmente serio esta vez—. Animales a Medida es una idea básicamente buena. Yo creo que nuestra dificultad principal es que no saben que estamos vivos. —Apretó el puño.— Si pudiésemos hacer un poco de publicidad...

Colin torció todavía más la boca.

—No es ético.

Ed tiró al suelo el broche para papeles.

—No es ético —repetió como un loro—. De modo que tenemos que quedarnos aquí sentados y esperar a que llegue la hora del reconocimiento. Mientras tanto nos moriremos de hambre. —La voz de Ed subió una nota en la escala.— Diez segundos. Diez podridos segundos en un programa de televisión cualquiera. Diez podridos segundos.

—Cálmate —dijo Colin—. Aunque pudiéramos presentar ese anuncio, nos faltaría el dinero. El equipo...

Ed sacudió una mano.

—No tienes que decirme cuánto nos cuesta el alquiler del equipo. Firmé los papeles contigo, ¿recuerdas? —Calló de pronto y se frotó la nuca con la palma de la mano.— Lo siento, Colin —dijo—. No quiero enojarme contigo, pero

esto me sulfura. Tenemos aquí un negocio de vastas perspectivas, pero las reglas del juego dicen que profesionales como nosotros no pueden salir a los caminos a llamar a la gente. —Alzó un dedo y continuó:— Un pedido. Un pedido por lo menos mientras estamos en la brecha. Tenemos que agarrar a alguien.

Era cierto. Aunque la compañía funcionaba desde hacía medio año, habían recibido poco más que consultas, como la de un médico que tenía la esperanza de que hubiesen descubierto una enzima, un ácido, cualquier cosa que hiciese que las células del muñón de un brazo se diferenciases y luego se re-diferenciasen y creciesen hasta restaurar el miembro amputado.

Colin tuvo que decirle, muy tristemente, que aunque podían acortar o alargar las patas de un animal, o aun trasplantar una pata en pleno desarrollo, la ciencia que ellos practicaban tenía todavía ciertos límites.

Luego, además, la inevitable lluvia de cartas, donde unos estudiantes de biología y genética les pedían que por favor les enviaran los resultados de los últimos trabajos en el primer tubo neumático, pues sólo les quedaba ese fin de semana para preparar y presentar sus disertaciones.

Y luego aquel único pedido que había mencionado Ed. De un productor de leche del centro del país. Cuatro vacas. Idénticas entre sí, e iguales al dibujo del ani-

mal que él empleaba como marca de fábrica. La tarea no era particularmente difícil. Numerosas asociaciones y otros interesados en cuestiones ganaderas ya habían investigado el campo, trazando numerosos mapas de genes, así que todo se reducía a revisar trabajos ajenos y completar luego el resto.

Producir un animal igual al de la marca de fábrica no era difícil, pues sólo había que mirar el dibujo para saber si uno había tenido éxito. Las cualidades intangibles eran el principal obstáculo.

En cuanto a animales idénticos, la naturaleza los había producido durante siglos. Basta con dividir el huevo una vez, y luego dividir otra vez las dos mitades.

Colin tuvo su nueva idea mientras recordaba el pedido de las vacas. El montón de cuentas sobre el escritorio terminó con sus últimos escrúpulos.

—Ed —dijo—, tenemos que hacer algo para llamar la atención.

—Eso no es difícil. Volemos el edificio Sub-Capital.

—No bromeo. ¿Te acuerdas de la gente de las vacas?

—Por supuesto. Nuestro único contacto con el gran mundo del comercio más allá de los muros del laboratorio. Ibamos a sacudirlos con nuestra inteligencia, recuerdo.

—Nos pagaron por cuatro animales que promoverían el nombre de la compañía y las ventas del producto. ¿No es así?

—Sí, pero ya nos gastamos el dinero, y debemos el alquiler de... —Ed contó con los dedos— ...cuatro días. ¿Qué pretendes?

—Simplemente esto —y Colin hablaba lentamente, cada vez más excitado—. Lo que hicimos por ellos podemos hacerlo por nosotros.

Ed estaba desconcertado.

—¿Producir cuatro vacas?

—Por supuesto que no. Quiero decir que podríamos producir aquí un animal que haga por nosotros lo que hicieron las vacas por la gente de la leche. Llamar la atención del público en general y de nuestros clientes potenciales en particular.

Ed se tiró el labio inferior.

—Un animal para conseguir publicidad... —Levantó la cabeza.— Eh, la televisión, los servicios cablegráficos, los comentaristas de deportes... el deporte de los... Colin concluyó la frase.

—Exactamente, el deporte de los reyes. Un caballo.

A Ed le brillaban ahora los ojos.

—¡Magnífico! Produciremos el caballo de carreras más rápido que hayan conocido las pistas desde...

—No. —Colin meneó la cabeza.— No un caballo de carreras.

Ed estaba otra vez estupefacto.

—¿No un caballo de carreras?

—No. La gente a la que queremos llamar la atención no es aficionada a las carreras. Además —y Colin sonrió otra vez torciendo la boca—, éticamente no podemos

permitirnos algo tan obvio. Esto tiene que parecer un trabajo por amor al arte. Produciremos un caballo que participará en la próxima exhibición internacional del Nuevo Circo.

—Un momento —dijo Ed—. ¿No cria caballos el hermano delitano?

Colin sacudió la cabeza.

—No Harrison Bullitt... su mujer. ¿Pero sabes quién es presidente honorario de la sociedad de exhibición de caballos?

Esta vez fue Ed quien meneó la cabeza.

—No.

—El comodoro Joshua E. Wall.

—El comodoro Joshua E... ¿No el comodoro Wall de la aviación naval?

Colin asintió, con una sonrisa amplia.

—Exactamente. El comodoro Joshua E. Wall, jefe de compras en la aviación naval... y el hombre con quien hemos tratado de relacionarnos desde que empezamos.

—El club no es tan exclusivo, Colin. El comodoro es sólo uno de la larga fila de candidatos que no respondieron a nuestras insinuaciones de doncella.

—Es cierto, pero si conseguimos que él nos dé un contrato, no tendremos que preocuparnos por muchos de los otros.

Ed echó atrás la silla y se puso de pie.

—¿Qué esperamos entonces, empezemos... ¿Cuándo es la próxima exhibición?

—En noviembre, pero las inscripciones se cierran comúnmente en octubre.

—¡Octubre! El tiempo justo para desarrollar un animal adulto.

—Más justo de lo que piensas. Tenemos que producirlo y ganar antes unos cuantos primeros premios, pues si no, no lo aceptarán en la exhibición. Pero, dime, Ed, ¿podemos esperar al año próximo?

—Mi cabeza podría, pero no mi estómago. Repito, ¿qué esperamos? Sólo hay cuatro días de alquiler en el analizador.

El analizador electrónico. El alquiler del laboratorio se llevaba gran parte del dinero, pero no podían trabajar sin instrumentos. Herederos de los primeros aparatos enviados a los planetas vecinos para analizar nuevas formas de vida, habían ahorrado tiempo y esfuerzos en la tarea de trazar los mapas genéticos, tarea que antes había que realizar con trozos de papel absorbente y placas fotográficas expuestas a rayos X difraccionados.

Podían haber usado los laboratorios de la universidad, pero entonces hubiesen sido desinteresados investigadores universitarios, y no los fundadores de Animales a Medida, empresa comercial e independiente.

Y ahora los meses de trabajo, de noches sin sueño, de horas en la universidad dedicadas a la preparación de cintas grabadoras madres, dedicadas a ganar dinero para poder vivir, pagar el trasla-

do de El Orgullo del Ama de feria en feria, y los servicios de jinetes profesionales, todo parecía justificado. De acuerdo con la reacción de la multitud ante la aparición del padrillo negro, era evidente que su creciente reputación había llegado aquí antes que él, y que las inversiones iban a dar fruto.

Sintió que le daban un codazo, y oyó la excitada voz de Eddy sobre los rugidos de la multitud.

—¡El comodoro! Allá, del otro lado de la pista. Me parece que viene a vernos.

Había muchas figuras de brillante uniforme azul en el extremo del estadio, pero Colin distinguió sin dificultad la cabeza canosa y los anchos hombros del comodoro. Y parecía realmente que venía abriéndose paso entre los grupos de oficiales. Detrás, Colin descubrió a otro hombre, también canoso, pero menudo, de estatura de jockey, que aparentemente seguía al comodoro.

—Ese hombrecito —le dijo a Ed—, a la izquierda del palco del jurado, viene también hacia aquí. ¿Lo conoces?

—No... —dijo Ed al cabo de un rato—, pero parece que disputa una carrera con el comodoro. Espero que sea un empate.

—¿Un empate?

—Exactamente. Si quieres vender algo es bueno tener dos clientes que se animen uno a otro a hacer ofertas cada vez más extravagantes. Al fin y al cabo, ¿cuál es la muchacha del pueblo con

quien todos quieren tener una cita? La más asediada, por supuesto.

El comodoro desapareció bajo el alero de la tribuna, y casi en seguida lo siguió el hombrecito. Si venían realmente, estarían en la cabeza de la plataforma dentro de unos pocos segundos. Colin hizo un esfuerzo para apartar los ojos de la plataforma.

Y un momento después el comodoro estaba ahí, detrás.

—¿El señor Colin Hall?

Colin volvió la cabeza hacia el hombre alto y canoso.

—Yo mismo —dijo Colin, y calló, sin presentar a Ed.

Había algo raro en la actitud del comodoro. El hombrón parecía turbado.

—Señor Hall —dijo—, se ha presentado una objeción...

—¿Hall? ¿West?

La voz, no muy alta, pero penetrante, interrumpió al comodoro. Era el hombre pequeño y canoso.

—Un minuto —dijo Colin, molesto por las maneras bruscas del hombre, e inquieto por lo que había empezado a decir el comodoro.

—¿Hablo con Hall o con West? —preguntó la voz.

Colin se volvió en su asiento y miró de frente al hombrecito.

—Yo soy Hall —dijo, y se sorprendió al advertir que a pesar del ruido de la multitud tenía de pronto la impresión de encontrarse en medio de un opresivo silencio.

—La señora Bullitt quiere verlo a usted. Ahora.

Colin sintió un repentino fastidio, y no trató de ocultarlo.

—Amigo —le dijo al hombrecito que años atrás podía haber sido un jockey—. No sé quién es usted, pero... —Colin se interrumpió, entendiendo de pronto las palabras del hombre.— ¿Dijo usted que la señora Bullitt quiere verme?

El hombre asintió con un movimiento de cabeza.

—Ahora.

Colin vaciló. El comodoro era una persona importante para él y para Ed, y había hablado de una objeción que debía de ser bastante grave, pues había venido a verlos en un momento en que estaba sin duda muy ocupado. Al mismo tiempo él y Ed no podían perder sus empleos en la universidad, y la esposa del hermano del decano tenía fama de ser una mujer impaciente e irascible.

La intervención del comodoro decidió por el momento la cuestión. Le habló a Colin, pero mirando al hombrecito.

—La señora Bullitt ha presentado una objeción acerca del origen del caballo de ustedes. Habrá una audiencia, por supuesto, pero antes quiero que me digan algo. Este animal... —el hombre titubeó buscando las palabras... ¿ha sido gestado enteramente en un tubo de ensayo?

—No —dijo Colin, perplejo—. Es un injerto. ¿Por qué?

No había ciertamente nada de

nuevo en la técnica de extraerle una célula huevo a un cierto animal, desarrollar el embrión en un tanque, y luego injertarlo en una hembra. El y Ed habían empleado esa técnica con El Orgullo del Alma por imperiosas razones económicas. El equipo de técnicos y aparatos que se necesitaba para hacer crecer el embrión en una serie de tanques era demasiado costoso. En cambio, alimentar y modificar una yegua preñada...

—En otras palabras —dijo el comodoro—, el animal nació naturalmente.

—Sí —dijo Colin.

El comodoro le habló directamente al hombrecito, con una voz que a Colin le pareció innecesariamente desafiante.

—El Orgullo del Ama interviene, pues. Y puede decirle eso a su patrona.

El hombrecito se encogió de hombros.

—Se lo diré, comodoro —dijo—. Pero me perdonará si le recuerdo que en asuntos como éste es el comité quien decide, y no el presidente.

Colin creyó ver que la mirada del comodoro vacilaba.

—Un momento —dijo, bastante alterado. Alguien, seguramente la irascible mujer de Bullitt, intentaba quitarles a él y a Ed la última esperanza.— No pueden retirar el animal ahora. La función va a empezar.

El comodoro apartó la mirada del hombrecito.

—Sí —le dijo a Colin—. No ten-

go autoridad para decidir en este caso, pero puedo convocar el comité, y lo haré en seguida.

—Pero la función... ya empieza.

—No, no todavía, y la retrasaré hasta que el público no aguante más. Mientras —y el comodoro señaló al hombrecito con un movimiento de cabeza—, será mejor que vayamos con él.

—En marcha —dijo el hombrecito, que no parecía molesto de ningún modo por la evidente antipatía del comodoro.

Colin, furioso y embotado a la vez, fue con los otros a la sala de propietarios, cuatro pisos más abajo que la pista, y ocho pisos más abajo que la calle.

Entraron en un cuarto amplio y brillantemente iluminado. En unos nichos, o colgando de las paredes de neoplast, se amontonaban distintos trofeos: cintas, medallas, copas. Había también fotografías de caballos, y un hombre mofletudo, de traje de etiqueta azul, del otro lado de un estilizado escritorio de madera. Detrás, un vasto mural fotográfico mostraba campos abiertos, vallas, grupos de edificios blancos, y animales que pastaban. En un panel lateral, en grandes letras mayúsculas, se leía: CABAÑA ABBY BULLITT. El tamaño del establecimiento sorprendió a Colin. No sabía que a la señora Bullitt le interesarán tanto los caballos, ni que le hubiesen costado tanto dinero.

Y a un costado del escritorio, de pie, una mujer golpeaba sono-

ramente con un dedo la superficie de madera. Era una mujer de baja estatura, y parecía algo rechoncha a pesar del elegante traje de montar a rayas blancas y verdes, y las ceñidas botas de montar.

Colin conocía a Harrison Bullitt por haberlo visto en la oficina del decano en la universidad. La mujer, que había vuelto hacia ellos una cara de ojos pálidos y una boca de expresión quejosa, tenía que ser la señora Bullitt.

—¿Por qué no golpearon?— dijo la mujer sin otro preámbulo—. Martin, ya sabe que no me gusta que entren sin llamar.

El hombrecito, junto a Colin, no contestó, pero Harrison Bullitt puso una mano en el brazo recordándole de su mujer.

—No estamos en casa, querida. Esto es una oficina. Martin puede entrar aquí sin llamar.

La señora Bullitt sacudió el brazo apartando la mano de su marido.

—No me gusta que la gente entre sin llamar. ¿Martin?

Había verdadera furia en los ojos de la mujer, aunque el incidente había sido insignificante.

—Sí, señora —dijo el hombrecito con una voz que parecía sincera.

Hubo un largo silencio mientras la señora Bullitt clavaba los ojos en su empleado, un silencio suficientemente largo como para que Colin cobrara conciencia de su propia pesada respiración. Carraspeó, incómodo, y los ojos de

la mujer se volvieron bruscamente hacia él.

—Usted —y otra vez ella habló sin preámbulos—, y usted. —Los ojos de la señora Bullitt miraron detrás de Colin, donde él sabía que estaba Ed, y luego se volvieron otra vez hacia Colin, con un rápido movimiento de cabeza que de algún modo le hizo pensar a él en un lagarto que había visto una vez y que cazaba moscas.— ¿Son ustedes los dos jóvenes que se hacen llamar Animales a Medida?

Era una pregunta, pero a Colin le sonó como una acusación.

—Sí, señora —dijo.

—Hable más alto, más alto —dijo la mujer—. No lo oigo. Me gusta la gente que habla alto cuando habla conmigo.

—Sí, señora, somos nosotros —dijo Colin en voz más alta, un poco molesto consigo mismo, pues el tono brusco de la mujer le había hecho perder la calma.

—Muy bien —dijo la mujer.

Colin se sobresaltó.

—¿Muy bien? No entiendo...

La señora Bullitt pareció impaciente.

—No hay nada que entender. Dicen que pueden hacer animales a medida. Perfecto. Quiero que hagan uno para mí. Un caballo... un caballo especial... y cuando lo hayan hecho quiero que rompan el molde, o lo que usen. Quiero que sea único... mío sólo, que nadie tenga nunca nada parecido.

La señora Bullitt hablaba aho-

ra con los ojos brillantes, y Colin pensó, estremeciéndose, en los señores medievales que le cortaban las manos al artifice que había creado una obra, para que no la superara, o les arrancaban los ojos a los arquitectos, o los mandaban a la muerte, y así no edificarían para otro príncipe, en otro lugar, un palacio, un castillo más grande que el de ellos, o parecido.

Ed le habló al oído, en voz baja, en un tono de urgencia.

—Un contrato por un animal exclusivo para la cabaña de los Bullitt. No será la aviación naval, pero de acuerdo con lo que se ve en la foto detrás del viejo, no será tampoco una operación pequeña. No dudes, hombre. Al fin y al cabo es dinero fácil, y hemos hecho mucho trabajo básico con Ama.

Harrison Bullitt se inclinó hacia adelante. Aun sentado era un hombre grande, y aunque no se parecía físicamente a su mujer, tenía una mirada opaca, y Colin pensó brevemente que los dos, Harrison Bullitt y su mujer Abby, eran dos seres muy desagradables.

—Animales a Medida —dijo Bullitt—. ¿Qué hacen ustedes realmente?

Colin había respondido a esa pregunta docenas de veces. No necesitaba recurrir a analogías para hablar de cómo trabajaban con el plasma embrionario, de la tarea fascinante y monótona de hacer un mapa de las posiciones de los genes, de convertir las cua-

lidades buscadas en intrincadas estructuras donde las enzimas se modificaban recíprocamente, de la eliminación de pesadas cargas genéticas: los genes dañinos propios de todas las especies sexuales.

Colin no necesitaba de ninguna analogía para describir las bio-soluciones y el crecimiento del organismo en una sucesión de tanques, o las horas de vigilancia animada y tensa, hasta que la criatura podía salir al mundo exterior y sobrevivir sin ayuda, y ser (si tenían suerte, pues la profesión que habían elegido era aún tanto un arte como una ciencia) exactamente como la habían proyectado en un principio.

Pero Colin empleaba sin embargo una analogía, simple:

—Piense en el cromosoma como un hilo de cuentas microscópicamente fino, presente en todas las células, animales y vegetales. Bien. Cada cuenta es un gene que determina o ayuda a determinar alguna característica del animal o planta, como el color de los ojos, la estructura de los huesos, la suavidad o aspereza de la piel, todo.

"Nuestra tarea consiste en modificar las cuentas, reparar las defectuosas, cambiar la forma del hilo para que crezca de acuerdo con nuestros proyectos.

Harrison Bullitt se encogió de hombros.

—Todo arreglado de antemano, entonces.

—Supongo que sí, en teoría. Pe-

ro trabajamos con un organismo vivo. Podemos matarlo sin que... o puede morir. Ocorre que a veces la temperatura es un poco demasiado alta, o un poco demasiado baja... Un rayo cósmico inadvertido atraviesa el organismo... y todas nuestras predicciones se derrumban. El solo hecho de ser algo vivo, me parece, basta para que no sea siempre lo que uno esperaba.

—Una operación bastante descuidada, entonces —dijo Harrison, y Colin no pudo descubrir si el hombre le había hablado o si sólo pensaba en voz alta importándole poco que lo oyeran.

Pero Bullitt habló otra vez:

—¿Pueden cambiar partes?

Colin pensó en las moscas de la fruta con alas fuera de su sitio, en los animales experimentales de tres ojos, en los perros bicéfalos. Los primeros investigadores habían producido todos estos fenómenos, y otros más. Con las técnicas modernas y el rayo laser sería más fácil aún. Pero por uno de esos acuerdos que puede haber entre dos hombres —que nunca han mencionado el tema— ni él ni Ed rebajarían la profesión vendiendo al menudeo monstruos de feria.

—Podemos hacerlo —dijo Colin—, pero no queremos.

La señora Bullitt rió brevemente.

—Qué frase estúpida. Joven, nunca diga que no hará algo. No sabe usted cuántas cosas haría si se sintiera realmente apretado.

Colin no pudo responder sino contentiendo la cólera que crecía en él. No había otra respuesta para los patanes, sobre todo cuando eran influyentes.

La señora Bullitt se dejó caer pesadamente en el sillón plástico junto al escritorio de su marido, alzando las piernas.

Colin descubrió en las botas de la mujer un par de espuelas puntiagudas y se sorprendió. Creía que nadie usaba ya esos discos estrellados, y menos para montar valiosos animales.

Había otros asientos en la sala: dos largos sofás adosados a las paredes, pero la señora Bullitt no les indicó que se sentaran. Colin, Ed y Martin quedaron de pie a un lado del escritorio. El comedor seguía hundido en el mismo sillón donde se había sentado al entrar.

—Quiero un caballo —dijo la mujer—, con alas.

—Un caballo —empezó a decir Colin, y se echó atrás mentalmente—. ¿Un qué?

—Una gran idea, ¿no es cierto? Un caballo capaz de volar. Nadie, pero nadie, ni en la asociación ni en el mundo, será capaz de superar eso.

Colin se quedó mirando a la señora Bullitt. Era evidente que hablaba en serio.

—Es imposible —logró decir Colin—. Es una imposibilidad física.

Los ojos pálidos de la mujer se animaron, irritados. Dio una palmada en el brazo del sillón.

—No quiero oír esa palabra

—dijo—. No me gusta. ¿Entiende? No me gusta.

—Pero es imposible —dijo Colin, y no pudo saber si estaba rogándole a la mujer que entendiera o si preservaba su propia cordura. Nunca en toda su vida se había encontrado con gente como ésta.

Detrás, Ed murmuraba entre dientes:

—Quiere un Pegaso. Quiere una leyenda griega, llameante, relinchante y volante.

—Un caballo volador es una imposibilidad física —dijo Colin.

Harrison Bullitt parecía divertido.

—Todo es imposible... hasta que se encuentra el precio. Muy bien —y Bullitt se enderezó en su asiento—, basta de tonterías. ¿Cuánto va a costarme?

Colin se sintió como un hombre que trata de hacer pie en unas arenas movedizas.

—No entiende. No es cuestión de dinero. No es en absoluto cuestión de dinero.

Bullitt parecía enojado ahora. —No entiendo realmente cuál es su problema. Dice usted que pueden cambiar partes. ¿Qué dificultad hay entonces en ponerle alas a un caballo?

Colin sintió que forcejeaba y resbalaba en aquellas arenas.

—Un ala no es simplemente algo que se añade al exterior de un animal, y no es tampoco un hombre muy desarrollado. Es parte integral del esqueleto, con todo un sistema de músculos para sos-

tenerla, para moverla. Así. —Colin extendió el brazo, abriendo los dedos, y con la mano doblada hacia adentro.— Es como un brazo. Los huesos de los dedos son largos. —Estiró los dedos de la otra mano, y dio una palmada en el brazo extendido.— Los huesos están aquí, sosteniendo los tejidos del ala misma...

—Nunca noté ningún esqueleto en el ala de una mosca —interrumpió Harrison Bullitt, sin molestarse en ocultar su fastidio cada vez mayor.

La arena parecía succionar a Colin ahora.

—Sí, pero el peso de una mosca, de cualquier insecto, es mínimo comparado con el del pájaro más pequeño. Un pájaro —dijo Colin buscando algo que convenciera a aquellos dos de que no estaba inventando obstáculos para sacarles de otro modo el dinero—. El pájaro más grande. Un cóndor. Tres metros de la punta de un ala a la otra. ¿Cuánto pesa? Veinte kilos.

—Bien. Ahora un caballo. Aun un caballo liviano de silla pesa unos quinientos kilos, y ustedes conocen mejor que yo el tamaño que tienen sus músculos. Sólo para que pueda caminar. Aunque consiguiéramos... —Colin se interrumpió. Estaba empezando a pensar como esta gente.— Aunque *pudiésemos* —corrigió—, aunque *pudiésemos* reformarles las manos y convertirlas en algo parecido a unas alas, la estructura muscular necesaria para levantar

en el aire media tonelada sería tan enorme que la pobre bestia no podría soportar probablemente ese peso. Tendríamos entonces que hacer los huesos más grandes y más fuertes y añadiríamos más peso... ¿entienden?

Colin llamó desanimadamente.

—El peso —dijo Bullitt—. No insistamos en el peso. Anoche justamente en la TriV vimos un... una especie de dinosaurio volador. Así que el peso...

—Un reptil —dijo Colin, y sintió la succión de las arenas—. Un pterodáctilo. En el mayor de esos animales la envergadura de las alas era sólo de seis metros.

Colin no había estado observando a la señora Bullitt, pero ahora parecía que la mujer iba a saltar del sillón.

—Ya ves —le soltó a su marido—. Te dije que era inútil ser amable con estas gentes. Sólo conocen una clase de lenguaje. Bien, si eso es lo que piden...

—Los ojos de Abby Bullitt, apagados, inexpresivos, a pesar de que la cólera le asomaba en la voz, se clavaron en Colin—. Joven, ¿va-usted-a-hacerlo-para-mí? —concluyó la mujer espaciando deliberadamente las palabras.

—Yo... yo —titubeó Colin, y entonces, asombrado, oyó la voz de Ed.

Serena, racionalmente, Ed estaba diciendo:

—Pongamos las cosas en claro, señora Bullitt. Usted quiere que recreemos el legendario caballo alado, Pegaso. ¿Correcto?

Colin miró fijamente a Ed. *Recreemos... legendario. ¿Qué tenía Ed en la cabeza?*

Y oyó entonces la voz de la señora Bullitt.

—Legendario. ¿Quiere decir que alguien ya tuvo una vez un caballo volador?

Los ojos de Colin se volvieron bruscamente hacia el rostro de la señora Bullitt. La boca de la mujer parecía estar permanentemente torcida en un gesto de petulancia, ¿pero había allí otra cosa ahora? ¿Desencanto quizá?

La aparente locura de Ed tenía entonces cierto método. Colin se animó. Si la señora Bullitt llegaba a creer que alguien se le había adelantado, aun en un tiempo remoto, quizá la idea de tener un caballo volador perdiera para ella parte de su atractivo.

Pero tenía que haber interpretado mal, indudablemente, las intenciones de su socio.

—No exactamente quizá —dijo Ed—, pero creo que muchas leyendas, aun las más fantásticas, tienen una base real.

La señora Bullitt aprovechó las palabras de Ed como proyectiles.

—Ya ve —le soltó a Colin—. Su socio admite que puede hacerse.

Pero Colin, incrédulo, miraba fijamente a Ed.

—¿Qué dices? —casi le gritó—. ¿Qué leyendas y qué hechos?

Ed lo miró a los ojos y explicó:

—Casi todas las leyendas... y los dichos populares. Como "rubia y tonta" por ejemplo. Cada tanto tiempo aparece una mujer

que ha perdido uno de los pigmentos que forman enzimas. Naturalmente, no puede ser otra cosa que rubia. Pero es también mentalmente retardada, y de un modo grave. Alguien notó la simultaneidad de los dos fenómenos, y sacó una conclusión demasado vasta.

Colin no podía apartar los ojos de Ed. La enzima era la fenilalanina, y el retraso mental se llamaba oligofrenia fenilpirúvica. Pero no era posible que Ed hablara seriamente de un Pegaso. ¿O sí? Ed le decía ahora:

—¿Recuerdas el zoológico aquel que criaba animales legendarios?

—¿Animales legendarios? —preguntó Colin—. Tomaban ganado moderno y lo modificaban activando los factores recesivos. Así obtenían una vaca que parecía un antecesor extinto. ¿Dónde vas a conseguirme el plasma embrionario de un semidiós para resucitar al caballo alado?

Dominándose, pues no sabía si reírse o derribar a alguien o golpearse la cabeza contra aquellos muros abrumados de trofeos, Colin le habló a la sala en general:

—Muchas gracias por la confianza de ustedes en nuestro talento. Una confianza muy halagadora para nosotros, pero en este caso bastante fuera de lugar. No podemos producir un caballo alado. Gracias otra vez, y adiós.

Colin tomó a Ed por el codo y lo sacó casi a la rastra de la sala, seguidos por la voz colérica de la señora Bullitt.

—Volverán. Prometo que volverán. Y se acordarán entonces. No será fácil la próxima vez.

Colin apretó los dientes y cerró con suavidad la puerta. Se volvió hacia Ed.

—¿Qué mosca te picó? Sabes tan bien como yo que no podemos darle lo que quiere. Nadie puede dárselo.

—Por supuesto que lo sé —dijo Ed—. Pero esa mujer no es una criatura racional. Yo quería ganar tiempo. Quizá se nos ocurriera algo, cualquier cosa. En cambio ahora, quién sabe qué hará ella.

—Lo... lo siento, Ed —empezó a decir Colin, pero en ese momento se abrió la puerta de la sala.

El comodoro salió y cerró otra vez. Se quedó allí acariciándose con la palma de la mano la canosa cabeza.

—Un caballo volador —dijo, y meneó la cabeza—. Un caballo volador. —Miró a Colin.— Supongo que es imposible.

Colin no tenía ganas de empujar otra vez. Asíntió con un movimiento de cabeza.

—¿Está seguro? —insistió el comodoro—. No quiero citar un viejo dicho, pero eso de que lo difícil se hace ahora y lo imposible tarda un poco más viene muy a propósito, me parece. Hoy hacemos comúnmente cosas que hace un tiempo *sabíamos* que eran imposibles. —Sonrió.— Era una verdad obvia, por ejemplo, que todo lo que subía tenía que bajar. —

Hizo una pausa y miró a Colin y luego a Ed y otra vez a Colin.—¿Han verificado últimamente la marcha de nuestros satélites?

A Colin se le ocurrió que el comodoro estaba pareciéndose a Bullitt.

—Creo que entiendo su punto de vista, señor —dijo, no porque entendiese sino porque sentía la arena a sus pies, y quería alejarse de eso y de la oficina de Abby Bullitt.

—No, no entiende —dijo el comodoro, bruscamente—. Pensé en comprar El Orgullo del Ama, y lo miré con atención. Entendí entonces que si ustedes podían mejorar también el ganado, del mismo modo, había algo ahí que yo podía utilizar. Yo podía haberles ofrecido un contrato inicial, y hubiera podido defenderlo, estoy seguro. Pero ahora que ha intervenido Abby, con toda su influencia, no basta la buena voluntad de querer defender las acciones de ustedes ante un comité investigador. Abby es una mujer concienzuda, y rápida. —El comodoro estrechó la mano de Colin y luego la de Ed.— Piénsenlo —dijo—. Y búsquenme cuando se saquen a Abby Bullitt de encima, ¿eh?

El viejo se alejó subiéndose por la rampa dejando a sus espaldas un tenebroso silencio.

—Bueno —dijo Ed al fin—, quizá el hombre tenga razón.

—¿Acerca de sacarnos a la señora Bullitt de encima? Estoy convencido.

—No, acerca de lo que es im-

posible. Sabemos que un caballo no puede volar y sabemos por qué no. Pero si ponemos el problema cabeza abajo y empezamos por suponer que un caballo *puede volar*, ¿qué ocurriría?

Pero a Colin se le había embotado la mente. *Un caballo puede volar*. El virus de los Bullitt había contagiado a Ed. *Un caballo puede volar*.

—Olvidalo —dijo en voz alta—. Busquemos a Ama y vámonos. Cuando llegaron al cuartel de los animales, sobre la pista, el padrillo estaba ya en su establo.

Pisos de losas de cemento, almohadillados, con canales para recoger los excrementos. Canales por donde corría constantemente el agua, con sustancias líquidas inodoras. Pienso preparados especialmente que inhibían la acción de las bacterias productoras de gases. Todo dedicado a reducir, eliminar, el olor característico de los desperdicios. Eficazmente, pero —en última instancia— un establo olía aún como un establo.

Colin se había preguntado más de una vez por qué no se eliminaba el problema en su fuente misma, por así decirlo, alimentando a los animales de las exhibiciones de algún otro modo. Las unidades subcutáneas estaban al alcance de todo el mundo, en las tiendas de productos para laboratorios. Los concentrados no eran caros, y sólo había que usarlos en las exhibiciones bajo techo y poco tiempo antes.

La unidad para alimentar a un animal del tamaño y el peso de un caballo podía inyectarse en un área no mayor que una mano de hombre. No había reacción dolorosa, por lo menos Colin no había logrado detectarla, y hasta parecía que algunos animales disfrutaban con el tibio contacto de las unidades alimentadoras subcutáneas.

Pero, suponía Colin, una práctica común en un campo suele ser resistida en otro, tanto que a veces ni siquiera se la menciona. Además, de acuerdo con lo que había visto en esos últimos meses, estaba empezando a creer que a los exhibidores les gustaba realmente el olor de los caballos. A él mismo ya no le parecía muy desagradable.

Le rascaron las orejas al animal, aceptaron las condolencias de los ayudantes —la mala suerte había impedido que compitieran—, y mostraron los pases en la ventanilla del administrador.

El administrador era un hombre calvo, sentado detrás de unas rejillas. Recorrió con el dedo una lista de números.

—¿El señor Hall? ¿El señor West? —preguntó. Colin asintió con un movimiento de cabeza, y el hombre dijo entonces:— Hablaron para que llamen ustedes a este número.

El administrador les alcanzó un papelito doblado a través de las rejillas.

—Gracias —dijo Colin, y desdobló el papel—. El decano —le dijo

a Ed—. Me pregunto qué querrá.

—Lo sospecho —dijo Ed—, y no creo que me guste.

Colin llamó a la universidad, conectando el multiauditófono para que Ed pudiese oír.

El decano parecía turbado y habló un buen rato del excelente trabajo de Colin y Ed. Mencionó de paso un consejo de legatarios. Les aseguró que él personalmente los estimaba mucho, a ambos. Pero cuando acabó de hablar, y el teléfono volvió a su sitio, no quedaba ya ninguna duda.

La universidad no necesitaba más a Colin y a Ed, inteligentes preparadores de cintas grabadoras madres. No los necesitaba ahora, ni en el previsible futuro.

—La mujer es rápida —dijo Ed—. Rápida.

—Dijo que volveríamos. Podíamos haber pensado que iba a hacer algo, pero nunca imaginé que ella pensara en esta clase de presiones. No... parece civilizado, de algún modo.

—Sacarle a alguien la comida de la boca pocas veces lo es —dijo Ed—. Pero animáte, tenemos aún una oficina con nuestro nombre en la puerta. —Ed se rió y no era una risa agradable.— Eso si la gente de la limpieza no le dice al dueño que hemos estado durmiendo ahí los últimos tres meses.

La exhibición equina duraba toda una semana, de jueves a jueves, y a Colin le sorprendió que el comité fallara a favor de ellos, y rechazando la objeción de la

señora Bullitt acerca de los orígenes de Ama.

—Se me ocurre —dijo Ed— que la mujer no quería ganar el caso. Al fin y al cabo si conseguía que nos descalificaran esta vez, en el futuro rechazarían también cualquier animal que le hiciésemos.

—Yo creo que la mujer piensa en una clase especial, si no para su caballo volador, al menos para ella.

Pero Ed podía tener razón. La señora Bullitt sólo les había cerrado el paso para darles una lección, para animarlos, como ella misma hubiera dicho, a ver las cosas desde otro punto de vista.

Animales a Medida había triunfado en la sala del comité; pero la victoria, como se comprobó en seguida, era meramente académica. Cuando Colin y Ed llegaron al piso de los establos, encontraron el aviso del sheriff clavado en un montante de la casilla de Ama. Los acreedores de Animales a Medida habían tropezado con alguna dificultad, principalmente el banco. Hasta que se aclararan las cosas, todos los bienes de la sociedad, incluido El Orgullo del Ama, quedaban embargados.

Una furia repentina, impotente, frustrada, invadió a Colin. No era ya una arena movediza. Era una sólida pared de ladrillos, y alguien lo había arrinconado contra esa pared. Colin cerró y abrió los puños, y sintió que no podía escapar.

El Orgullo del Ama movió los

cascos en un breve bailoteo, sacudió la cabeza, resopló.

—Estoy poniendo nervioso al caballo —dijo Colin—. Vámonos de aquí.

—Sí. Vámonos —dijo Ed.

Y Colin notó que Ed estaba pálido y que temblaba también de pies a cabeza.

La idea se le ocurrió a Colin cuando ya habían dejado los establos y subían por la rampa que llevaba a la calle.

Tomó a Ed por el brazo y lo detuvo.

—Ed —dijo—, ¿cómo sabes que un caballo es un caballo?

Ed se libró bruscamente de la mano de Colin.

—No estoy de humor para chistes —dijo—, así que hazme un favor y hablemos de otra cosa.

—No estoy bromeando. ¿Cómo sabes que un caballo es un caballo?

—Muy bien, señor interlocutor. ¿Cómo sé que un caballo es un caballo? Porque parece un caballo. Por eso lo sé. —Ed se interrumpió.— No puedes querer decir...

—Eso exactamente quiero decir —asintió Colin—. Da vuelta el problema. No trates de producir un caballo y hacerlo volar. Toma en cambio una criatura que ya sepa volar, y haz que parezca un caballo.

Ed se reía. Colin creyó descubrir una nota de histeria en la risa.

—Un... un... pájaro de quinientos kilos.

—No pesará quinientos kilos. La estructura de un pájaro no es como la de un caballo. Huesos huecos... ¿Me escuchas?

Pero Ed continuaba riéndose. —Un... un caballo con plumas.

—¿Y qué es una pluma sino un pelo modificado... y viceversa? Ed se enjugó los ojos.

—Huesos huecos. ¿Pesaste alguna vez los huesos de un pavo de quince kilos? Un animal del tamaño de un caballo pesará como un caballo. Y sigues con el problema de tener que levantar una tonelada, no importa que sea con un músculo de caballo o con un músculo de pájaro. La imposibilidad es la misma.

Colin pensó que Ed tenía razón. Para llegar a donde querían tenían que partir de un punto igualmente insólito.

—Perdón —dijo—. No... no tengo la cabeza clara.

Llegaron a la cabeza de la rampa, y fueron caminando hasta las oficinas de Animales a Medida, no muy lejos de allí. Colin rió brevemente, cuando vio el edificio.

—Es una noche fría. Espero que la señora Bullitt no haya conseguido dejarnos afuera.

Colin pensó que estaba haciendo un chiste demasiado amargo, pero en la puerta de la oficina, colgada del picaporte, había una tarjetita verde. Los términos del contrato prohibían claramente utilizar las oficinas como vivienda. Tendrían la amabilidad de

marcharse en el término de tres días.

—Es una bruja —dijo Ed, con los ojos fijos en la tarjeta.

Colin golpeó con el puño apretado la pared del pasillo hasta que el dolor pareció calmarlo de algún modo.

—Vamos allá otra vez —dijo al fin—. Vamos allá y firmemos el contrato. Le daremos algo a esa mujer. No sé qué, pero créeme, parecerá un caballo... y te prometo que volará.

Encontraron a la señora Bullitt en las oficinas de la administración del estadio, sacudiendo un puñado de papeles bajo las narices del hombre calvo mientras los demás empleados mostraban estar demasiado ocupados para ver, y oír, lo que ocurría. Colin pensó un instante si la mujer dormiría con aquellas espuelas.

La señora Bullitt no pareció sorprendida al verlos ni interesada tampoco en llevarse los a sus propias oficinas. De pie junto al administrador, con los papeles todavía apretados en la mano, alzó la cabeza y miró a Colin y a Ed. —Volvieron —gruñó—. Les dije que volverían.

La mujer hablaba en un tono áspero. El día anterior Colin hubiera dado media vuelta y se hubiese ido. Ahora ese mismo tono, por alguna perversa razón, lo animaba a aguantar a pie firme.

La calma de su propia voz lo sorprendió:

—Sí, señora Bullitt. Estamos dispuestos a aceptar su encargo.

La mujer de la chaqueta rayada y botas de montar hizo una seña brusca a una de las empleadas.

—Hay un sobre azul sobre mi escritorio. Tráigalo —ladró.

La muchacha se escabulló.

—Yo sabía que volverían —les dijo la mujer a Colin y a Ed—. Pues verán, es cuestión de entender a la gente. Siempre es así. La gente nunca se da cuenta de lo que es capaz de hacer hasta que no tiene más remedio que hacerlo o aceptar las consecuencias. —La señora Bullitt sonrió con una mueca afectada.— Yo no hago más que proporcionar las consecuencias.

Colin se mordió la lengua, pero oyó a su lado la respiración pesada de Ed.

La empleada volvió y Abby Bullitt tomó el largo sobre azul y lo arrojó en el escritorio del administrador, frente a Colin.

—Firmen —dijo, dejándole a Colin el trabajo de sacar y desplegar la larga hoja del contrato.

Colin ignoró el desaire, pero luego de una ojeada al formulario impreso miró a la señora Bullitt, perplejo.

—Este... este contrato es con la universidad. No entiendo. Ayer, su marido...

—El contrato de ayer era conmigo. El de hoy es con la universidad. —La mujer sonrió, y durante un momento pareció que disfrutaba enteramente de sí misma.— Ya les dije que luego no sería tan fácil.

Y de pronto Colin comprendió lo que la mujer pretendía realmente, y se quedó sin aliento. Abby Bullitt quería tener el animal volador, y quería que se lo diesen por nada. Absolutamente nada... o las consecuencias.

Bajo un contrato semejante ellos podían, por supuesto, utilizar los equipos y otras ventajas de la universidad, pero no en provecho propio. Y ni siquiera se mencionarían los nombres de él y de Ed si la universidad no quería sacarlos del anonimato.

Los ojos de Colin recorrieron la página. Era el contrato impreso común de la universidad, con los comunes espacios en blanco. Pero lo que habían puesto en esos espacios no era en verdad nada común.

—Sesenta días —jadeó Colin, y miró incrédulo y aturdido a la mujer que sonreía, a Ed, y a la mujer otra vez—. ¿Sesenta días?

—Un pequeño incentivo para que no pierdan el tiempo —dijo la señora Bullitt—. Sé muy bien cómo le gusta a la gente alargar las cosas cuando cree que puede sacar impunemente alguna ventaja. Me parece que en sesenta días podrán mostrarme algo. Ahora firmen.

Ed arrancó el contrato de los dedos enervados de Colin, y lo miró sosteniéndolo con una mano temblorosa.

—Sesenta días y garantizamos resultados. —Tiró el contrato sobre el escritorio.— De acuerdo con la redacción de la cláusula

podríamos ir a la cárcel si no tenemos éxito.

Abby Bullitt estaba muy cruzada de brazos. No dijo nada.

El silencio pesó interminablemente en el cuarto.

Ed, de pronto, arrebató la lapicera sujeta con una cadena al escritorio del administrador y garabateó su nombre al pie del papel. Empujó hacia Colin el contrato y la lapicera.

—Toma. Firma y vámonos.

Colin firmó envuelto en una niebla roja y espesa, y dejó caer la lapicera.

—¿Desea el caballo de algún color particular? —dijo amargamente, y se quedó boquiabierto al ver que la señora Bullitt se tomaba en serio la pregunta.

—Arnold —le dijo ella al administrador calvo—, ¿cómo se llamaba ese licor que bebimos en la cena de la cacería el miércoles último?

—Chartreuse, señora Bullitt. Chartreuse.

—Exactamente —dijo la mujer, y se volvió hacia Colin—: Que sea chartreuse.

Y entonces, junto a Colin, Ed se rió y se rió y parecía que nadie podría contenerlo.

—Un caballo chartreuse. Un caballo volante, llameante, color de chartreuse.

Al aire libre, ya en la calle, Ed jadeaba aún:

—Oh, un caballo chartreuse.

—¿Por qué no? Una bestia equina chartreuse no es menos lógica que una bestia equina alada.

Ed tuvo otro ataque de risa.

—Lógica. Oh, no puedo más... Lógica. Ahora habla de lógica.

Pero lógica fue lo que usaron al principio. Lógica y la alocada idea de Colin de comenzar con un animal viviente que ya volara.

—Es una cuestión de cosmética. No de ingeniería. No tiene por qué ser un caballo. Basta que lo parezca.

Peso contra tamaño. Colin pensó en los peces capaces de elevarse en el aire. Había allí tamaño considerable y poco peso. Pensó en una camada de terriers que había visto una vez. Todos eran sólidos, rechonchos, pesados. Todos menos uno. Del mismo tamaño pero más liviano que los otros, tanto que al alzarlo, la mano se le había ido hacia arriba. El carrocho había muerto, pero había sido más liviano.

Dormían en el dormitorio de la universidad, comían en el comedor común, y trabajaban. Juntos al principio. Luego, como el tiempo apretaba, y no había aún ninguna señal de éxito, trabajaron separadamente para dar mayor extensión a las investigaciones.

Trabajaron con células de pájaros. Buscando tamaño sin peso. Acelerando todo lo posible la división de las células, y estudiando las posibles prolongaciones del desarrollo en la computadora, cuando podían programar por lo menos una estructura hipotética, en el plano de las suposiciones

siempre más que en el de las realidades.

Cualquier cosa, cualquier cosa realmente, que fuera grande y capaz de elevarse en el aire. Eso para empezar, y la esperanza de poder completar el resto con trasplantes y cirugía plástica.

—Nada. Nada.

SeSENTA días. La señora Bullitt. Un ajuste de cuentas... y la suspensión temporal de la sentencia. No por pedido de ellos, sino por intervención del cuñado de la mujer, el decano, quien había suplicado que les alargaran el plazo.

Una suspensión de la sentencia. Una suspensión y un nuevo contrato. El decano dejó el cuarto. No quería ver cómo firmaban.

SeSENTA días, no más. Y esta vez una multa en efectivo. Si fracasaban tendrían que reembolsar a la universidad todo el valor de la pérdida.

Apenas se veían ahora, Colin y Ed. Dormían cuando podían, trabajaban cuando podían, comían si podían. Ed irradiaba células. Y las sacaba de donde podía.

—Sí, ya sé, tiene la sutileza de un tiro de escopeta —había dicho—, pero no nos sirve ninguna criatura viviente. Tenemos que partir de algo nuevo.

—Respuesta típica del hombre dominado por el pánico —había dicho Colin.

—¿Y qué nos queda sino pánico? —había querido saber Ed.

Y luego, una tarde nublada, en el dormitorio, Ed sacudió a Colin y lo despertó.

—Despierta —decía Ed, excitado—. Creo que conseguí un lagarto que quiere parecerse a un pájaro.

Colin movió la cabeza tratando de sacarse el cansancio de los ojos.

—¿Un lagarto?

—Sí. Estuve pensando en el lejano parentesco que une a pájaros y reptiles, así que fui a la casa de los reptiles, recogí cuantas células pude, las traje y me puse a bombardearlas. Este me pareció bastante liviano para su tamaño, así que lo dejé crecer. Acaba de atacarme.

Ed alzó la mano. Le sangraba el borde de la palma.

—Corrió sobre las patas traseras y saltó en el aire hacia mí moviendo como loco las patas delanteras. Bueno, Colin, pensé que había querido volar.

Era un lagarto ciertamente, de un indefinible color castaño, del tamaño de un perro pequeño, que se sentaba sobre las ancas. Y Ed tenía razón. Parecía como si quisiese volar cada vez que saltaba hacia ellos tratando de morderlos en el cuello y tropezaba en cambio con los brazos almohadillados.

Le sacaron las células necesarias, y luego lo destruyeron, pues era evidentemente depravado.

Muchas células murieron. Esto era previsible. Otras siguieron raros caminos y fueron destruidas. Una célula se desarrolló bien, y los informes de la computadora parecieron promisorios.

La cabeza era delgada, de rep-

til. Sin orejas. No importaba. Era fácil producir orejas e injertarlas luego. Las patas delanteras eran ahora verdaderas alas, de garras largas y membranosas. Se trasladaron gérmenes de patas de otra célula en desarrollo al pecho del animal prototipo con la esperanza de que desarrollaran allí unos músculos capaces de sostener las alas. No había problemas con la compatibilidad de los tejidos, que eran todos del mismo animal.

El color, una característica de regalo. Colin y Ed no trabajaron con el color, no lo planearon, pero la piel era suave, de matices verdosos y dorados. Ed se reía.

—Ella tendrá su caballo charreute, después de todo.

Y la tensión. La impía tensión. Ya fuera del tanque, desde hacía días, el animal no comía, pero se mantenía bien con un régimen subdérmico. Y era liviano, tan magníficamente liviano como había predicho la computadora.

El gimnasio de la universidad. Los transmisores internos en su sitio, las cintas grabadoras instaladas, la pantalla monitora lista. Una correa larga. El animal echó a correr, como su antecesor, sobre las patas traseras, con las alas extendidas. Un planeo, no un verdadero vuelo, un planeo. Demasiado débil aún, poco desarrollado. Esa cabeza de reptil necesita más cirugía plástica. Los dientes también, son aún demasiado carnívoros para un caballo. *Por suerte éste es dócil, no como su papá.*

Testículos. Recuerda los testículos. Al fin y al cabo se supone que es un animal macho. *¿Por qué no comerá?*

Colin y Ed trabajaban juntos ahora, pero alborozados. Intuitivamente sobre todo, sin mapas de genes. Para trazar un mapa genético se necesita un animal desarrollado, y estudiar en él la obra de los genes. ¿Y si lograban producir un animal que satisficiera a Abby Bullitt para qué necesitaban un mapa?

Más pruebas. Volaba ahora. Volaba realmente, sin correa, y venía cuando le silbaban, o lo llamaban con la mano. Aire libre, es ahora demasiado grande para el gimnasio, necesita aire libre. Lo probaremos mañana. Llama a la señora Bullitt.

Los campos de la universidad. Un día claro y hermoso. Habían producido un animal magnífico.

El color era verde dorado. En la posición natural de descanso se sentaba sobre las ancas, con las patas delanteras firmemente apoyadas en el suelo. Las garras habían sido unidas entre sí y eran ahora unos cascos bastante aceptables. Los grandes alas no se plegaban contra el cuerpo, sino que se elevaban de modo que las puntas —los bordes de la armazón ósea que se curvaba graciosamente detrás de la cabeza y el arco alto del cuello— parecían envolverlo en una aureola.

La cola no era como la de un caballo, ni como la de un lagarto, sino chata, y el animal la usaba

como tímón. Una hermosa bestia, y mientras la sostenía por la brida, Colin sentía a la vez orgullo y miedo. Los ojos del animal lo inquietaban. Había en ellos una mirada de espera, de expectación. ¿Dónde se ha metido esa mujer?

Abby Bullitt llegó montando un caballo. Ed juró entre dientes y se acercó a Colin para ayudarlo a sostener la brida. Pero el animal no se movió. Nunca había visto antes un animal más grande que un perro de laboratorio, pero el caballo no le interesó mucho aparentemente, y siguió sentado sobre las patas traseras.

La reacción de Abby Bullitt fue distinta. Desmontó y se quedó de pie, inmóvil, frente al animal, con las manos apretadas.

—Es hermoso, es hermoso —repetía una y otra vez, alzando los ojos hacia la elevada cabeza.

Colin apartó la mirada de aquella luz que había en los ojos de la mujer. Abby Bullitt parecía hipnotizada.

Y en seguida Colin sintió que el animal se movía. Los ojos expectantes miraban ahora a Abby Bullitt, y lenta, magníficamente, las grandes alas se extendieron en un movimiento que Colin nunca había visto antes, hacia arriba y hacia afuera, hasta parecer que ocultaban el sol de la mañana.

—Oh —jadeó la mujer—. Oh, tengo que montarlo.

—No —dijo Colin. Ocurría algo allí que él no entendía, y su in-

quietud era cada vez mayor.— No, nunca lo montaron. Nunca.

Pero Abby Bullitt ya había tomado la brida.

—Apártete —dijo—. Tengo que montarlo.

—No —dijo Colin, y la mano le empezó a sangrar donde la mujer lo había golpeado con el látigo, arrebatándole la brida.

La mujer se subió al lomo del animal, sentándose en la cavidad que había entre las alas, y clavó las espuelas.

El animal chilló y corrió. Corrió un rato sobre las patas traseras, como había hecho tantas otras veces, recogiendo las delanteras, como un pájaro, y luego remontó vuelo. Chilló otra vez, y ahora se oyó también la voz de Abby Bullitt. ¿Era un grito de placer... o de terror? Colin no pudo decirlo.

La cabalgadura y su jinete se elevaron. Los gritos se oían menos ahora, pero el terror de Abby Bullitt era evidente. El animal voló hacia el río y los altos acantilados, y luego desapareció junto con los gritos. Pero mucha gente había visto pasar el animal y había oído los gritos llevados por el viento, y ahora una multitud acudía al campo.

La voz de Ed sonó a orillas de la conciencia de Colin.

—No te preocupes. Sabemos exactamente dónde están. Los transmisores. La policía puede encontrarlos mediante los transmisores...

Pero Colin no oía realmente a

Ed, Colin tenía los ojos clavados en la minúscula pantalla monitora. Las formas luminosas que zigzagueaban y giraban en la superficie de la pantalla eran nuevas en este animal, pero no desconocidas para Colin. Las había visto antes, muchas veces, principalmente con El Orgullo del Ama, y las reconoció ahora con un horror creciente.

En alguna parte, ávidamente, vorazmente, la bestia de Abby Bullitt se alimentaba al fin.

Acurrucados, envueltos en mantas, con tazas humeantes en las manos, Colin y Ed descansaban en la cabina del bote policial que los había sacado del río. Ed sacudía aún la cabeza.

—Nos atacó. ¿Viste cómo nos atacó?

Colin no dijo nada, pues sabía que Ed no esperaba ninguna respuesta. Los dos habían subido al helicóptero de la policía, con el piloto y el hombre armado. Habían rastreado el animal, estudiando las señales emitidas por los transmisores hasta que al fin, en la superficie rocosa de un acantilado, cerca de la cima, vieron un resplandor: la luz del sol en la piel de oro verde.

—¡Allí! —gritó Ed, señalando con la mano, y el helicóptero se acercó.

La bestia estaba agachada en una saliente rocosa, a orillas del precipicio. Las alas, desplegadas a medias, se abrían, se cerraban, estremeciéndose.

—¿Creen que ella estará viva aún? —preguntó el hombre de la carabina, y en seguida añadió—: No dije nada.

El animal se enderezó. Los acometió en seguida con una ferocidad que despertó en Colin la vívida imagen del menudo predecesor de la bestia.

—¡Dé vuelta! —le gritó el hombre de la carabina al piloto—. ¡Dé vuelta el aparato! ¡Déme espacio para tirar!

El helicóptero giró como una burbuja suspendida en el aire y el hombre disparó. Colin vio una y otra vez cómo la pesada carabina sacudía al hombre, pero el animal alado seguía en el aire.

Ahora estaba sobre ellos. Giraba allá arriba, batiendo las grandes alas, recogiendo los labios y mostrando los dientes ensangrentados.

Garras. Parece que tuviese garras en esos pies y no cascos.

Y entonces el animal se lanzó sobre ellos. Como la enorme bestia de presa que era. Golpeó la máquina desde arriba y desde atrás, tan velozmente que fue imposible evitarlo, y con un silbido y un chillido que Colin oyó, o creyó oír, sobre el ruido de las palas del helicóptero.

Y al fin el animal cayó entre las palas, y el impacto fue tremendo. Durante un instante quedaron suspendidos en el cielo claro, el animal y la máquina. Y luego cayeron. Desde una altura de pocas decenas de metros a las aguas heladas del río.

Junto a Colin, el piloto del helicóptero, estremeciéndose en sus mantas, llamó al hombre que estaba al timón.

—¿No lo ven aún?

—No —respondió una voz, y el hombre que había perdido su carabina se arrebujó en sus mantas y dijo:

—No lo verán. No puede flotar con todo el plomo que le metí.

Estaban esperándolos en el muelle. Los hombres de la TriV, los periodistas, los curiosos.

Y luego la pesquisa, las investigaciones; los gritos del público y las voces más discretas de los colegas que querían saber cómo habían producido aquel milagro, hasta que al fin Ed mismo se volvió una mañana hacia Colin, en la nueva oficina, y le dijo realmente descorazonado:

—Es cierto que queríamos publicidad, pero todo tiene su medida.

Colin sonrió y sacudió el men-

saje de color azul que la secretaria acababa de sacar del tubo neumático.

—El comodoro dice gracias, pero no cree que deba aceptar El Orgullo del Ama, no como regalo por lo menos.

—¿Por qué no? —dijo Ed—. Es lo menos que podemos hacer por él. Tenemos que mostrarle de algún modo cómo apreciamos los contratos.

Colin se rió.

—Dice el comodoro que ya no tiene que defender esos contratos. Pero no desea caer en manos de un comité dedicado a investigar los regalos que recibe la gente del gobierno.

—Dile que se lleve el caballo y que no se preocupe —dijo Ed, y Colin no pudo saber si hablaba o no en serio—. Si lo despiden, una organización en marcha como la nuestra siempre puede emplear a un especialista en trámites. ♦

Título original: The triumph of Pegasus. Traducción de J. Valdivieso

Anthony Boucher, el admirable autor de En busca de San Aquino (véase Minotauro 1) es una autoridad máxima en novelas policiales —en el New York Times— y en anticipación científica —en el New York Herald Tribune. Los dos géneros aparecen a menudo en sus invenciones, fundidos y transformados en literatura fantástica. La oruga rosada es la escalofriante historia de un crimen que quizá no fue cometido, y de un hombre que tenía en su casa el esqueleto de alguien que quizá no estaba muerto.

LA ORUGA ROSADA

Anthony Boucher

NORMAN HAKER DIJO:

—Dicen que los médicos de la tribu viajan por el tiempo también. Por lo menos eso creen todos en la isla. Un *tualala* puede ir al futuro y traer lo que quieras, si le pagas bien. Nos pasábamos las noches de guardia pensando qué podríamos encargar.

Norman no nos había dicho cómo se llamaba la isla. Los galones que llevaba en la manga le permitían ser discreto, y en Tokio no sabían aún qué instalaciones secretas tenía la marina en aquella minúscula porción del Pacífico Sur. Evidentemente, Norman no podía hablarnos de las instalaciones, pero la isla le había proporcionado una extensa variedad de temas entretenidos.

—¿Qué pedirías tú, Tony —pre-

guntó—, con una *carta blanche* semejante para el futuro?

—¿Un futuro muy lejano?

—Dicen que un *tualala* da un salto exacto de cien años.

—Dinero no serviría —reflexioné—. Joyas, quizá. Y un aparato, cualquiera, y podría inventarlo como si fuera de ahora, y ganaría así una fortuna. Pero quizá funcionara de acuerdo con principios no descubiertos aún... O *Lo que el viento se llevó* del siglo veintiuno, pero publicado ahora podría ser un fiasco. ¿Te imaginas a un best-seller de hoy tratando de competir con Dickens? El problema es difícil. ¿Qué eligieron?

—Nada. No podíamos pagar el precio que pedía el *tualala*. Por cada artículo del futuro exigía

una virgen de la isla vecina. Se nos ocurrió que quizá los jefes de la base no nos entenderían si nos traíamos esas mujeres. Siempre hay dificultades con las cosas de la magia —concluyó Norman alegremente.

—Hmm-hmm —dijo Fergus O' Brien, e inclinó gravemente la cabeza.

Fergus no había hablado mucho aquella noche. Había estado allí sentado, mirando el espectáculo nocturno de la bahía —resplandeciente, ahora que habían terminado los días de oscurecimiento— y escuchando las historias de Norman. No sé todavía qué clase de trabajo había estado haciendo Fergus en estos meses últimos, pero yo lo veía cada día más desanimado.

No obstante un irlandés, aun desanimado, no es capaz de estar callado mucho tiempo, y era evidente que Fergus tenía una historia en la punta de la lengua.

—¿Tú también has tropezado con estas cosas de magia? —le preguntó Norman.

—No últimamente. —Fergus alzó su vaso a la luz.— Maldita sea si sé por qué los escritores llaman siempre al whisky un líquido ambarino —observó—. Inventas un clisé y ahí se queda... Como ese otro de los detectives, hombres realistas que están siempre con los pies en la tierra. No creo que haya otra profesión, además de la de los clérigos, donde sea tan fácil perder el pie. ¿Por qué llamas a un detective? Porque hay

algo raro y necesitas una explicación. Y si no hay explicación posible...

"Esto ocurrió hace tiempo. Entonces yo no tenía que hacer nada peor que enfrentar a asesinos, y una vez a un hombre-lobo, una criatura simpática. Los asesinos que me preocupaban entonces eran malhechores de pies a cabeza. Ahora en cambio... De cualquier modo, ocurrió en aquella época. Yo estaba en México, dando los últimos toques a un caso, cuando me llamó Dan Raffetti. Creo que tú lo conoces, Tony... es un investigador de la Southwest National, la compañía de seguros de vida, y de cuando en cuando me pasaba algún trabajo.

"Este parecía interesante. Nada espectacular, realmente, y ningún dinero en perspectiva. Pero con esa rareza idiota, inexplicable, que despierta siempre la curiosidad de O'Brien. Muy simple: la Southwest había recibido un pedido de pago de un beneficiario. Uno de sus clientes había muerto en México y su hermana exigía el dinero. Les pidieron a las autoridades mexicanas un informe sobre la muerte: un simple ataque cardíaco. Pero la póliza estaba a nombre del señor Frank Miller, y el informe mexicano hablaba de un doctor Frank Miller. Le preguntaron a la hermana, y ella estaba segura de que él no tenía ningún derecho a usar ese título. De modo que como yo estaba cerca de Tlichotl, donde el hombre

había muerto, podía hacerles el favor de ir a meter la nariz y descubrir si había algo raro, una impostura por ejemplo. Me mandaron fotografías y huellas digitales, obtenidas una vez que había pedido un puesto en el gobierno...

—Buen principio —dijo Norman.

Fergus asintió con un movimiento de cabeza.

—Así empezaron las cosas, todo muy rutinario, gracias por su carta del veintisiete del mes pasado, y todo eso. Aspecto prosaico. Y Tlichotl era bastante prosaico también. Quizá a un turista le pareciera pintoresco, pero yo estaba recorriendo esas montañas mexicanas desde hacía tiempo y todos los sitios me parecían iguales. Casas chatas y pantalones blancos y perros y niños y una vieja iglesia y una *pulquería* casi tan vieja y un *tipo* que tocaba una condenada guitarra los sábados por la noche.

"Tlichotl no era muy diferente. Había una mina cerca, y unas pocas casas prefabricadas en las afueras para los ingenieros norteamericanos. Todos los del pueblo trabajaban en la mina. Y todos eran indios puros, con esos netos perfiles arrantados de los murales aztecas, y que cuando uno ha vivido un tiempo entre ellos parecen las únicas caras humanas correctas y normales.

"Fui a ver al médico ante todo. Era el agente de salud pública del gobierno, y el aspecto que tenía el pueblo parecía demostrar

que trabajaba bien. Hablaba mejor el inglés que yo el español, y le alegró que me gustara el tequila. Si, se acordaba del doctor Miller. Miró sus notas y me anunció que el doctor había muerto el dos de noviembre. Estábamos en enero entonces. Muerte simple: crisis cardíaca. Había tenido varios ataques en las semanas anteriores y el doctor le había dado poco tiempo de vida. De pronto un amigo que Miller no veía desde hacía años apareció en el pueblo, y la sorpresa había hecho el resto. Cualquier pequeño incidente hubiera bastado.

"El médico no era descuidado ni tonto. Yo estaba dispuesto a aceptar su palabra de que la muerte había sido natural, y quizá deba añadir aquí, antes que a nadie se le ocurra meterse en un raro vericuetto, que el hombre no se equivocaba. Una crisis cardíaca común y que no cabía en el cuadro de una posible estafa a la compañía de seguros. Pero continuaba en pie esa historia del título, y seguí preguntando:

"—Habrá sido agradable para usted tener aquí un colega con quien hablar.

"El doctor frunció levemente el ceño. Parecía que la actitud del doctor Miller lo había lastimado un poco. Había tratado de interesarlo en una investigación suya sobre una variante endémica de la fiebre ondulante, que casi había logrado erradicar. Pero al doctor norteamericano no le había importado un rábano. Nin-

gún espíritu fraternal, ninguna curiosidad científica, nada.

"Concluí que mi doctor y el doctor Miller no habían sido muy amigos. En realidad, Miller no había intimado con nadie, ni siquiera con los otros norteamericanos de la mina. Quería a los indios, y los indios lo querían, aunque le tenían un poco de miedo a causa del esqueleto... una muestra anatómica aparentemente, y la primer cosa que yo oía que pudiese tener alguna relación con su presunto doctorado. Miller tenía un buen aparato de onda corta y escuchaba música, y dibujaba además un poco, y leía y se paseaba por la montaña. Una buena vida, si a uno le gusta vivir solo. El doctor pensaba que quizá sabían algo más de él en la pulquería; de cuando en cuando el hombre se detenía allí para tomar un trago. Y la viuda de Sánchez le limpiaba la casa. Quizá supiese algo también.

"Hablé primero con la viuda. La mujer llevaba un vestido negro, deforme, como si hubiese empezado a llorar al señor Sánchez hacía diez años, aunque el menor de los hijos todavía no caminaba. Se había llevado bien con su último patrón, que descansara en paz. Había sido un hombre bueno, y era fácil entenderse con él. No, nunca le había recetado medicinas a nadie; eso lo hacía el *señor médico* que había venido de la ciudad de México. No, no bebía. No, no recibía mucha correspondencia y menos con dine-

ro dentro, pues ella había visto muchas veces cuando él abría las cartas. Pero sí, ciertamente, era médico; ¿no tenía él los huesos, el esqueleto en la casa?

"Y si el señor tenía tanto interés, quizá quisiera conocer la casa del señor Miller. Estaba como él la había dejado. Nadie vivía allí ahora. No, no había fantasmas. Nadie había oído hablar de eso, por lo menos, aunque en estas cosas nunca se podía saber. Ocurría que ninguna persona nueva venía a vivir a Tlichotl, y una casa vacía se quedaba siempre vacía.

"Fui a ver la casa. Tenía dos habitaciones, y una cocina, y un patio pequeño. Nadie había tocado las cosas del doctor Miller, nadie las había reclamado tampoco, y cualquier cambio había que atribuirlo al tiempo, el calor y los insectos. La radio estaba allí, y los materiales de dibujo. En una pared había una biblioteca, donde abundaban los libros del siglo dieciséis y diecisiete, en inglés y español. Me pareció que los libros habían sido muy leídos. Había también unos pocos libros nuevos, principalmente sobre viajes o la cultura mexicana indígena, y unas pocas revistas. No encontré ningún libro o periódico de medicina.

"Alimentos, utensilios de cocina, ropa, una pila de dibujos—bastante buenos como para sentirse contento después de hacerlos y bastante malos como para no sentir necesidad de exhibir-

los—, pipas y tabaco. Esto completaba poco más o menos el inventario. Ningún papel que llamara la atención, unas pocas cartas personales, casi todas de su hermana (y beneficiaria). Ningún instrumento médico ni medicinas de ninguna clase. Nada fuera de lo normal... ni siquiera el esqueleto.

"Yo había oído hablar dos veces del esqueleto, así que pregunté qué había sido de él. Los hijos de un ingeniero de las minas, unos verdaderos demonios, lo habían robado para celebrar una fiesta *gringa*, la *Vispera* de Todos los Santos, sin duda. Los muchachos habían encendido una enorme hoguera y el esqueleto había caído allí y las llamas lo habían consumido. El doctor Miller se había enojado mucho, y había sufrido entonces uno de sus ataques, casi tan graves como el que le había ocasionado la muerte, quisiera el Señor haberlo recibido en su seno. Pero ahora era tiempo de que mamá regresara y diera de comer a sus pequeños. La casa de ella era la mía, ¿querría yo compartir con ellos una humilde cena?

"Los frijoles estaban bien y las tortillas eran magníficas; y los niños más pequeños no habían visto nunca una cabellera roja, y tenían que preguntarme varias cosas acerca de la mía. Y en medio de la cena algo hizo *clie* en mi cabeza y yo supe por qué Frank Miller se había dado a sí mismo el título de doctor.

Fergus hizo una pausa y llamó al mozo.

—¿Eso es todo?—preguntó Norman.

—Por el momento. Tenéis ahora, amigos míos, la posibilidad de mostrarlos brillantes. No falta ningún elemento. Muy bien, ¿por qué Miller se dio a sí mismo el título de doctor?

—No practicaba—dijo Norman lentamente—. Y ni siquiera recibía por correo, como ha hecho mucha gente desde México, para evitar la vigilancia de las oficinas de correos de los Estados Unidos.

—Y tampoco había asumido el título para impresionar a la gente—añadió—, para elevar su propio nivel social, pues no frecuentaba a sus vecinos. Y no experimentaba ni investigaba nada, y no necesitaba el título para imponer sus escritos. De modo que no ganaba ni dinero ni prestigio. ¿Qué otra razón pudo haber tenido para interpretar el papel de médico?

—Respuesta—dijo Fergus lentamente—, no interpretaba el papel de médico. Piensa un poco: puedes interpretar el papel de doctor sin ningún accesorio, si no entra nadie en tu casa excepto el ama de llaves. O puedes fabricar todo un escenario con instrumentos de gabinete y libros voluminosos y encuadernados. Pero no intentarías hacerte pasar como médico con un único accesorio: un esqueleto.

Norman y yo nos miramos y asentimos. Era lógico.

—¿Entonces? —pregunté.

Llegaron las nuevas bebidas y Fergus dijo:

—Esta vuelta es mía... Bueno, entonces, el esqueleto no era un accesorio para hacerse pasar como médico. Todo lo contrario. Denlo vuelta, y el asunto tiene de pronto sentido. Se daba a sí mismo el título de doctor *para justificar la presencia del esqueleto*.

Yo me atraganté con mi primer sorbo, y Norman farfulló algo incomprensible.

—No es posible esconder un esqueleto en una casita —continuó diciendo, y los ojos verdes le brillaban ahora—. La mujer que hace la limpieza tropezará con él tarde o temprano, y pronto se correrá la voz. A Miller le gustaban los indios, y quería paz. Tenía que explicar la presencia del esqueleto. Y se hizo doctor.

—Pero eso no es una respuesta —objetó Norman—. No es más que otra pregunta.

—Ya lo sé —dijo Fergus—. Pero éste es el primer paso importante en la labor de un detective: encontrar la pregunta correcta. Y la pregunta en este caso es: ¿Por qué vive un hombre con un esqueleto?

Nos quedamos callados un rato. El bar estaba lleno de vasos y humo y de uniformes, y a pesar de todo parecía como si el salón no fuese parte de un mundo en guerra... menos aún de un mundo en que un hombre podía vivir con un esqueleto.

—Por supuesto, habrás verifica-

do la respuesta obvia —dije al fin.

Fergus asintió con un movimiento de cabeza.

—No podía haber sido un practicante de magia negra, si a eso te refieres, ni de magia blanca. No había ningún libro, ninguna nota en toda la casa que tuviese relación con el tema. No había tampoco ceras, tizas, incienso, ni ninguna de esas cosas. El esqueleto encuadraba tan poco en una historia de magia como en una de medicina.

—¿La Amada Muerta? —sugirió Norman, titubeando, susurrando la frase en burlonas mayúsculas—. Un poco macabro, pero no inconcebible.

—El médico mexicano vio el esqueleto. Era un hombre, y no joven.

—Entonces estaba planeando una estafa a la compañía de seguros. Quemaría la casa, y desaparecería, y la gente encontraría los huesos.

—A, el adobe no arde. B, no permitirás que el doctor del pueblo vea el esqueleto, pues podrá examinarlo más tarde. C, el hombre era mucho más alto que Miller.

—¿Un escritor? —aventuré por decir algo—. Yo mismo he pensado muchas veces que un esqueleto podría ser útil... para describir exactamente una herida craneana y cosas semejantes.

—¿Sin máquina de escribir, sin manuscritos, y con muy poca correspondencia?

A Norman se le iluminaron los ojos.

—Dijiste que dibujaba. Quizá estaba trabajando en una Totentanz moderna... una alegoría de la danza de la muerte. Holbein y Durero tuvieron sin duda un esqueleto o dos en sus estudios.

—Vi los dibujos. Paisajes todos.

Encendí la pipa, me acomodé en el sillón, y dije con una animación que podía ser excesiva:

—Muy bien. Buscamos y no encontramos nada. Dinos tú por qué un hombre tiene en la casa un montón de huesos.

—No entraré en todos los detalles de la investigación —dijo Fergus—. Hablé con casi todos los adultos de Tlichotl y con la mayoría de los chicos. Y fui así completando lo que yo llamaría una respuesta. Pero bastará que recuerde el testimonio de cuatro personas.

"Primero, Jim Reilly, ingeniero de minas. El testigo dijo que estaba en Tlichotl, en la calle mayor, si se le puede dar este nombre, el dos de noviembre. Vio pasar al doctor Miller que parecía agobiado, como en un "embotamiento nervioso". Vio en seguida que un extraño, "moreno, pero no mexicano" se acercaba a Miller y decía: "¡Frank!" Miller alzó los ojos, estupefacto. El extraño dijo: "Lamento mi retraso. Pero tardé un poco de tiempo en llegar aquí." Y antes que el hombre hubiera terminado la frase, Miller cayó muerto. Hice una pregunta sobre el extraño y el

testigo declaró que el hombre decía llamarse Humbert Targ. Se quedó unos días en el pueblo para asistir al funeral y luego se fue. Dijo que había conocido a Miller hacía mucho tiempo, y nunca aclaró dónde, aunque había sido aparentemente en los mares del Sur, como acostumbraba a decirse antes que les pusieramos el nombre de Pacífico Sur. Habiéndosele pedido una descripción, el testigo no fue de mucha utilidad: estatura mediana, edad mediana, piel morena... Sólo los detalles ayudaron algo: el extraño llevaba ropas viejas. "¿Gastadas?" "No, viejas simplemente." "¿Pasadas de moda?" "Me parece que sí." "¿De cuántos años atrás?" "De qué clase?" "No sé. Viejas. De aspecto raro." El hombre tenía un solo pie. "¿Una pierna?" "No, dos piernas, pero sólo un pie." "¿Un pie de madera?" "No, una pierna sin pie. Caminaba con la ayuda de un bastón."

"Segundo testigo, el padre Gonga, y es difícil acostumbrarse a hablar tranquilamente con un sacerdote que viste traje de calle. No había conocido bien al doctor Miller, aunque había rezado una misa por su alma. Pero una noche Miller había ido a casa del cura luego de haber estado un rato en la pulquería y había insistido en hablar con él. Quería saber cómo uno puede reconciliarse con Dios y consigo mismo cuando se le ha hecho a alguien un gran mal y no hay posibilidad de volverse atrás. El padre

preguntó por qué, ¿la persona estaba muerta? Miller titubeó y no contestó. “¿Está viva, entonces?” “¡Oh, no, no!” “Si es una cuestión de dinero, puede restituirse la suma al pariente más próximo.” “No, es un asunto personal.” El padre aconsejó rezar por el alma de la víctima, pidiendo la gracia de evitar tales tentaciones en el futuro. No sé qué otra cosa podía haber sugerido, pero Miller no quedó satisfecho.

Yo ya no oía el ruido a nuestro alrededor. Norman se inclinaba ahora hacia adelante, y vi en sus ojos que él también estaba empezando a sentir la *falsedad* esencial del caso con que había tropezado el detective.

—Tercer testigo, la viuda Sánchez. Me contó algo más acerca del esqueleto cuando volví para saborear otra vez aquellos frijoles y llevé una botella de vino tinto para acompañarlos, y lo acompañé de veras. Miller había apreciado mucho su esqueleto. Le había pedido a la mujer que ni siquiera le quitara el polvo. Pero una vez ella se olvidó y le pasó el plumero desprendiendo el dedo de una mano. Esto ocurrió en octubre. Ella pensó que Miller no notaría la falta de un dedo, pero sabía que si dejaba el hueso por ahí el hombre no tardaría en encontrarlo. Así que lo quemó en el brasero de carbón donde freía las tortillas. Dos días más tarde le servía la cena al doctor cuando vio una oruga rosada que se arrastraba por allí cerca. Ella nunca

había visto una oruga rosada. La apartó con la servilleta, pero no antes que el doctor la viese. El hombre dejó la mesa de un salto y le dio a la mujer una terrible reprimenda. Desde entonces ella vio la oruga varias veces. En ese tiempo Miller comenzó a tener los ataques al corazón. Cada vez que ella veía la oruga, el animal iba hacia el doctor. Yo la miré un rato largo mientras la mujer terminaba el vino y luego dije: “¿Era una oruga?” La mujer se persignó y dijo: “No.” Lo dije en voz muy baja y ya no habló más aquella noche.

Bajé los ojos y miré la mesa, donde mis dedos tamborileaban ligeramente. Estábamos en una corriente de aire, y sentí un escalofrío.

—Cuarto y último testigo, Timmy Reilly, de doce años, hijo de Jim. Le parecía muy divertido haberle robado los huesos al viejo, y haberles mostrado a los del pueblo cómo se celebraba la Víspera de Todos los Santos. Pero comprendí en seguida que el chico me ocultaba algo. Hice un trato con él. Si me decía todo lo que sabía, podría pasearse con mi insignia de detective (que yo nunca había usado) un día entero. Jimmy me mostró entonces el pie que había rescatado de las llamas. Había tratado de impedir que el esqueleto cayera al fuego, pero sólo pudo alcanzar el talón. Tenía el pie entero, bien articulado, con todos sus huesos. Así que hice con Jimmy un trato me-

yor. Podía quedarse para siempre con la insignia —borraríamos un poco el número— si él me dejaba quemar el pie. Jimmy me dio el pie.

Fergus hizo una pausa, y todo empezó a ordenarse. La historia era clara, y era también una historia que no debía haber ocurrido.

—¿Comprendéis ahora? —dijo Fergus serenamente—. Un relato como el de Norman completa los últimos claros. Tienen que existir seres como los *tualalas*, con esos poderes. Yo lo había pensado entonces, y ahora descubro que no me equivoqué.

“Muchos años antes Miller había tenido un enemigo, un hombre que había jurado matarlo. Y Miller conoció un *tualala*, allá en los mares del Sur. Y cuando se preguntó qué le gustaría traer del futuro, encontró en seguida la respuesta: *el esqueleto de su enemigo*.

“No era un asesinato. No se hubiera atrevido a eso probablemente. Miller era un buen hombre, a su modo, y ese *tualala* exigió quizá un precio más accesible que el de Norman. El esqueleto era el que hubiera existido naturalmente dentro de cien años, sin que importara mucho cómo o cuándo había muerto el enemigo. Pero trae el esqueleto de vuelta, y el enemigo ya no puede existir. Su esqueleto no puede estar en dos sitios al mismo tiempo. Tienes contigo los huesos secos. ¿Qué

pasa con los huesos vivos, que sostienen la carne? No lo sabes. No te importa. Estás a salvo. Puedes llevar la vida que quieres, pacíficamente, con los indios, y el escenario de las montañas y tus hojas de dibujo y tu radio. Y tu esqueleto.

“Tienes que cuidar el esqueleto. Si deja de existir en este tiempo, el esqueleto vivo, y recubierto de carne, volvería quizá. Ni siquiera puedes correr el riesgo de perder un pedacito. Pierdes un dedo, y el dedo vuelve... una cosa rosada que se arrastra, siempre hacia ti.

“Luego el esqueleto mismo es destruido... todo menos un pie. Tú estás mortalmente asustado, pero no ocurre nada. Pasan los días, y llega el dos de noviembre. ¿Habéis estado un dos de noviembre en México? Se reza por las ánimas en las iglesias, y lo llaman el día de los difuntos. Pero fuera de las iglesias no es un día triste. Vais al cementerio y es como un picnic. Hay esqueletos por todas partes, lo mismo que aquí en la Víspera de Todos los Santos, esqueletos relucientes, divertidos, que no hacen daño a nadie. Y hay calaveras para ponerse en la cabeza, y calaveras para beber, y calaveras brillantes de azúcar blanca con confituras rosadas y verdes. Todo a lo largo de la calle hay vendedores con calaveras y esqueletos. Y allí estás tú rodeado de esqueletos, y tu esqueleto ha desaparecido y con él tu tranquilidad. Y allí en la calle mientras

todos las calaveras se rien y te saludan, lo ves a él, y ya no es más una calavera. Es Humbert Targ, aunque con un solo pie, y está explicándote que no pudo llegar en seguida.

—¿No caerías muerto? —concluyó Fergus simplemente.

Sentí que se me había secado la garganta, mientras preguntaba:

—¿Qué les dijiste a los del seguro?

—Algo parecido a la teoría de Norman. El hombre era un artista, tenía un modelo anatómico, y dijo que era un doctor para tranquilizar a los nativos. Las huellas digitales que me enviaron concordaban con las que encontré en la casa y tenían que pagar-

le a la hermana. Me pagaron los gastos, pero no recibí ninguna prima.

Norman carraspeó.
—Estoy empezando a desear que no me envíen de vuelta a la isla.
—¿Tienes miedo de que un *tualala* te tiente?

—No, pero allá en la isla hay realmente orugas rosadas. No sé si podría tolerarlas.

—Hay algo que todavía me pregunto —dijo Fergus reflexivamente—. ¿Dónde estaba Humbert Targ mientras Miller tenía su esqueleto? ¿O debiera decir *cuándo* estaba? Targ dijo: "Tardé un poco de tiempo en llegar aquí." ¿De dónde? ¿De cuándo? ¿Y qué especie de tiempo?

Hay preguntas que uno ni siquiera trata de contestar. ♦

Título original: The pink caterpillar. Traducción de L. Domenech

Aviso a los aficionados

Los amigos lectores que deseen comunicarse con otros aficionados al género pueden escribir al Club Argentino de Ficción Científica (Cassilla de Correo 3869, Correo Central, Buenos Aires) y al Club de Fantasía y Ciencia-Ficción (calle 2, Nº 270, depto. 2, La Plata).

Archibald MacLeish nació en Glencoe, Illinois, en 1892, y estudió en Yale y Harvard. En 1933 recibió el premio Pulitzer de poesía por su poema Conquistador. En 1939 fue nombrado director de la Biblioteca del Congreso, y desde 1949 es profesor en Harvard. La política, la ciencia, y el futuro del hombre aparecen una y otra vez en sus poemas, como temas dominantes. Ha publicado: Calles en la luna, Einstein, Pánico, La caída de la ciudad, Incursión aérea.

EPÍSTOLA PARA SER DEJADA EN LA TIERRA

Archibald MacLeish

...Hace más frío ahora,

hay muchas estrellas,
flotamos

hacia el norte cerca de la Osa Mayor,
caen las hojas,

el agua es piedra en las rocas excavadas,
al sur

sol rojo aire gris:
los cuervos vuelan

lentamente con los ganchos de sus alas,
los grajos nos han dejado:

las llamaradas de Orión quedaron atrás hace mucho tiempo.
Todos los hombres saben que van a morir.

Muchos han escrito últimos pensamientos y últimas cartas.

Nadie sabe si nuestras muertes son definitivas:

nadie sabe si alguna vez encontrarán esta Tierra errante.

© 1952 by Archibald MacLeish

Yacemos y la nieve cubre nuestras vestiduras.

Te ruego,

a ti (si alguien abre este mensaje)

que pronuncies las palabras que eran nuestros nombres.

Te diré todo lo que hemos aprendido,

te lo diré todo:

la tierra es redonda,

hay primaveras bajo las huertas,

el barro corta con un cuchillo mellado,

cuidate

de los olmos en el trueno,

las luces en el cielo son estrellas...

pensamos que ellas no ven,

pensamos también

que los árboles no saben y que las hierbas no nos oyen:

los pájaros también son ignorantes.

No escuches.

No te asomes en la oscuridad a las ventanas abiertas.

Lo hemos oído antes que tú:

son voces:

no son en verdad palabras sino el viento que se levanta.

Tampoco ninguno de nosotros ha visto a Dios.

(...Hemos pensado a menudo

que las manchas del sol en la estación tardía

apuntaban a un árbol pero no era así.)

En cuanto a las noches te advierto que las noches son peligrosas:

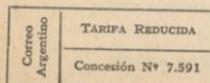
el viento cambia de noche y llegan los sueños.

Hace mucho frío,

hay estrellas raras cerca de Arturo,

unas voces gritan un nombre desconocido en el cielo. ♦

Título original: Epistle to be left in the Earth. Traducción de F. A.



THE ARCHIVE OF LUDWIG WIND SCIENCE CENTER

ediciones minotauro

edición inglesa
VENTURE SCIENCE FICTION

edición francesa
FICTION

edición japonesa
S-F

edición alemana
EINE AUSWAHL AUS FANTASY AND SCIENCE FICTION

edición italiana
FANTASIA E FANTASCIENZA

edición castellana
MINOTAURO. FANTASIA Y CIENCIA-FICCIÓN

"THE MAGAZINE of FANTASY AND SCIENCE FICTION publica la mejor ciencia-ficción y la mejor literatura fantástica que se escribe actualmente y prácticamente todos los relatos de ciencia-ficción de verdadero valor literario que puedan encontrarse en el género". (Library Journal).

La Vigésimoprimer Convención Mundial de Ciencia-Ficción reunida en Washington ha proclamado a THE MAGAZINE OF FANTASY AND SCIENCE FICTION "la mejor revista del mundo en 1963". F & SF había obtenido ya esta máxima recompensa (el Hugo) en 1958, 1959, y 1960.



ediciones minotauro

las obras maestras de la ciencia-ficción
 la aventura de la ciencia
 la literatura fantástica contemporánea

El hombre ilustrado, de Ray Bradbury (2ª ed.) - Más que humano, de Theodore Sturgeon (2ª ed.) - La tierra permanece, de George R. Stewart - El color que cayó del cielo, de H. P. Lovecraft (2ª ed.) - Fahrenheit 451, de Ray Bradbury (2ª ed.) - Señor de las moscas, de William Golding - El cuerno de caza, de Sarban - Sirio, de Olaf Stapledon - Regreso, de Theodore Sturgeon - Soy leyenda, de Richard Matheson - El hilo del futuro, de Howard Fast - El tiempo de la noche, de William Sloane - Los cristales soñadores de Theodore Sturgeon - Las doradas manzanas del sol, de Ray Bradbury. En venta en todas las librerías.

\$ 100.-